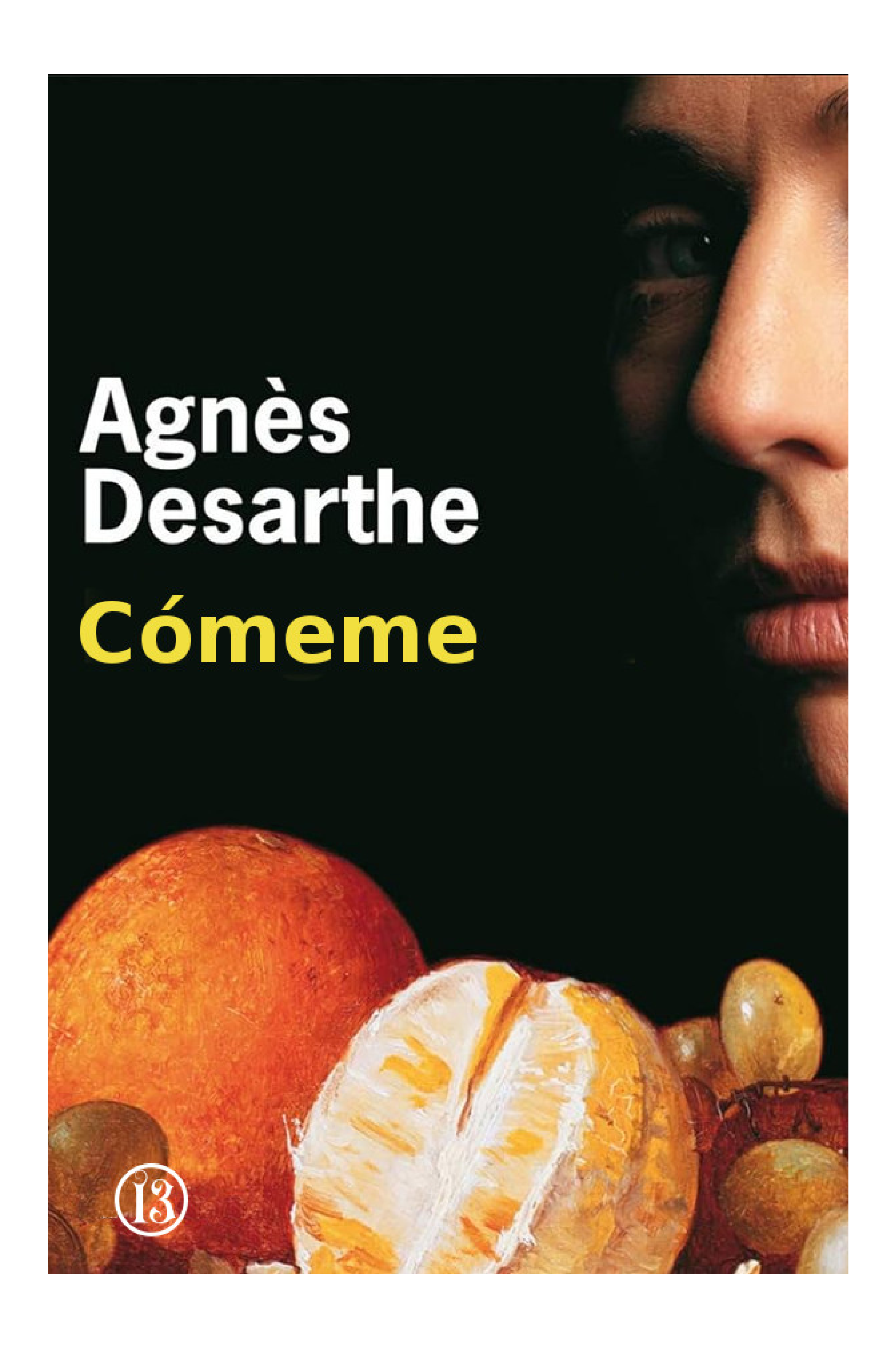

Agnès
Desarthe
Cómeme
13

¿Abrir un restaurante? Menuda idea… No obstante, esa es la que se le pasa por la cabeza a Myriam, que no tarda en ponerla en práctica. Entonces empiezan los problemas, porque resulta que el restaurante también es su casa. Evitar la quiebra, vivir clandestinamente y mantener en secreto una trayectoria demasiado caótica son la clase de malabarismos que Myriam debe hacer cada día.

Pero ¿quién es Myriam? Una coleccionista de contradicciones. Un alma errante que solo aspira a la estabilidad después de que su propia familia la haya repudiado por haber cometido una falta inconfesable. Su problema es el tiempo. ¿Cómo hacer para que el pasado deje de ser doloroso y el futuro se ilumine?

Este libro, cuyo título evoca a la Alicia de Lewis Carroll, es un relato inesperadamente brusco, además de una crónica particular, ya que por el restaurante de Myriam pasa todo tipo de gente: un florista enamorado, jóvenes filósofas, chavales del barrio… Todos forman parte de la misma comedia humana y misteriosa: el mundo de Agnès Desarthe. Un mundo donde los sueños y la realidad se entrecruzan, los desaparecidos regresan y el deseo se impone.

Agnès Desarthe

Cómeme



Título original: *Mangez-moi*
Agnès Desarthe, 2007
Traducción: Iballa López Hernández, 2016

-

Revisión: 1.0
02.04.2024

Para Dante y mis amigos,
a quienes tanto me gusta cocinarles,
y, de paso, para Claude

¿Soy una mentirosa? Sí, le dije al del banco que había ido a una escuela de hostelería y hecho unas prácticas de dieciocho meses en las cocinas del Ritz. Le mostré los diplomas y los contratos que fabriqué el día anterior. También esgrimí un título de grado medio en gestión, una falsificación muy bien hecha. Me gusta vivir peligrosamente. Es lo que antaño me perdió y ahora me hace ganar. El del banco no se enteró de nada. Me concedió el préstamo, y yo se lo agradecí sin alterarme. ¿El reconocimiento médico? Sin contratiempos. Tengo la sangre, mi preciada sangre, limpia, impoluta, como si no hubiera pasado por nada.

¿Soy una mentirosa? No. Sé hacer cuanto aseguro saber hacer. Manejo las espátulas como el malabarista sus mazas. Al igual que el contorsionista, acciono con flexibilidad y de manera independiente las distintas partes de mi cuerpo: con una mano ligo una salsa mientras, con la otra, separo las claras de las yemas y anudo saquitos de masa. Es cierto que los adolescentes con pelusilla encima de los labios, la frente cuajada de espinillas y el pelo grasiento bajo el gorro de pinche pueden conseguir un caramelo ambarino e infinitamente suave, te limpian un salmonete sin perder un miligramo de carne y tricotan la crepineta como la mismísima Penélope, pero… Hay un pero. Prueba a dejarlos en una cocina con cinco chavales muertos de hambre que berrean, juegan pegados a ellos y han de regresar al colegio en media hora (uno es alérgico a los productos lácteos y al otro no le gusta nada). Arroja a nuestros valientes aprendices de cocina a ese foso con cachorros de leones, un frigorífico vacío, sartenes que se pegan y el deseo de servir una comida equilibrada a los peques, y observa cómo se las componen. Examina la obra de esos chicos valientes y mofletudos y observa cómo se descomponen. Mis vidas me han enseñado cuanto certifican sus diplomas. La primera, en la lejana época en la que era madre de familia. La segunda, en un tiempo no tan remoto, cuando

me ganaba el pan de cada día en las cocinas del circo Santo Salto.

Mi restaurante será pequeño y barato. No me gustan las cursilerías. Se llamará Mi Casa porque también dormiré en él; no tengo dinero suficiente para pagar el alquiler del local y el de un piso.

En él se comerán todas las recetas que he inventado, las que he transformado, las que he deducido. No habrá música —soy demasiado emotiva—, y las bombillas del techo serán anaranjadas. Ya he comprado un frigorífico gigantesco en la avenida de la République. Me han prometido un horno y una placa baratos.

—¿No le molesta que estén rayados?

—¡En absoluto! Yo misma estoy bastante rayada.

El vendedor no se ríe. No sonríe. A los hombres no les gusta que las mujeres se denigren. También encargo un lavavajillas para quince cubiertos, es el modelo más pequeño.

—No será suficiente —afirma el tipo.

—Es cuanto puedo permitirme. Para empezar está bien.

Me promete que me mandará clientes. Me promete que él mismo vendrá a cenar una noche, sin avisar, por sorpresa. Miente, estoy segura, pero me da igual, no me habría entusiasmado cocinar para él.

Cocino con y por amor. ¿Cómo me las apañaré para amar a mis clientes? El lujo de la pregunta me hace pensar en las prostitutas, quienes precisamente no pueden permitirse ese lujo.

No he avisado a mis amigos ni a mi familia de que hoy es el día de la inauguración. Les he dado una fecha falsa. Esta vez yo también he mentido, es cierto. La compra ya está hecha. He escrito los menús. He preparado lo que debía estar listo. Todo lo demás, a última hora. Pero no hay última hora. Aguardo. No viene nadie. Nadie sabe que mi restaurante existe. Tiemblo desde las doce menos cuarto hasta las tres y media. Es muy cansino, y mi ombligo, epicentro de sucesivos espasmos de angustia, se ve sometido a una dura prueba.

Cuando alguien se detiene junto a la puerta o merodea por delante de la cristalera, lo ahuyento con la mente. Un restaurante ha de estar o lleno o vacío. Un único cliente es peor que ningún cliente en absoluto. He decidido abrir a mediodía y por la noche. Quizá sea demasiado al principio, pero no sé cómo puedo evitar los errores. Jamás había regentado un restaurante. Ignoro cómo se hace. Le he dado muchas vueltas a la cuestión de las provisiones y de las sobras. ¿Qué cantidades comprar? ¿Qué cocer? ¿Durante cuánto tiempo conservar los alimentos? Lo he meditado y he dado con la respuesta: como si fuese para una familia numerosa. El pescado, crudo el mismo día, cocido al día siguiente, en el supuesto de que no se haya comido, y convertido en terrina el tercer día y en sopa el cuarto. Así hacía mi abuela. Así hacen la mayoría de las mujeres y nadie se ha muerto por ello. ¿Qué sabré yo? Ya habría salido en el periódico. Con la carne pasa otro tanto de lo mismo, salvo que el tártaro me resulta algo vulgar, de manera que sirvo la carne cocida inmediatamente después de comprarla y, luego, la transformo en albóndigas, en tiernas albóndigas con cilantro, comino, ramitas de apio, plumas de perifollo, nata, limón y tomate en dados asados con ajo. No hay terceras oportunidades para la carne. Bueno, sí, pero no. Eso no puedo escribirlo.

Con las verduras es más sencillo aún: crudas, cocidas, hechas

puré, en sopa, en caldo. Con la fruta, lo mismo. Los productos lácteos son excelentes, aguantan bien. Siento especial ternura por ellos. Merecen toda mi confianza. Los jugos, de lo que sean, se conservan por separado, en recipientes de cristal. Muy importante lo del recipiente de cristal. Eso también lo aprendí de mi abuela.

No ha habido primer servicio. Estoy exhausta. Espero que la noche me depare el comedor abarrotado que tanto anhelo. Con todo, le temo mucho más a la afluencia que a la ausencia de clientes. No estoy lista. ¿Acaso llegaré a estarlo? Duermo desde las cuatro hasta las seis. El banco que compré en la tienda benéfica ha resultado ser una cama estupenda. Duermo sin dormir. Mis párpados se agitan como las alas de una mariposa. Recapitulo. Reviso todo lo que tendré que hacer. Los gestos, las frases. «¿Ha reservado?». «¿Qué le pongo de beber?». «¿La cuenta? Sí, enseguida se la traigo». «Dese un capricho, que los postres son caseros». Imposible. Nunca lograré pronunciar esas frases. Afortunadamente, por la noche no hay más interesados que a mediodía. Cierro a las diez y treinta y cinco, sin tener que recoger, sin platos que fregar. Vuelvo a recostarme en el banco. Esta nueva vida es extenuante, y esto no ha sido más que el primer día. Pienso en las letras. Calculo todo lo que voy a tener que pagar sin haber ganado un céntimo. Me siento como si todos me hubiesen abandonado, castigado. A las cinco de la madrugada me despierta el camión de la basura. Por tanto, he dormido. Buena noticia. Tengo que levantarme, tomar una ducha en mi amplio fregadero —eso tampoco debería escribirlo— y meterme en faena. Hoy es el primer día de verdad. La inauguración.

Mis amigos encuentran la comida deliciosa. Han traído champán. Mis padres consideran que las mesas son estrechas y las sillas no lo bastante cómodas. Me apetece contestarles que esto no es un restaurante para viejos, que no entienden nada. Pero llevan razón. No me gustan mis mesas. Tampoco me gustan mis sillas. Me las regaló el tipo de la avenida de la République. Le di lástima. Las iba a tirar.

—Están todas cojas —me dijo—, torcidas. Pero solo tendrá que pedirle a su marido que les ponga una o dos tuercas, un tornillo por aquí y otro por allá.

Una tuerca y un tornillo, yo y mi marido. Uy. ¿Cómo pensar en ello sin abochornarme? Cambio de tema. Le pregunto cuándo llegará el lavavajillas. «Más pronto que tarde, más pronto que tarde», me asegura el tipo. Esta vez, no miente. El día que viene a entregar el mobiliario, trae además la máquina de lavado.

—¿Eso qué es? —pregunta con tono despectivo señalando el bonito banco de molesquín verde de la tienda benéfica, ribeteado con un cordoncillo dorado.

—Un banco. ¡Es para las señoras! —preciso para cerrarle el pico.

Se alza de hombros y abarrota metódicamente el comedor de Mi Casa, que de golpe se me hace angosto. «Es preocupante», me digo, «¿se habrá encogido?, ¿habremos crecido?».

—Ha quedado bien —dice una vez terminado su trabajo—. Es íntimo.

—¿Le apetece tomar algo? —le pregunto, deseando que no quiera nada en concreto.

—Lo mejor que tenga —contesta.

Pienso: «Yo, cómame», pero no lo digo porque, de todos modos, es lo mismo. Le sirvo una porción de tarta de chocolate, menta y pimienta con una copa de rosado fresco. Lo miro comer. Creo que al fin y al cabo no ha mentido. Está comiendo en mi casa, solo que no

es hora de cenar. Entonces ha mentido. Lo miro y pienso que se está alimentando de mí porque, para ese primer pastel, para ese postre inaugural, he dado todo cuanto tenía. He amasado con cariño, he fundido con paciencia, he troceado, extrayendo el jugo, tan fino, tan fino, que luego he incorporado a la masa junto con el chocolate, de un negro masái, la masa oscura entre mis manos, que la extienden y le dan forma, la extienden y le dan forma, la pimienta sobre la menta, porque creo en los misteriosos poderes de la aliteración, tanto en la cocina como en cualquier otro ámbito. Los granos, oscuros por fuera, amarillo pálido por dentro, sin aplastar, sin machacar. En láminas. Mi molinillo es un rallador, fabrica minúsculas láminas de especias. El hombre sigue comiendo, y veo que está emocionado. Me da pena. ¿Por qué? Lo ignoro. Ambos somos indignos de esta comunión.

A mis amigos les parece que mis mesas y mis sillas están muy bien como están. «¿Por qué la acera de la tarta de acelgas está completamente verde?», pregunta mi madre, que nunca ha confiado en mí y sin duda debe de creer que he dejado que se pudra. «Es porque he picado unas briznas de eneldo y de cebollino dentro. Queda más bonita y también más ligera». Mi padre la escupe. No le gustan las hierbas. Le parece que son cosa de chicas. O de vacas. Mi madre es la única persona que conozco que llame acera al borde de las tartas. Me parece encantador, así que le perdono la ofensa. ¿Ha perdonado ella las mías? El atún crudo marinado con cebolleta es un éxito que me pesa. Me ha costado un ojo de la cara y es sencillísimo, no tiene alma… No es a mí a quien hay que agradecérselo, sino al mar. La vanidad me embriaga. Decidido, no haré más pescado crudo.

Mis primeras clientas son dos estudiantes de secundaria. Franquean la puerta a las doce y cuarto del mediodía. Mi Casa lleva varios días abierta. Ha venido a verme el florista de al lado, que tiene mal aliento y se considera muy «puntilloso». Lo anuncia con orgullo, como si se tratase de un prestigioso pedigrí. Creo que ha optado por dedicarse a la venta de flores con la esperanza de disimular el tufo de bilis que le infesta el paladar. «Si de verdad fuera usted tan "puntilloso"», me entran ganas de decirle, «resolvería serlo menos. Por fuerza, se vuelve uno refunfuñón y se forma la bilis negra. Un pelo sobre la pantalla del televisor acarrea el espasmo gástrico, la ensalada nizarda servida en un plato de cartón aumenta la presión y el esófago se inflama, y una clienta que confunde ranúnculos con anémonas basta para que la saliva se tiña. Si fuese menos "puntilloso", olería mejor y el mundo estaría limpio». Pero no lo digo.

Por tanto, no está cómodo y se siente obligado a hacerme una propuesta: «Para su decoración», me dice, «le puedo reservar lo que no venda. Mi reputación me obliga a vender únicamente flores que duren una semana, con lo que no puedo conservarlas en la tienda más de cuatro días…». Espera que se lo agradezca con efusividad. Aun así, no digo nada. No expreso nada. No logro siquiera sonreír. Es a causa del hedor: huele como si un cadáver minúsculo se le estuviese pudriendo dentro. «No estarán mustias», me asegura. Tal vez haya leído el asco que se refleja en mis ojos.

Al cerrar la puerta tras él, inspiro al fin por la nariz y pienso en Leslie, la funámbula que me ponía los nervios de punta con sus interminables protestas, murmuradas desganadamente y desleídas en la salsa insípida de su acento americano: «Siempre carne…», se lamentaba. Si había verduras, se quejaba de aerofagia. Cuando cocinaba pasta, lloriqueaba asegurando que le iban a salir cartucheras. Yo le explicaba que la pasta no engorda, pero ella se

echaba a reír con aquella risa suya de oveja melancólica y sacudía la cabeza alzando los ojos al cielo.

Mis dos primeras clientas no se le parecen. Son estudiantes. El pantalón les pende de unas caderas regordetas. «Pichoncitas mías», pienso para mis adentros. Sus cuerpos se me antojan encantadores, semejantes a un albaricoque gigante. Se me ocurre hundir el índice en la carne perfecta de sus vientres, que se ofrecen orondos bajo la lustrosa piel. No lo hago, por supuesto.

Tan solo piden un entrante. Me extraña.

—Es que es demasiado caro —me explican.

—Pero al salir os va a dar hambre. ¿Tenéis clases esta tarde?

—Sí, de Filosofía.

—Pues hay que comer antes de filosofar. Os dejo todo a mitad de precio. Digamos que será mi contribución al futuro de la filosofía mundial. Si una de vosotras termina convirtiéndose en la pensadora del siglo…

Fie hablado más de la cuenta. Se aburren. Creen que estoy mal de la azotea, pero no por ello rehúsan disfrutar de mi generosidad. Al mismo tiempo que las observo zamparse la sopa de aguacate y pomelo, me pregunto si me caen bien o si las aborrezco. Advierto que he dejado un sujetador secándose sobre la llave del gas. Es la pega de las cocinas abiertas. Me guardo la prenda en el bolsillo y, puesto que hoy toca albóndigas, saco mi viejo lomo de vaca del frigorífico, un derroche que conmocionaría a numerosas amas de casa. Pero mi caso es diferente. Soy dueña de un restaurante. Hago lo que me place con los pedazos buenos. No se trata de un despilfarro, es un signo de calidad. Pico carne de lujo. Me encierro en los aseos para no perturbar el parloteo de las jóvenes filósofas con el ruido de la picadora. Es otra de las pegas de las cocinas abiertas. Por un instante, imagino el local lleno, un servicio de veinticinco cubiertos, las comandas acumulándose, los clientes ocupando los aseos e impidiéndome hallar refugio en ellos para realizar las tareas más fragorosas. «Siempre estaré a tiempo de cerrar», pienso presa del vértigo.

Al salir, observo que han sacado una cajetilla de cigarrillos del bolso. Me invaden unas ganas irresistibles de declarar que Mi Casa es un restaurante para no fumadores. Pero es una necedad, yo misma fumo, además, sería extremadamente perjudicial para el

negocio. Las muy glotonas ya se han ventilado el entrante. ¿Acaso sus madres no les han enseñado que se debe comer despacio, posando la cuchara entre bocado y bocado? Las volutas de humo de Camel se entreveran con la nube de vapor que se eleva de la sartén. Perdidas en una bruma espesa, nos tornamos espectrales. A ellas no parece incomodarles y a mí me alegra que mis primeras clientas no sean puntillosas. Varios transeúntes se apelotonan en la entrada, intrigados por la misteriosa neblina. Es el principio de la gloria. Un hombre se precipita hacia nosotras para salvarnos. Irrumpe y pregunta a gritos: «¡¿Quieren que llame a los bomberos?!». Damos un respingo y echamos a reír. En mi casa hay un ambiente de veras excepcional.

Tras haberlo tranquilizado, le propongo que tome asiento, abro la puerta para que se forme una corriente de aire y le ofrezco una cerveza blanca helada. «Ya puestos, vamos a comer algo», dice aflojándose el nudo de la corbata. Lo pillo echando el ojo a las caderas ambarinas de las chicas. Decido regalarles el postre.

«¡Está buenísimo!», exclama una de ellas mojando un trozo de pan en la salsa en el momento en que me acerco para recoger la mesa. Después de todo, me caen muy bien. Las declaro clientes fetiches en mi mente. Entreveo la posibilidad de emprender un particular negocio: atraer a las mujeres bonitas concediéndoles determinadas ventajas, determinados privilegios. La muchedumbre afluiría a mi restaurante para recrearse la vista, y los beneficios quedarían asegurados. Cualquier venta acaba por evocar, es un principio, la trata de esclavas o el proxenetismo. Busco una excepción, pero no encuentro ninguna. No me avergüenzo. Ya lo sabía cuando decidí abrir Mi Casa. Me viene bien. Que ni pintado…

Anoche soñé que los Beatles venían a cenar al restaurante. Los cuatro. Paul McCartney, John Lennon, Ringo Starr y el otro, cuyo nombre siempre olvido. Al verlos entrar, estaba contentísima pero también preocupada por esa laguna recurrente. ¿Qué sucedería si tuviese que presentárselos a alguien? Cuando me dispongo a dar el nombre del cuarto Beatle, toe, un vacío, no se me ocurre nada o, mejor dicho, sí, pero es peor: Jim Morrison, Jimi Hendrix, Lou Reed. Por suerte, son los únicos clientes. En tal caso, no tengo por qué temer el interrogante sorpresa. Les digo lo mucho que me gustan, a lo que ellos responden con una modestia conmovedora y se sientan a la mesa más cercana a la cocina. Enseguida nos sumergimos en una intimidad radiante, yo ante los fogones y ellos en el comedor, pero cómplices, como si hubieran elegido ese sitio aposta para poder conversar conmigo. Me siento halagada, pero, por otra parte, considero naturales esas atenciones. Insisto, se trata de un sueño.

Tomo la comanda y heme ahí angustiada otra vez: Paul McCartney desea comer pescado empanado (olvidé decir que todos hablan un francés excelente, sin ningún acento). El pescado empanado no figura en la carta, por lo que me arrepiento en el acto de la arrogancia con la que elaboro los menús. ¿Qué es lo que determina que los así llamados alimentos respetables, los platos supuestamente refinados —lomo de bacalao con jugo de moras y setas de carrerilla, milhojas de berenjena y cordero, pastel de queso tierno con pasas y coñac—, qué es lo que determina que estos merezcan servirse en mayor medida en Mi Casa? Mi elitismo me resulta repugnante. Para mayor apuro, Yoko Ono, cuya presencia me había pasado inadvertida hasta ese momento (lo más probable es que estuviese ahí al principio del sueño; ese es el inconveniente de los sueños, la gente entra y sale a destiempo), me lanza una mirada severa.

No le falta razón. Me he puesto neciamente al servicio de una cocina burguesa, cuando lo que, cuando lo que… de nada sirve tartamudear, ¡deprisa!, ¡marchando! Saco una hermosa pieza de rape del frigorífico. Armada de mi cuchillo más fino, corto la carne sustanciosa y densa a buena distancia de la espina central, demasiado sanguinolenta para mi gusto, y del estómago, donde la carne se reblandece, y cuelga, y se vuelve más fina, como las largas orejas de un monstruo marino agotado. Recorto una forma rectangular que me recuerda a los Kapla, los taquitos de madera que le compraba a mi hijo en barriles de cinco céntimos, con los que este construía sublimes fortalezas. A los recuerdos reales debería estarles prohibido mezclarse con la materia inconsistente de los sueños, ya que el dolor que se experimenta es insoportable. El taquito de pescado es perfecto, terso, blanco, blando. Hago un poco de pan rallado grueso dorando migas de pan seco en mantequilla. Las migas no son bastante redondas para mi gusto, no tan redondas como las del recuerdo del pescado empanado que le freía a mi hijo y hacía las delicias de este, que se regocijaba en secreto por vivir en un mundo regido por una coherencia formal tan asombrosa: a los taquitos Kapla les sucedían los taquitos de pescado, a los que, a la hora del baño (le encantaba bañarse después de cenar), les sucedería el taquito de jabón. Pero estoy desvariando. No tengo la menor idea de lo que ocurría en la cabeza de mi hijo. Ese es el otro inconveniente de los sueños, esa tendencia a la alucinación, a la ilusión de una omnipotencia intelectual. Los copos de pan rallado dorado están a punto, hago rodar por ellos el pescado, rebozado apenas con clara de huevo, y funciona. Tras pasarlo cuatro veces por el plato repleto de pepitas, el pescado queda absolutamente camuflado, absolutamente irreconocible como filete de rape y absolutamente reconocible como pescado empanado. Cuando lo deposito en el plato de Paul McCartney, este lanza un grito de alborozo y, sin duda para agradecérmelo, se pone a cantar *Norwegian Wood*. Todos cantan con él. Incluso Yoko Ono. Las guitarras y el resto de instrumentos tocan en algún lugar de las bambalinas. Es tan hermoso. Lloro. Lloro porque es la canción que sonaba en el tocadiscos la primera vez que hice el amor.

Lo recuerdo muy bien; yacía en el suelo, boca arriba. Hacía meses y meses que el deseo iba en aumento. Reía, pero no de

extrañeza, ni de vergüenza (no me daba ninguna) ni de apuro. Sentía deseos de reír por la felicidad que me producía el descubrimiento, por la embriaguez que creía haber inventado. Pensé en Arquímedes y Copérnico, pensé en Newton y Einstein. Pensé en Galileo. En el fondo de mi ser, como en el universo, aquel yacimiento, como la atracción universal, en mí, como en la Tierra, aquellos recursos de energía inagotables. ¿Por qué nadie me había hablado de ello antes? ¿Cómo era posible que no me lo hubiese figurado? Y ¿era gratuito? Y ¿para todo el mundo? ¿Era así de sencillo? ¿Tan sencillo? No se me pasó por la cabeza que no tomaba la píldora, que el chico no se había puesto un preservativo, que corría el riesgo de quedarme embarazada o de atrapar vaya usted a saber qué. Pensé, es increíble. Y entre tanto, los Beatles cantaban *Norwegian Wood*.

¿Por qué tenemos varias vidas? Quizá tienda a generalizar. Quizá sea la única que tiene esa impresión. Solo moriré una vez. Sin embargo, durante el tiempo que me hayan concedido, habré vivido una serie de existencias contiguas y diferenciadas.

No era la misma persona con treinta años. Era un ser muy particular a los ocho. Considero mi adolescencia autónoma con respecto a lo que siguió después. La mujer en que me he convertido está desarraigada, es desapegada, incomprensiblemente solitaria. Estuve muy rodeada. Fui extremadamente sociable. Fui tímida. Fui reservada. Fui sensata. Estuve loca.

Son las doce menos cuarto de la noche y me estoy preparando un baño en mi fregadero gigante. En el lavabo solo se baña a los recién nacidos. A los recién nacidos y a mí. Tapono el desagüe y dejo que el nivel de agua tibia suba veinte centímetros por encima del fondo. Faltan treinta centímetros para alcanzar el borde. Me encaramo a la encimera. La persiana de hierro está echada. Estoy desnuda, de pie, sobre el escurridero, y me gustaría que alguien me viera porque se trata de una situación insólita que merece su público. Me siento en el fregadero con la espalda contra la superficie lisa de acero inoxidable, sin que el agua rebose. Me gusta la precisión aritmética del asunto. Como soy incapaz de hacer cálculos, he obrado a ojo de buen cubero y no me he equivocado. Me paso los brazos por debajo de las rodillas flexionadas a fin de ocupar menos espacio y termino, poco más o menos, en la llamada postura del cuervo. En la época del Santo Salto calentaba con los artistas. Hacíamos una especie de yoga, estiramientos y ejercicios de apoyo. Me crujían los miembros, que nunca antes habían estado sometidos a la más mínima disciplina, me temblaban los músculos, pero yo no me desanimaba, y nadie se burlaba de mí. Todos éramos, en mayor o menor medida, reincidentes, marginados, y a ninguno de nosotros le habría asombrado el comportamiento de sus

compañeros. No nos quedaba más remedio que tolerarnos. Era un mundo dentro del mundo, ajeno a las reglas que regían al resto de la sociedad, indiferente ante sus convenciones. Podías ser madre a los catorce o a los cuarenta y ocho, quedarte soltera o tener tres maridos. Podías ser la tía de los niños que criabas y pasar de los fogones a la caja, lo cual no era óbice para que mimaras a los caballos o cambiaras las escudillas de los perros. Nuestros animales poseían una inteligencia superior. Nos gustaba acoger especies de lo más variado y no considerábamos que el número de los tigres fuera más interesante que el de los perros o los gatos. La frontera que separaba lo doméstico de lo salvaje era difusa. Nosotros la borrábamos continuamente, permitiéndonos ser salvajes, con la firme convicción de ser capaces de domesticar a la más feroz de las bestias. Nadie hablaba. Todo el mundo gritaba. Hacíamos escaso uso de los verbos y los adjetivos. Preferíamos los nombres de pila, los motes y las onomatopeyas. Ea. Paf. Bravo. Media hora antes de entrar en la pista, parecíamos fásmidos, inmóviles y expectantes, entremezclados con las cuerdas, los bastones, las pértigas, las redes y las barras, idénticos a nuestros accesorios, camuflados. Nuestros animales guardaban silencio, e intercambiábamos miradas hasta el agotamiento. Miradas de hombre y de perro. Miradas de chiva y de jovencita. Miradas de reptil y de mujer. Era un mundo frío, que no gélido. Apenas si teníamos tiempo para los sentimientos, pero el contacto paliaba esa carencia. Siempre tenías una mano en la espalda, en el hombro, en el codo, una planta de pie en el interior del muslo, una cabeza sobre el vientre, una rodilla en el pliegue de la ingle. Dibujábamos un Kama Sutra colectivo extrañamente desprovisto de erotismo. La piel es una plataforma. Una forma plana, como la Tierra. Es decir, también redonda y encerrada en sí misma, y tejida de interdependencias. Tardas mucho en comprender tu propia piel, esa paradoja de ser superficie y envoltura, de ser solo una y múltiple: la piel del pie, la piel del cuello, la piel de la barbilla, la piel del sexo, la piel que recubre las costillas; un único y mismo órgano en constante proceso de comunicación. Yo creía conocer mi piel, pero un día, una mano en mi nuca, una mano impensada, o tal vez deba decir inesperada, me hizo comprender que me equivocaba: todo estaba aún por descubrir. Eso sucedió antes del Santo Salto y es una larga historia que tendré que contar,

pero por ahora estoy con la piel. La piel, que, al igual que los animales salvajes con los que vivíamos, se domestica y se domina.

Durante la primera semana en el circo andaba electrizada por los constantes estrujones, ese calor que se intercambia, se toma del otro, se revende, se escapa y se vuelve a apresar. Para explicarme lo que esperaba de mí, el director del circo, al que todos llamaban jefe, me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos. No me parecía necesario tanto énfasis. Solo se trataba de calcular las cantidades idóneas de carne e hidratos de carbono, los aportes de verdura, y de restringir las especias. No entendí el sentido de aquel gesto hasta más tarde, al cabo de varios días, con un frasco de cayena en las manos. Era una forma de fijar las palabras físicamente, en la piel, porque las cosas solo se decían una vez. Si no hubiese recordado el peso de las manos del jefe en mis hombros cuando me disponía a verter la pimienta, a buen seguro se me habría ido la mano, habrían enviado el plato de vuelta a la cocina y me habrían echado. No podía permitírmelo. No tenía dinero, ni casa, ni la más mínima estructura. Si me hubiese marchado del circo, me habría resultado demasiado fácil disolverme en la ciudad, desaparecer, porque habían renegado de mí, porque no deseaban volver a verme. Nadie, ni mi familia ni mis amigos. Me había vuelto tan mala compañía que de haberme fugado, desvanecido o muerto nadie se habría percatado. ¿A qué tipo de hilo me agarré? Siempre crees que hay un hilo, hasta el día en el que conoces al que realmente es buen mago o buen acróbata. En ocasiones no existe truco alguno, en ocasiones es solo cuestión de práctica. Ha de ser que tenía bastante práctica con la supervivencia. Sí, eso es. Es mi mano izquierda, o bien es un don.

No es que no me cueste adaptarme, sino que adaptarme me exalta. ¿Se remonta eso a mi más tierna infancia? ¿Qué médico, qué pitonisa podría corroborarlo? Pongamos este fregadero. Al introducirme en él no pienso en que carezco de bañera, sino que me alegro del grifo telescópico y de la alcachofa de ducha que se le ocurrió añadir al graciosillo del fabricante. No pienso en la porcelana, «Ay, una buena bañera de porcelana». En realidad no sé si ese material macizo y liso que con su conmovedora blancura me recuerda a la leche sin pasteurizar, es porcelana o loza. No, no echo en falta la materia noble, sino que más bien reparo en la

versatilidad del acero inoxidable, sólido y ligero, hueco e indeformable, ni frío ni caliente por naturaleza, sino sucesivamente frío y caliente según la temperatura de la materia con la que entra en contacto; como un eco de mi propio sistema de regulación térmica, frío con las personas frías, caliente con las cálidas, sin matices, sin término medio, solo la adhesión. Es lo que algunos llamarían flexibilidad, esa misma flexibilidad que me permite bañarme con holgura en un fregadero de cincuenta centímetros de ancho. A veces concibo fantasías complejas sobre ese tema: me hallo en medio de una isla desierta, me abandonan en lo alto de un glaciar, quedo atrapada en una gruta a cientos de metros bajo tierra. Lo más inquietante es que esas espantosas evocaciones no suscitan en mí la más leve angustia. Al contrario, las tramas catastróficas que protagonizo me ayudan a conquistar los centímetros de banalidad que he de recorrer a diario. Para mí lo difícil es simplemente vivir, fuera del torbellino, de la amenaza, contemplar con caima el tablero de corcho en el que están expuestas las facturas y decirme que ya las liquidaré a los noventa días y que, si falta dinero, invertiré aquel del que carezco rozando la quiebra, igual que un surfista en el tubo de una ola gigantesca, solo que él corre peligro de morir; yo, en cambio, no corro peligro alguno. En el peor de los casos, el de la desposesión, el fracaso, la pobreza absoluta, y, aunque estos fantasmas sean aterradores, aunque conozca su amargura por haber estado muy cerca de ellos, no son nada en comparación con la muerte. Pues sí, eso es lo que debo hacer cada día, avanzar por el camino llano que conduce al mañana, levantarme temprano, muy temprano, hacer la compra, limpiar, trocear, cavilar, calentar, freír, descongelar, estofar, contar, servir, volver a contar, limpiar de nuevo, tirar, recuperar, restregar, pelar nuevamente, exprimir, mondar, desmigajar, amasar. Al caer la noche, en el agua del baño, hago recuento y relato mis actos diurnos, y la suma de todo ello no es nada y, sin embargo, lo es todo. Trato de determinar mi razón de ser. Es informulable y fugaz, un núcleo de alegría pura nunca alcanzado y ligado, sin que yo sepa cómo, a las emociones de la piel. Salgo del fregadero, me seco con delicadeza y me embadurno con un aceite que no utilizo para cocinar, porque, pese a todo, siguen persistiendo determinados límites.

El florista llega armado con su primer ramo de reciclaje.

—No abro hasta las once —me dice.

Entonces le da tiempo a tomarse un café. Así es como descifro la información que acaba de darme y que, de otro modo, carecería de sentido.

—¿Le pongo un café?

—Como usted quiera —me contesta como si fuese a mí a quien le agradase la idea.

Se sienta en el banco de molesquín para las señoras mientras yo me cuelo tras la barra huyendo de su aliento. Me encanta mi cafetera. El verbo se queda corto. La adoro de verdad, como se adora a un ídolo. Se erige rutilante, con esas palancas y botones, esos tubos, esas rejillas, como el cuadro de mandos de un avión privado. Estoy maravillada con semejante lujo. Es de la marca Hirschmüller, una filial alemana del fabricante, la casa Krüger, cuya sede se encuentra en Neuchâtel, en Suiza. Me he vuelto toda una experta en maquinaria de cocina gracias a mi nuevo amigo, el comerciante de la avenida de la République. Es un modelo antiguo pero prácticamente nuevo por el que me ha concedido un préstamo inusitado, un préstamo que podría inducirme a pensar que se ha enamorado de mí si no fuera tan lúcida: lo que le agrada es el uso que hago de sus aparatos, y ya es algo, me digo al mismo tiempo que acoplo el cacillo del portafiltros en la cafetera.

—Me gusta cargado —precisa el florista—, si no le molesta.

Estoy tentada de ofrecerle, además, unos granos de café para que al mordisquearlos sus exhalaciones se purifiquen.

—No es molestia —le contesto—, a mí me pasa igual.

—Me llamo Vincent.

—Y yo Myriam.

Rasgo el envoltorio de papel de estraza.

—No tengo ningún jarrón —lamento al ver las flores: orejas de

oso encorvadas, claveles con los pétalos oscurecidos, gipsófilas cuyos botones se desprenden con tal facilidad que en un abrir y cerrar de ojos cubren el escurridero con un hermoso manto níveo. También hay dos largos tallos de vaya usted a saber qué planta —a todas luces exótica—, rematados por un tupé de moqueta escarlata fruncida que, muy a mi pesar, me recuerda a lo que ya se sabe.

—¡Qué desastre! —exclama, en vez de correr a su almacén para prestarme uno de los jarrones desportillados, floreros individuales pasados de moda, cubos oxidados y qué sé yo qué más recipientes, que sin duda ha de conservar por alguna misteriosa razón en su atestada trastienda.

Sacrifico dos jarras y tres vasos.

El café está listo. La decoración floral es demasiado exuberante para mi gusto, y los ramos desprenden un olor a jardín marchito que ejerce un potente efecto en mis nervios sensibles.

—¿Cómo va el negocio? —pregunta Vincent mojando los pálidos labios en el café cargado.

Reflexiono un momento. Hace once días que he abierto. Tengo trescientos euros de ingresos y cuatro mil de descubierto, sin contar los diversos préstamos en curso.

—Bien —digo sonriendo—. Muy bien, incluso. No deja de ser curioso, funciona mejor de lo que esperaba. Antes tenía un salón de té en el distrito VII. Era agotador, pero la de dinero que nos hizo ganar…

Me abanico con la mano, como si esa fortuna, tan pasada como ficticia, me acalorara.

—¿En el séptimo? —pregunta Vincent con admiración.

Que no me pregunte el nombre de la calle.

—Sí, por Les Invalides.

Qué temeraria soy.

—No me agrada mucho ese barrio —dice con voz rezongona.

Recuerdo que debe conservar su fama de hombre puntilloso.

—Tiene razón. La clientela era insoportable. Aquí es mucho más… mucho más…

Busco la palabra adecuada, porque mi clientela es tan escasa que sería difícil definirla.

—Más familiar —afirma.

—¡Eso es!

Y de pronto germina en mi mente una idea genial. Pero la dejo escapar. Ahora mismo no tengo tiempo para ocuparme de ella. Que vuelva a pasar más tarde. Hace once días que he abierto y la cosa no va nada bien. Los restos se amontonan en el frigorífico. Me deshago de filetes de espaldilla, tiro puerros, sacrifico tomates. Cada vez que me inclino sobre el cubo de la basura, el látigo de la culpabilidad me deja marcas en la conciencia. Tengo la impresión de que alguien me está observando y de que ese alguien no está contento. Tal vez esa presencia amenazadora no sea más que mi sombra, como ocurre cuando cruzamos nuestro piso vacío de noche y nos asustamos al ver el reflejo del blanco del ojo en un espejo lateral. Lo que se recorta en el espejo es nuestro rostro, pero en lo que caemos en la cuenta, ya se nos ha helado la sangre. Es posible que esa mirada escrutadora que se cierne sobre mí no sea otra que la mía, es posible que el tribunal en el que se celebra mi juicio sea el de mi conciencia, mi pobre conciencia fustigada. Pero de pronto, frente a Vincent, que recicla las flores podridas regalándomelas, me asalta otra idea genial. «Hay que ver lo mucho que este hombre hace por mí», me digo a mí misma. Me inspira. Es mi musa. Noto que Vincent quiere hacerme una pregunta sobre mi vida privada. Desearía saber, por ejemplo, si estoy casada. Las mujeres solteras no le hacen sentirse muy cómodo que digamos. Es normal, no es bueno para su negocio.

—Y lo invirtió todo en… en su…

¿Por qué le cuesta tanto decir que Mi Casa es un restaurante? Si la gente no es capaz de determinar que se trata de un sitio donde se come, donde se paga por obtener comida a cambio, el negocio nunca despegará. Es cierto que no tengo letrero. Es cierto que fuera no pone «restaurante», ni «cafetería», ni «*brasserie*». Ni siquiera pone «Mi Casa». No he tenido tiempo, ni escalera de mano, ni pintura. Pero tengo un ventanal, con el menú en una pizarra, y, justo detrás, mesas, sillas, un banco de molesquín, y al fondo, el resplandor niquelado de mi cafetera. «Mierda», pienso. «Eso es. Es así de sencillo, la gente no ha entendido que he abierto un restaurante. Ay, Vincent, Vincent, hay que ver lo mucho que me ayudas».

—¿Quiere decir en mi restaurante?

—Sí, vamos, en su negocio.

—No, todo el dinero de la venta del salón de té lo invertí en la

bolsa. Para pagar el traspaso de este local, preferí solicitar un préstamo —le suelto, más que nada por impresionarlo.

—Qué ingenioso —dice a media voz esbozando un guiño.

Estoy empezando a tomarle cariño a mi nueva personalidad. Es uno de los inconvenientes de la flexibilidad: cualquier estructura vale. Me siento cómoda calzando los tacones de una mujer de negocios. Siento el impulso de hablarle de mi familia, la familia que le iría como un guante a mi nueva personalidad. Tendría un marido abogado y cinco hijos. Sí, resulta que somos católicos, modernos, desde luego; eso sí, apegados a ciertos valores. Pero no sería demasiado creíble, llevo un delantal agujereado y un pantalón de terciopelo tazado en el bajo. Además, mi cara tampoco ayuda mucho que digamos, se parece más a la de una india que ha vivido lo suyo o a la de una gitana en misión de infiltración que a la de una perfecta ama de casa burguesa. En contra de lo que cabría pensar, la versatilidad y la mitomanía no hacen buenas migas. El placer del mitómano no reside únicamente en el regocijo de timar a su interlocutor, sino que también procede del asombro que el embustero experimenta al dar crédito a sus propias fabulaciones. A mí no me causa sorpresa alguna. Me es del todo indiferente ser esto o lo otro.

No nos queda café en la taza. No podemos fingir beber un último sorbo.

—¿Le gusta leer? —me pregunta de pronto Vincent.

No habría sentido un dolor tan intenso ni aunque me hubiera clavado un cuchillo en el corazón. Aprieto la mandíbula. No contesto. Soy incapaz de hacerlo.

Se levanta y echa un vistazo al local.

—No es habitual —observa— ver libros en un… en un… ¿Los ha leído todos? —pregunta cogiendo uno de los treinta y tres volúmenes que he alineado en una repisa frente al banco.

—*Las desventuras del joven Werther* —anuncia—. No debe de ser nada del otro jueves. Y ¿esto qué es? ¿*Te vild palms*? ¿Está en inglés o en alemán? ¿Cuántas lenguas sabe hablar? Ah, esto ya es más de mi estilo: *El reino de los elfos*, ¿ha leído *El hobbit*? Veo que tiene libros para niños, *Alicia en el país de las maravillas*, creo recordar que lo leí cuando era niño. Era un disco libro. ¿Se acuerda de los discos libros? Es práctico para los niños a los que no les gusta leer, y para

los adultos también, pero usted no tiene esa dificultad. No deja de ser asombroso para una…

Lo va a dejar todo patas arriba. Si abre uno de los libros y se pone a leerlo, a respirar en él, a contaminar con el hedor de su boca el agradable olor a papel envejecido… Pero no. No le pica la curiosidad y además es muy cuidadoso. No hay que olvidar que comercia con flores. Vende seres vivos que perecen con una facilidad pasmosa. Me ha preguntado si me gusta leer, pero la respuesta le trae sin cuidado, y es mejor así, porque me llevaría un buen rato contestarle y entonces no abriría su tienda a tiempo. Sé que puedo seguir callada, que aún tiene cuerda para rato. Es capaz de hacer suficientes comentarios baladíes con los que salpicar agradablemente los diez minutos que le quedan antes de marcharse. Lo dejo hacer. Lo dejo hablar. Y durante ese tiempo pienso en uno de mis preciados libros. No se encuentra en la repisa, no me ha seguido, lo he perdido y casi podría llorarlo si en mi fuero interno no tuviera la impresión de que algún día volverá a mí. Alguien me lo traerá, un mensajero, un enviado del pasado, en el último acto, casi al final, como en una obra de Shakespeare. No puedo volver a comprar ese libro porque ignoro el título y también el nombre del autor. Es curioso, pensaréis. Sí, sobre todo porque lo he leído varias veces. Es un trastorno que padezco. Neurológico. Neurológico, por no decir psicológico (una palabra horrorosa, en serio). Soy incapaz de recordar el título de los libros. Confundo a todos los autores. Por ejemplo, hace unos instantes mencionaba una obra de Shakespeare, pero es probable que la que tengo en mente sea de Molière o de Ibsen. Solo logro apañármelas con los treinta y tres volúmenes de mi biblioteca nómada. El resto es una nebulosa, un caos y, para mí, el lugar donde habita la belleza. El libro en el que pienso mientras Vincent me compara las ventajas del comediscos y del tocadiscos, el libro que perdí, es un tratado filosófico. Mi capítulo favorito versa sobre el perro. En él, el autor explica que el perro no es un animal. El perro, según él, o ella (al igual que desconozco el nombre de los autores, desconozco también su sexo), el perro es un concepto. El dóberman se parece más bien poco al cocker, que a su vez comparte escasos atributos con el chihuahua; el San Bernardo puede encontrarse con un pequinés, y, teóricamente, estos tienen capacidad para aparearse, pero ¿significa eso que sucede realmente

y es deseable? Pues, si bien desde una perspectiva zoológica pertenecen a la misma especie, desde una perspectiva práctica, se ve a la legua que no están hechos el uno para el otro. A continuación al autor, o autora, le sorprendía que su hija de tres años (la manera en que mezcla vida personal y racionalización me haría inclinarme por un escritor anglosajón) siempre fuese capaz de reconocer a los perros con que se topaba en la calle, aunque los animales que señalaba con un índice entusiasta mientras se complacía en exhibir un dominio conjugado del lenguaje y de la categorización se pareciesen como un huevo a una castaña. Si asomaba por allí un gato, incluso fornido, ella lo tenía claro. Si divisaba un poni, el más pequeño de la camada, de menor alzada que un gran danés, no le daba por ponerse a gritar: «¡Perro! ¡Perro!». Ella sabía. Hasta mudo, con las orejas afiladas en punta, incluso sin cola, vestido con un anorak en miniatura para protegerlo de la intemperie, el perro conserva su integridad conceptual. Una reflexión, si bien algo embrollada, que me preocupa sobremanera en lo que respecta al carácter indiscernible de mi establecimiento. Vincent no es capaz de decir que he abierto un restaurante. No cuenta con una palabra que describa el sitio en el que nos encontramos, y eso me hace sentir como un perro que no encaja en el concepto, el único perro que los niños de tres años confunden en ocasiones con un oso o un gato. No consigo entender cómo he podido provocar una situación tan espinosa.

Me pregunto cuándo descubrí que era necesario esforzarme mucho más que antes para seguir viviendo. Simplemente viviendo. Sin saber por qué, siempre me había figurado que la existencia tenía forma de montaña. La infancia, la adolescencia y el principio de la edad adulta se correspondían con el ascenso. Después, al llegar a los cuarenta o cincuenta, daba comienzo el descenso, un descenso vertiginoso, por supuesto, hacia la muerte. Dicha idea, a mi entender bastante extendida, es falsa. Cada día lo tengo más claro. Se empieza por el descenso, sin frenos ni esfuerzo alguno. Tenemos todo el tiempo por delante para contemplar el paisaje y regocijarnos con los aromas, esa es la razón por la que los olores de la infancia son tan tenaces.

La verdadera cuesta aparece luego, pero tardamos mucho en reconocerla como lo que es: una penosa ascensión que termina como la inmensa pendiente por la que uno se imaginaba proyectado a toda pastilla. Y una tarde de otoño, con las manos dentro del cubo en el que escurrimos la bayeta para pasarla por el suelo mugriento de la cocina —¿es la cuarta o la quinta vez que lo hacemos hoy?—, nos preguntamos: «¿Cómo es posible que la pena tenga el peso, el aspecto y la negrura impenetrable de un yunque?». Estrujamos el jirón gris que ha recogido vómitos y orines de bebé, la salsa de tomate derramada, el vino, el champán de los cumpleaños, el sinfín de gotitas de una batalla de agua librada por unos niños exasperados por el calor, el gris sucio de las aceras que se trae a casa. Estrujamos ese triste jirón que ha visto de todo, y se nos retuerce el corazón, y el hígado, y el estómago, expulsando en las venas una sangre acre y espesa, que imaginamos igual de sucia que el agua de la cubeta. La tristeza nos embarga, y nos ahogaríamos en ella de no ser por las tareas pendientes, el correo atrasado, las facturas por pagar, las vacaciones por planear. Bien es sabido que si no vamos construyendo poco a poco nuestra propia vida, nadie lo

hará por nosotros.

Me viene a la memoria un dibujo animado de mi infancia que, creo recodar, se llamaba *La Línea*. Era mi programa favorito. En él aparecía un hombrecillo de perfil al que daba forma una línea. Esta partía del suelo para trazar el contorno del cuerpo y de la cabeza y acto seguido volvía a precipitarse hacia abajo, hacia el suelo, de forma tal que todo —personaje, decorado y horizonte— se confundía en el mismo trazo. El hombrecillo avanzaba canturreando y murmurando alegremente cuando, de improviso, la línea que lo dibujaba se quedaba parada dos pasos por delante de él. Cuando eso ocurría, exclamaba en un galimatías de francés con acento italiano: «¡Eh!, pero ¿por qué no hay línea aquí?». Con frecuencia caía por el precipicio, desbaratándose como un tejido mal cosido y chillando: «¡Aaaaaaaaaah!». En ocasiones volvía a subir. A veces también fabricaba el resto de su trayecto utilizando un fragmento del tramo que ya había recorrido. Era el humano que día tras día debe ir colocando los raíles por los que circula su locomotora. El humano adulto, se entiende, el humano en mitad de esa agotadora ascensión hacia la nada. Un día eso es lo que ocurre, te encuentras de pronto ante el vacío como *La Línea* y no se lo puedes echar en cara a nadie. Te quedas estupefacto por no haberlo visto venir, te escandalizas de que a nadie le preocupe. «¡Eh!, pero ¿por qué no hay línea aquí?», te preguntas al mismo tiempo que escurres la bayeta. No hay línea porque eso también era falso, un engaño. Para que todo salga bien, no basta con seguir la carretera, sino que es necesario asfaltarla sin cesar con el alquitrán untuoso de nuestros sueños y esperanzas, trazarla en nuestra mente, tratando de prever las inevitables curvas e irregularidades del terreno. A veces, cuando todo va bien, cuando, de milagro, conseguimos llevar algo adelantada nuestra espantosa obra de arte, podemos tomarnos un respiro y todo va sobre ruedas. Estamos dispuestos a creer que lo más difícil ya está hecho, que a partir de ese momento todo saldrá bien. Somos tan ilusos, tan cortos de memoria, que no nos acordamos de que el terreno que nos acoge es obra de nuestras manos y de nuestro cerebro, siempre pronto a imaginar cualquier tontería. Nos dormimos en los laureles hasta el siguiente agujero, ante el cual nos inclinamos consternados. «Ya no me quedan fuerzas», nos decimos, «yo merezco algo mejor que esto, ya es hora de que alguien me ayude, ya es hora de que una mano

guíe la mía». A nuestro alrededor, un ejército de brazos caídos. Todo el mundo está cansado. Nuestro marido, nuestra mujer, nuestros amigos, todo el mundo está hasta la coronilla en el mismo momento, y es entonces cuando llega —pero solo si somos muy afortunados, si no tenemos miedo o si estamos lo suficientemente locos para picar el furtivo anzuelo—, es entonces cuando llega el amor. Y lo que arrojamos al vacío ya no es macadán, sino un puente colgante que abre la senda hasta el infinito.

Mi hermano me ha invitado a cenar en un restaurante. Charles, mi hermano, es buena persona, todo el mundo lo dice, y es cierto. Yo solo le veo virtudes. Es sereno, delicado, fiable, gracioso, ingenioso y, sea cual sea la circunstancia o el lugar en el que se encuentre, siempre se siente como pez en el agua. A veces pienso que es como una versión lograda de mí misma. Siendo niña me sacaba de quicio porque nunca se enfadaba. Yo, en cambio, echaba espumarajos por la boca, bramaba, gritaba, pegaba puñetazos, gimoteaba. Él no. Sonreía, con esa misteriosa sonrisa encaramada en lo alto de su largo cuello como una vela abierta. Le llevo cuatro años, pero para mí no aparenta su edad. Me telefoneó esta mañana, justo después de que Vincent se fuera:

«Oye, ¿por casualidad no cierras hoy?», me preguntó.

«Abro todos los días».

«Pues precisamente. Como no tienes día de cierre, podemos elegir cualquier día. Si un día entero te parece demasiado, cierras tan solo esta noche».

«¿Por qué?»

«Porque quiero invitarte a cenar a un restaurante».

«Estás de broma, ¿no?»

«No.»

«Ni siquiera viniste a la inauguración del mío».

«Estaba en Toronto».

Mi hermano viaja mucho, de maravilla. No se marea, la diferencia horaria no le afecta en lo más mínimo. Nunca habla ni se vanagloria de ello. Si conozco esos detalles dignos de admiración es porque he viajado con él.

«Y ya estás de vuelta», le digo, «así que me llamas, porque estoy a tu disposición. Basta una llamada para que salga zumbando, para que cierre el restaurante. Estoy al borde de la quiebra, ¿sabes?»

«Por eso mismo. Porque cierres una noche no va a cambiar nada.

Paso a buscarte.»

«¿En moto?»

«En moto.»

Soy la mayor, pero él es quien manda, porque es más inteligente que yo. Siempre ha sido así, desde muy temprano. Me tenía impresionada, incluso de niño. Era tranquilo y hacía con desconcertante maestría todo cuanto un bebé ha de hacer. Comía bien, dormía bien, y sus hermosas risitas y gorjeos eran de lo más reconfortantes. Yo lo miraba a los ojos, con el corazón encogido de odio. Mi imagen se reflejaba en sus iris plomizos, y cuando me acercaba para verme mejor en ellos, él estiraba los brazos, me ponía las manos en las mejillas y me succionaba la nariz distraídamente. A pesar de mi tierna edad, distinguía en él una falta de pertinencia de la que me alegraba y que percibía como un humor muy especial.

El restaurante que ha elegido es muy refinado. No es la clase de lugar al que acostumbro ir. A diferencia de mi hermano, suelo sentirme incómoda con facilidad. Todo en el local está muy bien pensado y concebido. Reparo en los manteles, que son cortos y dejan al descubierto las elegantes patas de madera tallada de las mesas. El detalle me conmueve: si una tiene las piernas bonitas, ¿por qué tapárselas? Los cubiertos también son poco corrientes. Tienen el fulgor níveo de la cubertería antigua, pero son ligeros, casi ingrávidos, de modo que es como comer con los dedos: no estorban, los alimentos vuelan hasta la boca. Me pregunto qué pensaría de Mi Casa el dueño del restaurante. Siento vergüenza. La lamentable vergüenza del perro que no se ajusta al concepto.

He pedido una ficoide glacial con vinagreta de trufa. La ficoide es una lechuga rara, gruesa, de hojas carnosas exquisitamente dispuestas en torno a un tallo de sabrosa pulpa. No sé dónde se puede conseguir. En Mi Casa hay lechuga ordinaria y lechuga romana, también rúcula, que suelo agregar al jugo de las carnes, porque se me ha metido en la cabeza que la rúcula es un alimento cárnico y estoy empeñada en reconciliarla con su condición animal. Es un derroche, porque la mayoría de la gente la deja en el borde del plato, arrugada y patética, como si se tratase de una guarnición malograda. Aun así persevero en mis esfuerzos de transcategorización, es lo que a mi juicio los alimentos esperan de mí, lo que se supone que debo aportarle al mundo. La rúcula con la

carne. Los aguacates con la fruta. El vino blanco con el queso. Recompongo los lazos de amistad, hago trampas al juego de las siete familias.

No me explico cómo se las ingenian para iluminar el comedor. No se ve ninguna lámpara, tampoco hay velas, sin embargo, la luz se funde sobre nosotros o, mejor dicho, nos funde en ella. A mi hermano, al resto de comensales y a mí nos envuelve un resplandor dorado. Los camareros también parecen nimbados por una interminable puesta de sol. Somos todos tan hermosos que me pregunto si no nos habremos trasladado al paraíso. Una mano hábil y benévola nos ha sumergido, cual figuritas, en un baño de olvido y languidez, y en los pómulos y en la parte superior de la frente se nos forman medias lunas irisadas. Me como la ensalada mágica —porque, ahora que lo pienso, entiendo que la ficoide no se pueda comprar: se coge en el bosque de Brocéliande a la luz de una antorcha fría— y la encuentro mucho más sabrosa que cualquiera de los platos que preparo y que, sin embargo, tanto me enorgullecen.

No pensaba que la sanción fuera a caer tan pronto, indicándome que me he equivocado y que, a fin de cuentas, no estoy hecha para lo que yo creía. Este restaurante elegante, cuya identidad o función nadie pondría en duda, este restaurante totalmente conceptual, me impone una comparación insoportable. No soy el caniche frente al dóberman, ni el pequinés frente al labrador; si acaso, soy un perro de peluche, pero feo, de esos que nadie quiere y que crían polvo en el anaquel de una tienda de ultramarinos de pueblo que durante un tiempo pensó en vender juguetes para atraer clientes. Tampoco esperaba que esta amarga revelación viniese de la mano de Charles. ¡Menuda ocurrencia! ¿Por qué me habrá traído aquí? Tal vez piense que el batacazo dolerá menos si es rápido y brusco. Pero no. Nunca ha estado en mi casa. No sabe qué se come ni dónde se sientan los clientes. Me está hablando. No ha parado de hablar desde que llegamos, pero —es horrible— no he oído nada. He percibido el sonido de su voz como se percibe el rumor de las olas, ahora embriagador, ahora penoso; ahora relajante, ahora tonificante, pero ¿quién trataría de descifrar su significado?

—No he escuchado nada de lo que me has dicho.

Prefiero que las cosas queden claras entre nosotros. Tan solo

espero que no me haya anunciado la muerte de su novia, su despido inminente o, como asimismo temo, una enfermedad incurable. Tiemblo ante mis pronósticos. Él, en cambio, sonríe.

—No tiene importancia —me contesta—. Si quieres que te lo resuma, te estaba hablando de los nuevos ejercicios que hago por la mañana. También te he contado cómo descubrí este sitio. ¿Te gusta?

—¿El qué?

—Este sitio.

Me responde con un gesto amplio y a la vez discreto, señalándome las paredes, el mobiliario e incluso a la gente que trabaja y cena en derredor, como si todo ello le perteneciese.

—Me siento humillada —le digo sin pensarlo demasiado.

Mi respuesta es hiriente e incomprensible.

Pero Charles sigue sonriendo. No le ha molestado. Le interesa. Quiere entender por qué me siento así. Quiere saber si tiene que ver con nuestros orígenes extranjeros; si me he hecho más de izquierdas que él; si no me ha gustado la ensalada.

Le explico que me siento estúpida porque… ¿pero cómo es posible que se atreva a preguntarme eso? ¿Acaso ha olvidado que acabo de abrir un restaurante? Me mato a trabajar de la mañana a la noche, paso tanto tiempo de pie batiendo salsas que me duelen la espalda y las muñecas, mi cocina se me antoja banal y caótica, no soy una camarera experimentada, se me derraman las sopas, no doy pie con bola, soy demasiado lenta, incluso cuando soy rápida, no sé cómo tratar con los clientes, no domino el arte de la conversación, y la iluminación de mi casa se reduce a dos fluorescentes en la pared del fondo y dos enormes lámparas de color naranja que me encantaron el primer día y que desde entonces aborrezco francamente. Me siento humillada porque me doy buena cuenta de que no sé nada de restauración, es un oficio, un oficio que no he aprendido, por lo demás, no he aprendido nada en esta vida de perra, soy una inútil, voy a echar el cierre y…

Consigo no alzar la voz, aun así no puedo contener el llanto y rompo a llorar en el instante en que el camarero, un chico moreno guapísimo, con unas pestañas interminables, se acerca para retirar el primer plato.

—Gracias —dice Charles—, estaba buenísimo.

Parece tan convencido, se le da tan bien decirlo con un punto de emoción en la voz, que cualquiera podría pensar que estoy llorando por ese motivo, por lo deliciosa que está la comida. Mediante unas pocas palabras ha escenificado mi cuita, le ha dado la vuelta, la ha convertido en un sentimiento mucho más sofisticado al atribuirle una causa estética. La ha liberado de su trivialidad, disipando así mi falta de discreción. El chico me sonríe, comparte conmigo, o al menos eso cree, la delicada y desgarradora emoción que produce la perfecta armonía entre la ensalada y la vinagreta. De vuelta en la cocina, podrá decirle al dueño que ha hecho llorar a otra clienta. Este último, tras afilar el enorme cuchillo en el que se reflejan sus labios carnosos, hundirá la hoja en la carne tierna y luminosa de la chuleta de ternera que me reserva.

Me horroriza el espectáculo que estoy dándole a mi hermano. Quiero ser fuerte y sensata. Aspiro a alcanzar la ingenua racionalidad del libro de filosofía que perdí, quiero inspirar respeto, no piedad, ni siquiera compasión. Las lágrimas se secan. Yergo la espalda, miro a Charles y nos echamos a reír.

—Me encanta que sigas haciendo disparates —me dice.

—¿Qué?

He dejado de reír.

—Cuando me dijiste que ibas a abrir un restaurante pensé que era una broma.

—¿No te lo creíste?

—Ni por asomo.

—Eso me ofende.

—Pues no debería, porque lo has hecho. Yo estaba equivocado y tú tenías razón. Has ganado.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Para mostrarte mi falta de imaginación. Si yo tuviera que abrir un restaurante, sería como este. Estoy seguro de que el tuyo es distinto y no se parece a ningún otro. No entiendo cómo puedo ser tan conformista y tú, en cambio, serlo tan poco.

—Estás celoso.

—No, sería incapaz de vivir tu vida.

—Yo también lo soy.

Charles se encoge de hombros. Pienso que no me gustaría vivir la suya. Tener una primera mujer a la que conociste en la facultad,

no muy mona pero estable, con la que tienes dos niños resplandecientes, educados según la receta más que probada de las actividades deportivas, las conversaciones largas, amistosas y profundas, y los fines de semana en el campo. Dejarla porque no logra sentirse realizada y porque su psicoterapeuta le ha hecho caer en la cuenta de que su pareja era un elemento inhibitorio. Conocer a otra chica, más bonita y más joven, a la que torturas negándote a tener un hijo con ella. Y, mientras tanto, ganar bastante dinero para vivir e invitar a tu hermana (y a los demás, supongo) a cenas opíparas en lugares de ensueño. No podría. Lo he intentado. Pero algo me lo impide. Una fuerza. Un flujo. Mi hermano es un velero; yo, un paquebote, pero con una quilla demasiado corta y un timón demasiado largo. El menor movimiento del timón me conduce a miles de millas del destino previsto. Tengo la inercia de un gran navío. Cuando avisto el puerto, todos los esfuerzos por orientarme hacia la rada son baldíos y me lanzo contra el dique. Mi existencia, si bien lenta y poco espectacular, ha ocasionado numerosos estragos, pese a que divisé a lo lejos la señal angustiada del faro. Me llegó su aviso, yo decía: «Sí, sí, ya lo sé, como me descuide lo voy a romper todo», pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué tal te va con el tugurio? —me pregunta Charles.

—¿Por qué lo llamas «tugurio»? No lo has visto.

—Papá lo llama así, «el tugurio de tu hermana».

Tengo la impresión de haber abierto una casa de citas.

—Y ¿qué más dice?

—Nada, como de costumbre. Boberías. Habla y se oye ese ruido fastidioso: «ña, ña, ña, ña, ña».

Ese es exactamente el sonido que produce la voz de mi padre, pues hace mucho que decidió que la gente no merecía más que gruñidos de su parte. Sonrío.

—Y mamá, ¿te ha dicho algo?

De pronto mi vida se encuentra supeditada a la opinión de mis padres.

—Ha dicho… espera, te la voy a imitar, prepárate, dejo que se apodere de mí durante un minuto, espera…

Se concentra, cierra los ojos frunciéndolos levemente y, cuando los vuelve a abrir, es mi madre. Tiene las mejillas aspiradas hacia dentro, los agujeritos de la nariz contraídos, la boca le sobresale

aún más, es gruesa, perfilada, y las cejas se alzan hacia el centro de la frente, entre suplicantes y exasperadas.

—Tu hermana tiene tanto talento… —me suelta con la voz áspera por el tabaco, cuando él no fuma, áspera, pues, por el tabaco de mi madre, la mujer del purito largo.

Consigue reproducir hasta el más mínimo matiz de su entonación: admiración, rabia, sensación de desperdicio, desaliento. Ese talento es como una bofetada que recibo sin rechistar. Las bofetadas de mi madre han dejado de afectarme. Se pierden en algún punto entre nosotras, en un espacio insonoro e indoloro que a veces me da por imaginar. Es blanco, erramos en él frente a frente y, aunque corremos constantemente el riesgo de chocarnos, nunca nos tocamos; sonreímos y rehuimos la mirada de la otra.

—¡Un talento increíble! —añade, y de lo bien que la imita, me parece ver humo saliéndole por la nariz.

Rompo a reír. Mi hermano parpadea y vuelve a ser él mismo, liberado del dibuk materno. No tenemos edad. Cuando nos volvemos a ver y nuestras mentes se imbrican como las dos mitades de un anillo mágico, el tiempo queda abolido y revivimos cada uno de los periodos de nuestra existencia, condensados en el néctar de nuestra presencia común. El biberón convive con el cigarrillo, la tirita suple al parche de nicotina, podemos decir «mamá» y «papá», palabras proscritas el resto del tiempo. Nos reunimos en el terreno de juego de la fraternidad, ese descampado que pasa desapercibido tras una empalizada que apenas si se comba bajo el barniz social. En él tenemos todo cuanto necesitamos, piedras que lanzarnos a las pantorrillas, hierbas altas y salvajes sobre las que dejarnos caer al borde del agotamiento, bichos que observar y con los que asustar al otro. En ocasiones nos sentimos a gusto allí, noches junto a una hoguera en las que, cobijados en el iglú dorado que forma el halo alrededor de nuestra cabeza, nos sentimos protegidos del mundo exterior. Las ramitas que arrojamos al fuego para atizar las llamas son recuerdos comunes y bromas que solo nos hacen reír a nosotros. No somos jefes ni empleados, no estamos divorciados ni casados, no tenemos hijos, tampoco amigos, el mundo se consume en nuestra minúscula pira, el mundo no es más que lo que nosotros decidamos que sea. Pero en otras ocasiones nos sentimos incómodos: el terreno está demasiado seco, del suelo se levanta polvo y nos escuece en los

ojos, no hay dónde sentarse, los cardos han proliferado, la hoguera huele a tabaco frío y el rostro del otro está irreconocible. Nos percatamos de que hemos envejecido de golpe, y la puerta secreta que se recorta en la empalizada se cierra a nuestra espalda.

Charles estuvo ausente del terreno de juego durante varios años. Cuando acudía, lo hacía distraído, como se cumple con un deber fastidioso, pero su mente no estaba allí, porque la tenía llena de sueños de futuro. Se había vuelto demasiado ambicioso para nosotros dos y yo ya no le convenía. Iba a sentarme sola frente a las brasas frías y aguardaba a que él viniera a rescatarme de la maldición del tiempo, que siempre pasa en la misma dirección. Al cabo, volvió y, sin decir una sola palabra, se sentó, encendió una cerilla, lanzó al fuego dos pequeñas decepciones que ardieron en el acto y me devolvió mi juventud.

Esta noche, en el restaurante elegante, hacemos una fogata grande.

—Bueno —me vuelve a preguntar—, ¿cómo te va?

—Muy mal, creo.

Charles parece sorprendido.

—Hay cosas que sé hacer —le digo para no dar la impresión de que me estoy lamentando (detestamos a los quejicas)—. Pero hay demasiadas que se me dan fatal.

—¿Como cuáles?

—El papeleo. Rellenar papeles. No imaginaba que hubiese tantos formularios, cosas que pagar, cotizaciones de las que no entiendo ni jota y gastos enormes de los que sabes pertinentemente que no podrás liquidar ni la mitad de una cuarta parte. E incluso la compra. Estoy convencida de que no la hago como es debido. Siempre he oído hablar del mercado de Rungis, ahí es donde hay que ir, pero no tengo coche, así que voy al supermercado y al mercado del barrio.

—¿Cómo te las apañabas antes, en el circo?

—Era una situación especial. No comprábamos nada.

—¿Entonces qué comíais?

—De todo, pero no iba a hacer la compra. Siempre venía un tipo. Un granjero. Pero en modo alguno la clase de granjero que ves en el campo o que sueles imaginar, el típico francés medio con mono de trabajo y boina. Nuestro granjero se llamaba Ali Slimane,

era muy elegante, siempre iba vestido con una camisa blanca y un pantalón beis claro. Era él quien venía. No lo llamaba, no tenía su número. No hacía pedido alguno. Llegaba en su camioneta azul, un azul precioso, entre claro y fuerte, un azul de cuando éramos niños. En la camioneta tenía de todo. Carne, verduras, productos lácteos, sin etiqueta ni sello de matadero: él mismo criaba y mataba los animales. Las verduras estaban cubiertas de una fina capa de tierra. «La capa las protege. No retires la tierra hasta el último momento. No las laves, pélalas y frótalas». Hacía al pie de la letra lo que Ali me decía. Cuando me hablaba siempre sentía una punzada en el corazón, no sé si era porque me daba pena o porque me gustaba.

—¿Por qué te iba a dar pena?

—Pensaba que debía de estar solo.

—Igual tenía una mujer esperándolo en la granja. Niños. Tres amantes en el pueblo y cincuenta y tres hermanos.

—No, y aunque así fuera, en su mirada se traslucía cierta soledad, una llama antigua oscurecida por la expresión, por no decir la falta de expresión, del resto del rostro. También me traía conservas. Tarros de alcachofas, de limones en salmuera, todo tipo de guisantes y judías, frascos de especias, huevos de cáscara rugosa. Almacenaba la harina en bolsas de papel de estraza. Al fondo de la parcela que ocupábamos, había labrado un pequeño trozo de tierra en el que había plantado varias hierbas: tomillo, romero, perejil, cilantro, cebolleta, salvia y menta. Yo le preguntaba si no le preocupaba que el aire de la ciudad terminase contaminándolas. «Pero si vosotros mismos estáis contaminados», me decía sin animosidad, sin juzgar. «Respiras aire, ¿qué cambia el que lo comas? Ya lo tienes dentro». Al caer la noche solía ir al huerto con una linterna. Me ponía en cuclillas, con los pies en la tierra, y observaba cómo las hojas aterciopeladas de la salvia captaban la humedad, se cubrían, se impregnaban de ella. El romero erigía sus minúsculos puñales en medio de la oscuridad, como queriendo estallar las burbujas de agua que planeaban a ras del suelo. La cebolleta, simple tubo, cabellera verde, única y tupida de una cebollita subterránea, se alzaba altiva. El tomillo reptaba como un grupo de maquis, apretado, eficaz, compacto. Yo me dedicaba a meditar, a descansar. Buscaba la compañía neutral de las plantas, que no hablan, no oyen nada, no tienen deseos, tan solo

necesidades. Me habría gustado tomarlas como modelo, imitarlas…

Mi voz se pierde, noto que estoy saliendo del terreno del juego.

—¿Y por qué no lo vuelves a ver? —me pregunta mi hermano.

—¿A quién?

—A tu granjero.

—Nunca tuve su dirección ni su número de teléfono. No sé de qué región es. Ni siquiera conozco el nombre de la granja.

—Estoy seguro de que podemos dar con él. El apellido. Tenemos su apellido. Y no debe de vivir muy lejos de París. ¿Por qué no le preguntas a los del circo?

—No sé dónde están. Cuando recibimos la orden de desalojo todo sucedió muy deprisa. Al día siguiente ya lo habían recogido todo. Se fueron. El jefe se despidió de mí. Les pregunté qué pensaban hacer. «No podemos llevarte con nosotros». Esa fue la respuesta que me dio. Le dije que lo entendía, pero que me preocupaba. ¿Cómo iban a apañárselas con los niños y los animales? La ciudad se me antojaba hostil, pero más hostil todavía, el campo, donde la gente se te queda mirando, no quiere saber nada de ti. Temía que la tierra se los tragase. El jefe parecía lleno de confianza. «¿Por qué lloras?», me preguntó, «tenemos mucha suerte. Aquí nunca hemos tenido que pagar por nada. Es un terreno hermoso. Le hemos sacado partido. Ya encontraremos otra cosa. ¿Por qué lloras, pequeña judía? (me extrañó que me llamase de ese modo). No eres tú quien debe llorar por nosotros, ¿entiendes?». Asentí con la cabeza. Fui a coger las hierbas. Lo recolecté todo. Corté al ras. Las envolví con papel y le llevé los paquetitos a la mujer del jefe. Ella se quedó mirándolos, me dio un beso y al partir los tiró por la ventanilla del camión. Reía. Vi las hierbas aterrizar en el suelo del terreno, que se convirtió de nuevo en un descampado. Las recogí y las metí en mi maleta. Cuando llegué al hotel, pedí un jarrón para poner a remojar mi bosque en miniatura. Era un hotel barato. La señora me dijo: «Aquí no tenemos de eso». Lo puse todo en el lavabo y me cepillé los dientes en la ducha. Al día siguiente tiré todo a la papelera y lloré. Lloré por todo lo que cortamos y arrancamos de raíz. Pensé que nunca pararía.

—Pero lo hiciste.

—Lo hice.

—Siempre terminamos haciéndolo, ¿te has fijado?

Pensamos unos instantes en el ineluctable final de la pena.

—Deberías haberme llamado —dijo Charles al cabo de un rato.

—¿Cuándo?

—Cuando te echaron del circo. Cuando estabas sola y no tenías dónde quedarte. Podías haber venido a casa.

—No tenía ganas. Creo que había vuelto a un estado salvaje.

La chuleta de ternera aparece súbitamente ante mí y me embriaga con su aroma. Podría cogerla a manos llenas y morderla hasta la médula, como la buena montaraz en que me he convertido. Pero no. La examino, la estudio. Analizo el punto de cocción, la pincho con la punta del cuchillo, practico una incisión. La sangre rosada —agua, un jugo, casi nada— brota y se mezcla con la salsa parda, en la que coinciden alcachofas chinas y judías verdes, tan finas que parecen briznas de cebollino, pero más tiesas. Decido dejar para otro momento la dolorosa reflexión sobre la pertenencia al concepto y disfruto con la comida.

Me gusta subir la persiana de hierro para entrar en mi casa. Resulta anticuado y me procura una auténtica sensación de poder. Una vez dentro, vuelvo a bajar la persiana y me siento protegida. Este párpado de acero que, al cerrarse, me abstrae del mundo —de la misma manera que un simple parpadeo basta en ocasiones para reprimir algún pensamiento, alguna lágrima—, me hace desaparecer incluso mejor de lo que lo haría una puerta. Quién imaginaría que en el local duerme alguien; que el banco se cubre todas las noches con un saco de dormir, que, por su parte, se extrae de una caja hábilmente disimulada bajo esta insospechada cama supletoria. Quién creería que aquí hay alguien que se cepilla los dientes, se lava el pelo, se levanta por la noche para orinar y comprueba en el espejo qué cara tiene, no sea que la pesadilla que acaba de tener la haya transformado por completo. Quién iba a decir que en una de las mesas florece un lapicero y que, bajo el halo anaranjado, alguien escribe y dibuja y se propone hacer algo mientras los demás duermen. Ese alguien soy yo. Porque esta noche estoy despierta. Escribiendo una lista con mis ideas geniales. También estoy escribiendo una lista de lo que tengo que hacer para que mis ideas geniales vean la luz. Así pues, estoy redactando dos listas con un nombre cada una. La lista número uno se llama «Ideas geniales» y la lista número dos «Lo que hay que hacer». La lista número dos es más larga que la lista número uno. No sé si eso es bueno o malo.

Me gusta escribir de noche. Si fuese escritora, siempre escribiría de noche. Así lo hacía Balzac. ¿Seguro que era él? Entreveo una bata de raso manchada de caldo. ¿Era la suya? Así lo hacía Proust, incluso de día, pues vivía a oscuras. Entreveo una cama, pero —¡oh, abismo, abismo de la memoria!— esta se confunde con la de la habitación de Van Gogh. Es el desorden en el que habitualmente se encuentran mis pensamientos; no debo dejar que me domine. Debo

esmerarme en escribir las listas. En el caso de la lista de ideas geniales, presiento que la manera de formularla tiene mucha importancia. No se ha de decir demasiado ni resultar impreciso. Si es demasiado detallada, ya no será una lista, y podría quedarme bloqueada a la hora de llevarla a cabo. Si es demasiado vaga, ¿merece realmente la pena que la desarrolle?

No nos demoremos más. Ideas geniales:

1)Un restaurante para niños.

2)Un restaurante con servicio de comidas preparadas.

Ya está, he terminado, solo tengo dos ideas. Tanto una como otra me las ha soplado Vincent el florista, mi musa. La primera, al hablar de clientela familiar. Quien dice familia, dice niño, quien dice niño, dice individuo que le hace ascos a la comida y se pone latoso en los restaurantes. Quien dice familia, dice infierno, y aun así heme aquí con mi revolución a dos pasos de su puerta: un sitio en el que se aceptan los niños, como en el comedor escolar, pero mejor, no mucho más caro (lo sé, parece imposible, pero hallaré el modo de resolver lo insoluble en la lista número dos), un restaurante en el que, cómo no, algunas cosas se comerán con las manos, un sitio en el que todo les resultará apetecible.

La segunda idea es en apariencia más banal. En efecto, un restaurante con servicio de comidas preparadas, pero no como los demás. Mi musa me dio la idea al traerme sus flores podridas. No se trata en absoluto de servir comida podrida en bufés o en recepciones al aire libre. No. De lo que se trata es de dejar de desperdiciar. No ofreceré servicio de comidas para llevar todos los días, solo aquellas noches en las que me sobre demasiada comida. No organizaré fiestas para ciento cincuenta personas, sino que cocinaré pequeñas cantidades para gente que no dispone de tiempo suficiente para hacerlo o no sepan o les dé pereza. Será muy barato porque utilizaré las sobras, y lo peor de ello es que lo diré y no le molestará a nadie. El sistema se pondrá en marcha gracias al boca a boca. La gente se dará cuenta enseguida de que se trata de una especie de lotería. A veces te puede tocar el bingo: ganas filetes empanados para cuatro con salsa de morillas, mientras que otras noches: «No, lo siento, todas las mesas están ocupadas, no nos queda ninguna, pero si tiene cinco minutos, le puedo dictar una receta tan sencilla que será capaz de hacerla hasta con los ojos

cerrados». Cuando la gente es muy amable y ha demostrado interés por Mi Casa, ya sea porque vienen con frecuencia o porque se lo recomienden a sus amigos, les preparo una sorpresa, una cena de gala por su cumpleaños, algo asombroso, grandioso e inesperado. La gente del barrio me quiere. Es increíble lo mucho que me quiere. Los torrentes de amor se abalanzan sobre mí. La gente me dice: «¿Pero cómo nos las apañaríamos sin ti?». Me lo dicen las madres de familia, me lo dicen parejas de jóvenes que no tienen donde caerse muertos. Resplandezco de felicidad. Por una vez me siento yo misma. Deparo satisfacción total. Rezumo bondad. Transformo el mundo. Lo transformo en un lugar habitable, ¡por fin!

Abro una botella de burdeos. Solo he bebido… veamos, ¿cuántas copas me he tomado con Charles? ¿Cuántas botellas nos hemos…? He perdido la cuenta, pero tengo sed. Necesito tomarme una copita para ponerme con la lista número dos, que es mucho más larga y difícil de hacer, porque en ella es donde se supone que deben resolverse todos los problemas planteados en la primera.

Escribo al principio de la página en blanco: «Lo que hay que hacer». Decido no colocar por orden las propuestas, sino dejar que afloren, que se acumulen. Hago una lluvia de ideas y voy apuntando. Ir al ayuntamiento para informarme sobre los precios de los comedores. Ponerme en contacto con las niñeras del barrio (lo tacho al punto porque presiento que las niñeras son mis enemigas naturales, puesto que podrían considerar que lo mío es competencia desleal). Hacer la lista de los productos que los niños suelen preferir. Calcular el precio de coste de una comida. Establecer el precio de venta más bajo posible. Invertir en vajilla irrompible. Dejar la decoración tal cual. Evitar colocar juguetes por todas partes —es sorprendente la facilidad con la que los juguetes de plástico pueden desfigurar un lugar a causa de sus colores demasiado vivos o demasiado apagados; los juguetes son la antítesis del buen gusto, incluso los de madera, que, para colmo, aburren y deprimen a los niños. Dar con la forma de hacer que los adultos entiendan que ellos también son bienvenidos. ¿Crear una carta doble? No, confiar en las pulsiones regresivas, la alta cocina será para la cena y el servicio de comidas preparadas. Contratar personal: un camarero y una ayudante de cocina, o al revés: una camarera y un ayudante de cocina. Pero estoy segura de querer un chico y una chica. ¿Por qué?

Porque, a mi juicio, es la mejor manera de gestionar las alianzas en caso de conflicto. Comprar cojines para que los niños lleguen a la mesa. Un molde para gofres. Una crepera. ¿Una freidora? Una freidora. ¿Y si pusiese una chimenea? Una chimenea para asar carnes con fuego de leña, chuletitas de cordero, costillas de cerdo, pechuga de pollo. Inspecciono las paredes y el techo en busca de un humero. Avanzo sin despegar los ojos de las molduras, de modo que no veo la silla que me cierra el paso, tropiezo con una de sus patas y salgo despedida por encima de ella. Aterrizo en el suelo y me doy de narices contra el pie de hierro colado de una mesa pese a mi intento por amortiguar la caída con los dedos de la mano derecha.

Permanezco tendida en el suelo unos instantes, como hacen los futbolistas, con las manos en la cara, haciendo muecas como ellos y con las rodillas contra el vientre como tan bien se les da. No sé de quién estoy intentando llamar la atención; en mi casa no hay árbitro alguno. Por lo que se refiere a la falta, soy la única a la que se puede declarar responsable. Me sorprendo añorando la vida conyugal, la época en la que cualquier padecimiento tenía su origen en el otro, el desalmado marido, el hombre malvado que me trataba injustamente. Resultaba tan grato pensar «¡Que reviente!» y notar cómo se aliviaba mi aflicción. Puede que le guarde rencor a Charles por haberme hecho beber tanto, porque ahora que me cuesta lo indecible ponerme en pie, que veo danzar a mi alrededor lienzos de pared, inclinados como los naipes de un castillo a punto de desmoronarse, que las mesas agitan las patas como cucarachas gigantes, y que las sillas, transformadas en escarabajos peloteros, fruncen y acercan su cornuda y amenazadora frente hacia mí, es cuando comprendo que estoy borracha, hasta tal punto que no me había dado cuenta.

Me subo al banco y contemplo las hojas arrugadas, emborronadas con mi letra de falsificadora: los lazos de las eles bien cerrados, los puntos bien colocados sobre las íes, la fluidez de los trazos, la excepcional homogeneidad del tamaño de las letras, la leve pendiente ascendente hacia la derecha, que expresa un optimismo razonable, la elegancia exquisita de la brisa que barre los renglones en el sentido del texto. He cosechado numerosos éxitos gracias a mi engañosa caligrafía. Unos expertos decidieron que tenía la autoridad natural, la formalidad y el espíritu emprendedor

necesarios para el liderazgo; me auguraron un porvenir brillante en psicología y psiquiatría, el éxito asegurado como profesora, una facilidad tremenda para los estudios y el ejercicio de la profesión de ingeniero. Yo misma, al releer lo que acabo de escribir, me dejo engatusar por la ilusión de mi poder. Creo en lo que pone en las hojas y, mientras unas gotas de sangre caen despacito de mi nariz y de mi boca (las de la nariz dibujan flores del tamaño de una margarita; las de la boca, más pequeñas, tan solo murajes), decido seguir mi propio consejo y ceñirme a las órdenes dictadas por el exceso de alcohol.

Antes de acostarme a dormir, añado al final de la lista número dos: «Buscar al Sr. Slimane».

Me despierto con un crujido, el sonido de algo deslizándose. Me incorporo de un brinco. El correo está pasando por debajo de la persiana de hierro. Los sobres asoman uno a uno, una esquina primero, luego el resto, y de pronto, como aspirados por los baldosines que recubren el suelo, se abalanzan hacia mí. Todos son blancos, con una ventanilla. «A los sobres les sucede lo contrario que a los cuartos de baño», me digo, «tener ventanilla es un inconveniente». Me sorprende el número de cartas que he recibido tras la apertura, aunque «carta» no sea la palabra adecuada. No me escriben personas. No me llegan frases. Sé que debería tratar de salir de mi asombro, dejar de pensar que una carta ha de ser necesariamente una hoja en la que un alma, gemela o no, se ha desahogado. Una carta dice: «¿Qué tal estás? Yo me siento mucho mejor, los niños están en forma, mi marido ha encontrado trabajo, me he puesto a leer de nuevo, me he matriculado en un curso de costura fantástico». O bien: «Me siento perdida, estoy angustiada, todos los días pienso en irme de casa, me asfixio». Noticias, recibidas, dadas. Pienso en las cartas de Madame de Staël, o ¿tal vez eran las de Madame de Sévigné? Pienso en las cartas de Rosa Luxemburgo (en este caso no me cabe duda alguna dado que su correspondencia con Léon Jogichés forma parte de mi biblioteca nómada, el refugio de los treinta y tres autores que han sobrevivido al caos de mi memoria). Me levanto y recojo, cual triste cosecha, el fajo del día. Hoy tenemos: retraso en el pago de dos facturas con los correspondientes intereses de demora, la cotización obligatoria a un fondo de pensiones de nombre sospechoso, una oferta de

suscripción gratuita durante un mes a una revista especializada y el extracto de la cuenta profesional. Coloco las solicitudes de pago junto a los extractos del banco, que gritan a voces: «¡Descubierto!». Hablad entre vosotras, me apetece decir a las dos pilas de papeles. Examinadlo juntas. Agujero contra agujero. Confío en que este acercamiento geográfico solvente el conflicto. Los acreedores renunciarán. El banco me adelantará el dinero. Sea como fuere, yo no puedo hacer nada, salvo lamentar que no me lleguen cartas y que solo haya números en las que recibo. Por pura rebeldía, me dirijo a la repisa de los libros y saco a Rosa Luxemburgo. Me voy a mandar una carta suya. Eso compensará. Abro el libro al azar por la página 277 y leo:

> Lo que más me complace es el fragmento en el que escribes que aún somos jóvenes y lograremos encauzar nuestra vida personal. Ay, amor mío dorado, si supieras cuánto deseo que cumplas esa promesa… Una vivienda pequeñita solo nuestra, nuestros muebles, nuestra biblioteca; un trabajo tranquilo y estable, ir a pasear en pareja o a la ópera de cuando en cuando, un reducido círculo de amigos al que invitaríamos en ocasiones a cenar, y, cada verano, un mes en el campo, sin nada que hacer… (Quizá también un niño, un bebé pequeñín. ¿Acaso nunca será posible? ¿Nunca…?).

Cierro el libro pensando en ese bebé pequeñín encerrado entre paréntesis, protegido de antemano por su futura madre —que nunca lo será, dado que muere asesinada en 1919 sin dejar descendencia— en el abrazo volátil de dos minúsculos brazos de tinta. Me entretengo reflexionando sobre la ternura materna, sobre la locura y la furia de la ternura materna. Son las nueve. Tengo que ir a comprar cuanto antes, por lo menos a comprar el pan y la fruta que me hacen falta, pero me quedo inmóvil, paralizada por la irrupción de una escena en mi mente. El corazón me late despacio y siento una opresión en el pecho. Revivo, sí, revivo mi antigua ligereza, mi falta de voluntad para levantar esos paréntesis imprescindibles, y la desmesura de los primeros tiempos que tan caro he pagado.

Mi hijo era el bebé más hermoso que nunca había visto. La gente se burlaba de mí cuando lo decía. Incluso mi marido. «Pero mira», le decía yo, «¡Mirad!», le ordenaba a mi familia y a mis amigos. «Es excepcional. Tiene la cabeza perfecta, la nariz, la piel, el cuerpo. Y su mirada destila tanta bondad… Comparadlo con otros bebés si no lo veis a primera vista. Los demás bebés están arrugados, tienen una narizota puntiaguda, manitas crueles y mirada de cobarde. Tienen brazos delgados, pies valgos, uñas blanduzcas y encarnadas y una voz estridente. Mi hijo es todo lo contrario, contemplarlo es un auténtico placer».

La enfermera está preocupada. En su opinión, estoy demasiado alterada. Pero el hecho de lo que piense azuza mi combatividad. «A lo mejor no lo ha mirado bien», le digo. «No me extraña, tiene mucho trabajo. Si se pasase una hora mirando a cada niño, desaprovecharía un tiempo precioso. Pero este es diferente. Mírelo, se lo aseguro. Tampoco es que el mérito sea mío, pero es una obra de arte». Mi marido me arrea una bofetada. De lleno en la mejilla y la nariz. Mi vecina de cama hunde la cara entre las manos. Me pregunto si estará riéndose. Me sangra la nariz. La enfermera coge del brazo a mi marido y lo conduce fuera de la habitación. Me digo que esa gente no tiene ningún sentido del humor. Y me siento sola.

Desde su cuna transparente, Hugo me gratifica con su maravillosa sonrisa, que he olvidado mencionar. Me quedo admirándolo, pero de repente tengo la horrible sensación de que algo se ha roto. Ya no lo quiero. Miro hacia otro lado. Me concentro en la pared blanca. He debido de equivocarme. No ha sido más que una ausencia. Voy a descansar un poco y cuando me vuelva a encontrar con sus ojos, todo volverá a ser como antes. La inmensa y gozosa oleada de amor me tragará y me atrapará, bobalicona y gloriosa. Aguardo unos instantes. Miro a mi vecina, que le está dando el pecho a su pobrecita hija, tan fea y enteca, con tres pelos negros en la coronilla de una ridícula cabeza en forma de cono y vello por doquier, en la espalda, en los brazos. La madre tiene los párpados bajados, suspira de contento o de decepción y trata de olvidar la incomprensible escena que acaba de presenciar. Pero puede que también esté paladeando algún tipo de victoria: me han castigado, a mí, la madre del bebé más hermoso del universo, a dos pasos de ella, la mujer que ha dado a luz a una rana flacucha y

peluda. Me han abofeteado. He tenido que tragarme la soberbia. Me han puesto en mi sitio. Sí, lo más probable es que ella también estuviese harta de que me pasase el día contemplando a mi hijo. Pero aquí no queda la cosa, no acabarán conmigo tan fácilmente.

Con la lentitud con la que un lagarto del desierto tuerce imperceptiblemente su máscara de escamas empolvada de arena hacia su presa, que lo confunde con un bloque de piedra hasta el instante mismo de la captura, vuelvo la cara hacia mi hijo, dispuesta a recibir la marea siempre montante de la pasión. Nada. No ocurre nada. Emprendo una inspección de detalles: muñecas regordetas, pliegue minúsculo y mullido que las une a la mano de color albaricoque, boca preciosa, cual flor carnosa, carnosa y suave, entreabierta y amplia bajo la naricilla redonda, amistosa y graciosa, párpados azules ya orlados de pestañas, frente sabia, sin oquedad en las sienes, frente sabia, calma, anclada por medio de unas cejas imperceptibles que se alzan indulgentes y asombradas. Cabello suave y uniforme que se enrosca alrededor de un vórtice perfecto. Orejas planas y nacaradas que descansan sosegadas como conchas de almeja en la orilla. Cuerpo vigoroso y elástico dentro del pijama, que no se frunce, no le baila por todos lados, sino que, por el contrario, acentúa el logrado contorno de los miembros, encajados en el torso largo, potente y misteriosamente convexo. Todo está ahí, la respiración acompasada y tranquilizadora, los ojos, que de pronto se abren, gris suave, y me miran, sin verme, dicen las enfermeras —porque estoy demasiado lejos, porque una pared de plexiglás nos separa. Viéndome, pienso yo. Mi hijo me mira y me ve, y lee en mis ojos que todo se ha acabado. Ya no lo consigo. No sé adónde se ha ido. Pero no puedo por menos de constatar la huida, brutal, alarmante: todo mi amor se ha esfumado; no siento más que una inmensa benevolencia. Y una compasión terrible que no acierto a saber a quién va destinada.

Las semanas posteriores están vacías. Sé hacerlo todo como es debido. Las puericultoras me felicitan, me ponen en libertad, regreso a casa y aguardo. Aguardo el instante en que regresará el amor. Entro en la habitación por sorpresa, pillándome desprevenida a mí misma, y dirijo la mirada hacia la cuna. Hugo está ahí, duerme resplandeciente. Conforme va creciendo, una bola se va inflando dentro de mi pecho. Nunca se me había ocurrido que una pena de

amor pudiese adoptar esa forma, esa violencia y, sobre todo, originarse de ese modo. Me pongo a espiar a las demás madres, a las que, como yo, empujan un cochecito, a las que ya van por la silla de paseo, a las que caminan junto a un triciclo, a las que llevan una bolsa de deporte y trotan a la zaga de un fideo. Siento fascinación por ellas. Poseen el tesoro que a mí me han robado. Todas. Las severas, las dejadas, las ariscas, las remilgosas. Detecto en sus rostros, en los gestos más ínfimos, en la entonación de la voz, los innumerables signos del amor materno. Eso me destroza. No le hablo de ello a nadie, y nadie me habla de ello. Porque mi discapacidad es inapreciable.

Hugo crece. Juega con las manos. Se mantiene sentado. Gatea. Se mantiene en pie. Nunca se pone enfermo. Ríe. Ríe de la mañana a la noche y enseguida aprende a hablar y a pronunciar interminables frases de senador. Su belleza también aumenta. Las pestañas se le alargan aún más. Los ojos se le agrandan. Tiene un pelo ejemplar. Un cuerpo ágil. En la guardería, las otras madres me lo envidian. Nunca llora, ni siquiera cuando se cae. Hace amigos con facilidad, los trata con una cortesía exquisita: comparte sus bizcochos, presta su cubo. Sonríe y ofrece breves espectáculos para divertir a los bebés, cuando él mismo no tiene más que cuatro años. Las madres me tienen manía. Piensan que soy demasiado perfecta. Damos paseos en barca, monta a caballo, aprende a dirigir un globo aerostático, le pago un curso de buceo, leemos libros, cocinamos y pintamos sobre seda, gana un torneo de capoeira. Con su padre no hace nada. Se sienta a sus pies mientras este lee el periódico, luego se acurruca contra él apoyando la cabeza en su pecho y cierra los ojos. Pierdo la costumbre de acechar los sobresaltos de mi corazón. Desisto. En ocasiones, como el rapsoda que lleva en los labios la epopeya de sus antepasados, me cuento a mí misma mis Tres Gloriosas, los tres días que separan el nacimiento de la bofetada. Vuelvo sobre mis pasos y recuerdo. La fascinación sigue intacta. Ya no la siento, pero mi imaginación es capaz de sintetizarla. Es como mirar fotografías antiguas. En una de ellas apareces mordisqueando una fruta bajo el sol de una tarde de verano. Estás en invierno y no tienes nada en la boca, pero, si te concentras, consigues rememorar la huella dejada por la sensación, aislarla, sin llegar a experimentarla. Es como estarcir. También una tortura, porque en

todo momento sientes deseos de hundir la mano en la profundidad inexistente de la fotografía y hurtar la fruta, apoderarte de la luz, retroceder en el tiempo.

A mi tía, que era diabética, le amputaron media pierna al final de su vida. Cuando la vi tras la operación me dijo:

—Puedo mover el pie.

Como es natural, pensé que se refería al pie que le quedaba.

—Eso es estupendo —le dije—. No se ha visto afectado, no lo tienes anquilosado.

Negó con la cabeza.

—Me refiero al otro —aclaró—. Al que me han quitado. Aún puedo moverlo.

Caviló unos instantes y me preguntó:

—¿Dónde crees que habrán tirado ese pedazo de pierna? ¿A la basura?

Se le nublaron los ojos. Hoy en día me pregunto en qué tipo de basura andará perdido el amor que sentía por mi hijo.

Es tarde. Aún no he hecho nada. No puedo permitirme cerrar este mediodía después del cierre excepcional de anoche. La luz turbia del frigorífico, que he abierto de par en par a fin de valorar el estado de las reservas, me hace volver en mí. Dejo vagar la mirada de rejilla en rejilla, por las bandejas y los cajones. De lácteos voy bien, tengo lo que hace falta. En lo que respecta al pescado, estoy perdida, aunque hoy no es viernes que yo sepa, así que si se presenta algún vegetariano, en las cestas tengo con qué satisfacerlo. El jarrete de ternera se convertirá en osobuco. Tenía pensado asarlo entero sobre un lecho de chalotas confitadas, pero ya no dispongo del tiempo necesario para cocerlo. Saco mi sierra de carnicero del estuche y me pongo manos a la obra. Primero corto pedazos con el cuchillo en la carne pálida como un tutú de bailarina, y luego me enfrento al hueso central con el serrucho.

Suena el teléfono. De un codazo, hago caer el auricular de la base para descolgar sin interrumpir mi carnicería y con el mango de la sierra pulso el botón del altavoz. Es Vincent, está preocupado porque no he subido la persiana de hierro y ya son las diez y media. Quiere saber si todo va bien y se ofrece a echarme una mano.

«Al tipo le apetece un café», me digo. «Se acostumbra "más rápido que su propia sombra", es el Lucky Luke de la rutina».

—Entra —le digo, pasándome al tuteo con afectado descuido.

Si no te ocupas de estas cuestiones lo suficientemente temprano, la relación se oxida y terminas por verte en la obligación de acostarte con la gente para acceder al tuteo.

—Ahora mismo no puedo abrirte la persiana porque estoy algo ocupada, pero la puerta que da a la escalera de servicio está abierta. Entra por ella. ¿Te sabes el código de entrada?

Sí, se lo sabe, enseguida viene. Noto el peso que comporta una nueva amistad, pero también el alivio de no sentirse una tan sola.

Vincent lleva un polo que desprende un penetrante olor a

detergente. Lo sé porque me da un beso, probablemente exaltado por el tuteo. No resulta muy cómodo que te den un beso en cada mejilla cuando estás frente al tajo, con una sierra en una mano y un jarrete en la otra. Vincent me besa —¿cómo explicarlo?— por detrás, lo cual tiene la ventaja de que solo me llegan los efluvios de detergente y no esos otros, los fatales, vamos, ya sabéis a los que me refiero. Está, como él mismo anuncia, de buen humor, e incluso añade «de un humor excelente». Deduzco que es absolutamente necesario que le pregunte el motivo.

—¿Te apetece un café? —le digo para hacerlo rabiar un poco.

Pero él continúa, no se deja distraer.

—¿Un café? Si quieres, aunque sería más apropiado una copita de champán.

Termino de cortar y pongo en marcha mi querida cafetera.

—Llevo algo de retraso —le digo—. No tengo tiempo para sentarme, pero soy toda oídos.

—¿Eh? —hace, fingiéndose distraído, como si no comprendiese la alusión.

No me quedará más remedio que preguntarle. Ocurre lo mismo que con el café; no se trata de lo que él desee, sino de lo que a mí me apetezca. No ha de notarse bajo ningún concepto que se está desahogando. Para él es muy importante que yo crea que accede a satisfacer mi curiosidad.

—¿A qué se debe que estés de tan buen humor? —inquiero vencida.

—A un contrato —contesta enigmático.

Voy a tener que tirarle de la lengua. No obstante, es menos cansino que desviar la conversación hacia otro tema. A la par que corto la chalota en finas rodajas alzo la voz, dado que la carne que se está dorando en la olla chisporrotea bajo el zumbido de la campana extractora, y le pregunto:

—¿Un contrato de qué?

—Ornamentación floral.

Ya no tengo derecho a frases enteras. Se acabaron los determinantes. Al cuerno con los verbos. Será un parto con fórceps. Me concedo un silencio. Retiro la carne del fuego, la reservo en una fuente de barro cocido y echo la chalota picada, el ajo troceado, el romero y un ramillete de perejil plano en el fondo de la olla, bajo el

fuego y disminuyo la potencia de la campana extractora. Muy despacio, me vuelvo hacia mi musa, que mira por la cristalera como tocado por la inspiración, adoptando poses de joven modelo prerrafaelita.

—¿Ornamentación floral? —pregunto con voz afable—. Eso es apasionante. ¿Es nuevo? ¿Ya lo habías hecho antes?

He optado por la táctica del fusil de francotirador. Acribillo mi presa a preguntas, simulo impaciencia y finjo una curiosidad voraz dando saltitos sin moverme de mi sitio.

Vincent se sustrae perezosamente a la contemplación de la calle vacía, que miraba con fingida ensoñación. «Se pasa de rosca», me digo, pero no se lo tengo en cuenta. La gratitud es un valor que sitúo en lo más alto de mi escala personal, y considero que le debo bastante.

—Sí, ya lo he hecho antes —contesta hastiado—. Lo hago todo el rato, pero en esta ocasión es especial.

Sin darme la vuelta, remuevo las hierbas con una mano detrás de la espalda.

—Anda, ¡cuéntame!

Lo obsequio con dos saltitos más.

—Es para una empresa grande —me suelta cerrando los párpados a fin de que tome conciencia de la importancia de ese nuevo encargo—. Una empresa de organización de actos que regenta un judío.

Me quedo parada. ¿Acaso ese dato es necesario? Mi rostro deja traslucir cierta crispación.

—¿Sabes lo que eso significa? —me pregunta.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Mucho dinero.

«Ah», me digo para mis adentros, «claro. Los judíos y el dinero. Estoy a punto de pasar un rato maravilloso». Me niego a controlar mi expresión. Va más allá de mis fuerzas. Es hora de desglasar la salsa con vino blanco. Me coloco de espaldas a Vincent, vierto media botella de Muscadet en la olla y, sin dejar de remover, me relamo con los deliciosos efluvios. Tras depositar los pedazos de ternera en la salsa rojiza, flambeo todo con coñac.

—Organizan bodas, toda clase de fiestas y… ¿cómo lo llaman?

Podría apuntarle la palabra que le falta, pero mi gratitud tiene

límites.

—¡Bar Mitzvá! —exclama—. Lo que sí te puedo decir es que no escatiman en gastos. Mis dos primeros presupuestos giran en torno a los tres mil euros, pero al parecer eso no es nada comparado con lo que cabe esperar.

No sé cómo retomar el interrogatorio. De pronto me cansa tener que aguantarle su excelente humor, así que me concentro en la salsa de tomate y en la preparación de la gremolata, una mezcla de corteza de limón, albahaca, aceite de oliva y parmesano que añadiré en el plato poco antes de servirlo.

—Voy a confeccionarles tapetes con pasifloras —prosigue—. Diademas con corregüelas para las niñas. Voy a trabajar con el jazmín, por supuesto. Tengo que ponerme a fabricar pétalos de rosa confitados con los que suplir las grageas, es más refinado. Para los espacios al aire libre, utilizaré la vid y la hiedra salpicadas de grandes rosas de jardín. El lirio, muy resistente, muy fuerte. Mezclaré las flores campestres, tales como la flor de la zanahoria o la matricaria, con flores más sofisticadas. Mucho follaje, eucalipto, grosellero…

Ya no hay quien lo pare. Me conmueve su entusiasmo, su amor sincero por las flores, sus ansias por hacer las cosas bien. Tras verter el concentrado de tomate sobre la carne, la tapo y tomo asiento para brindar con él. Entrechocamos las tazas. La suya está vacía, en cambio la mía sigue estando llena. Vincent se deja llevar por su fogosidad y golpea la taza demasiado fuerte. El café se derrama encima de mis dedos y sobre la mesa, y unas gotas salen despedidas hacia la blusa blanca que llevaba en honor a Charles, porque sé que es su color preferido.

—¡Oh, disculpa! —grita Vincent abalanzándose sobre mí para secarme con un paño que coge al vuelo—. ¡Menudo imbécil! —dice enfurecido—. ¡Qué gilipollas! ¡Menudo cerdo estoy hecho!

No hay insulto lo bastante violento para expresar el enfado que le produce.

—No pasa nada —le digo—. En serio, te lo aseguro. No te preocupes. De todos modos tenía que cambiarme.

Me pone las manos por todos lados, sobre las mías, sobre el pecho, bajo los pies, en la mesa, entre las piernas. Me gusta. Pero de repente se detiene.

—¿Te va a dar tiempo de pasar por casa? —me pregunta.

—¿Por casa? —repito.

—Para cambiarte de ropa. Son las once menos cinco.

Siento el impulso de confesárselo todo. En estos momentos resulta extremadamente tentador dejar que mane la verdad cual flujo ininterrumpido y sin rodeos: vivo aquí, acampo en mi local. Pero me retengo. Aún es demasiado pronto.

—Siempre llevo conmigo otra muda de ropa —le digo—. Cocinar ensucia una barbaridad.

No podría asegurar que me cree. Algo en su mirada, como una minúscula pluma de herrerillo que vuela en el azul del cielo recortado en el cristal de una ventana y que podríamos confundir con un simple reflejo, me indica que tiene sus dudas.

—Te tengo que dejar —me dice.

—Mazel tov —le digo al tiempo que subo la persiana de hierro para dejarlo salir por la puerta grande.

—¿Cómo dices?

—Mazel tov, eso es lo que dicen los judíos para desear buena suerte. Es lo que decimos cuando nos alegramos por alguien.

—Igualmente —contesta saliendo de mi casa a reculones.

Su sonrisa se queda flotando tras él unos instantes y permanezco de cara a la calle para contemplar el recuerdo de ese gesto. Vincent corre hacia su tienda, llega tarde. Mientras tanto, su sonrisa me hace compañía. La calle está desierta. Es el momento de calma antes de la salida de las clases y la hora del almuerzo de los oficinistas. Siento el calor del sol en la frente, en la punta de la nariz y en el nacimiento de los pechos, mis planos inclinados, ahí donde mi cuerpo se proyecta hacia delante. Espío a los técnicos del laboratorio de enfrente mientras realizan tareas de gran precisión con unas prótesis dentales. Me gusta que la gente trabaje. Cada cual en su celdilla, enfrascado en lo suyo, trapichea inmóvil. Los empleados están en su puesto, tranquilos, la calle está desierta, a merced de los infractores: los padres con niños pequeños, los parados, los ociosos, los locos, los gamberros y la gente que, al igual que yo y pese a todos sus esfuerzos, pese a sus ajetreadas jornadas, son incapaces de amoldarse al así llamado tranquilizador horario de oficina. La calle cambia de rostro dependiendo del momento del día y, ahora que mi observatorio goza de tan buena situación, me

alegra poder paladear hasta el más mínimo cambio.

Termino de subir la persiana y vuelvo a la cocina. Al cruzarme con mi reflejo en el espejo encima del banco, advierto que sigo teniendo algo de sangre bajo uno de los agujeritos de la nariz y que se me ha hinchado el labio superior, el que reventó al darme el topetazo. Vincent no ha hecho alusión alguna. Debía de estar ensimismado en su buen humor. Me apresuro a limpiarme la sangre y guardo mis listas y mis lápices. Tengo que hacer de comer. El sol aprieta, la gente querrá ensaladas. Me pongo a pelar sin orden ni concierto. Es una técnica poco ortodoxa que probablemente me haga perder tiempo, pero me conviene. Consiste en hacerlo todo a la vez. Saco las hortalizas, las verduras, las hierbas y varios cuchillos: pelador, cuchillo de hoja lisa y cuchillo de hoja dentada. Corto medio pepino en dados, luego fileteo los champiñones, me pongo de nuevo con el pepino y lo corto en rodajas muy finitas, paso prestamente a las judías verdes y les quito el rabillo, introduzco las remolachas enteras en el horno, vacío los aguacates y los pomelos y zambullo las acelgas en agua hirviendo. Lo importante es no aburrirse. La teoría, porque tengo una teoría sobre cómo pelar los alimentos, establece que hay que dejar un hueco para el azar. En cocina, como en cualquier otro asunto, tendemos a refrenar nuestros instintos. La velocidad y el caos provocan una ligera pérdida de control. Cortar las verduras con formas y tamaños diferentes propicia alianzas que, de otro modo, no se nos habría ocurrido probar. En la ensalada de champiñones, pepino y canónigos se debe añadir el perifollo entero, en ramitos, para así crear un contraste, ya que los demás ingredientes son muy finos, casi transparentes y resbaladizos. Si el delgado tallo y las minúsculas ramitas de este no contrastasen con la languidez general, acentuada por la nata líquida que sustituye al aceite de la vinagreta, nos sumiríamos en la melancolía. La clave reside en el equilibrio, y no creo que el equilibrio nazca de la premeditación. Es una idea peligrosa pero que suele comprobarse con tanta frecuencia que me juego lo que sea a que es cierta. El humano se inclina. No lo sabe. Pero se inclina. Es lo que se llama tendencia, inclinación, manía. Para que un plato salga bordado, ha de existir una relación entre lo tierno y lo crujiente, entre lo amargo y lo dulce, entre lo azucarado y lo picante, entre lo húmedo y lo seco, y esta ha de estar

sometida a la tensión de esas parejas de contrarios. Nadie es lo bastante tolerante e inventivo como para respetar los contrarios, por lo que es conveniente abrirles la senda del contrabando y la clandestinidad.

Las remolachas salen del horno. Les echo un chorrito de vinagre de nuez. Las acelgas se precipitan hacia la espumadera, las rocío con limón y pimienta. La encimera es un campo de batalla: pepitas, rabillos, salpicaduras, manchas, hojas, mondas. Todo se amontona y exuda. Me enternece la sangre rosa de la remolacha sobre un corazón de pepino. Pero no tengo tiempo que perder. Me transformo en Shiva y en la espalda me salen brazos adicionales que funcionan más deprisa que mi cerebro a la hora de ordenar, secar, clasificar, dividir y guardar.

Cuando las clientes fetiches, las dos estudiantes de lustrosas caderas, empujan la puerta de Mi Casa, todo está en orden, todo está listo. Lo único de lo que no me he ocupado es la pizarra, por lo que propondré el menú de viva voz.

Las chicas están de un humor de perros. Les han puesto mala nota en Filosofía. Piden pescado para ser más inteligentes. Trato de convencerlas de que el osobuco es excelente para las meninges, que su untuosidad lubrifica los engranajes y protege las sinapsis. Me replican que engorda demasiado. Les digo que están guapas. Les explico el porqué y el cómo. Hablo largo rato de su belleza y me dicen que me expreso bien, que seguro que les puedo echar un cabo con la asignatura. Me prometen que me traerán la próxima redacción, pero me aterra pensar que puedan cumplir dicha promesa. Recuerdo el martirio de las citas. En el instituto siempre teníamos que citar a autores, decir «como hace fulanito cuando escribe tal cosa», y yo, que nunca sabía quién había hecho qué, confundía *La condición humana* y *La comedia humana*, creía que Stendhal era uno de los seudónimos de Balzac, e imaginaba que Ovidio había escrito *La divina comedia* en latín. Y en Filosofía, ni hablemos, el único nombre que conseguía memorizar era el de Platón. Por lo tanto, era él quien lo había escrito todo, desde *Teeteto* hasta la *Crítica de la razón práctica*. Pero a veces también lo confundía con Sócrates. ¿Quién era el títere y quién el titiritero? ¿Sócrates había escrito unos diálogos en los que se presentaba a Platón? Me perdía.

Las chicas están hambrientas. Para devolverles la sonrisa, fijo el precio de la comida en cuatro euros.

—¿Todo el año? —me preguntan.

—Toda la vida —les digo—. Pero que quede entre nosotras. No lo vayáis diciendo por ahí, ni siquiera a vuestros amigos.

—No tenemos amigos —replican al punto (ha de ser mentira, pero están dispuestas a hacer cualquier cosa por conservar el inusitado privilegio que les otorgo)—. Y ¿si pedimos postre? Y ¿si pedimos caviar? Y ¿si pedimos café?

Me hacen gracia. Les digo que me llamo Myriam y ellas me estrechan la mano ceremoniosamente y se presentan: Simone y Hannah.

—Con hache al principio y al final —aclara esta última.

Dos señores que han tomado el banco de molesquín por asalto se quejan de que el servicio es demasiado lento. No lo dicen a las claras. Mascullan, lanzan miradas airadas, suspiran una barbaridad y no dejan de mirar el reloj. Tienen razón. Tengo demasiadas mesas que atender al mismo tiempo. Pierdo unos minutos preciosos recitando el menú en voz alta, olvido volver a poner el agua a hervir para los tallarines y me percato de que no he previsto suficiente gremolata. Una señora manda el solomillo de vuelta a la cocina porque está demasiado hecho. El local está lleno de ruido y de humo, las cacerolas chocan unas con otras, se me cae una sartén de hierro fundido al suelo de baldosas, que se resquebraja, y todo el mundo se sobresalta. Simone y Hannah pagan directamente en caja por temor a que los demás clientes descubran el precio irrisorio al que les dejo mi cocina.

—Debería contratar a un camarero —me dicen—. Nosotras conocemos a uno bueno. Si quiere le podemos decir que pase a verla.

No les presto atención. Se lo agradezco y les doy un beso. «Son mis sobrinas», le digo mentalmente al resto de comensales, no vaya a ser que a ellos también se les ocurra pedirme un beso.

Ahora entiendo a lo que se refieren cuando hablan del momento de mayor movimiento. Es lo que estoy viviendo, ese famoso movimiento, que a mi entender se parece más a un seísmo. Relleno las comandas, las clavo en el tablero y a continuación, en la cocina, ejecuto las órdenes que me he dado a mí misma. Hay momentos en

los que soy tan rápida y eficiente que tengo la impresión de llevarlo todo adelantado. Pero no había visto una nueva mesa de cuatro y he olvidado los postres de la 5. Presiento que estoy superando un límite y la euforia se apodera de mí. Pongo número a las mesas, como los profesionales. Es como si de pronto un rótulo gigante se pintase por sí solo en la fachada; Mi Casa se está convirtiendo en un restaurante. Ladraría gustosa de felicidad, yo, el perro entre los perros, si no fuera porque un plato se me escapa entre las manos aceitosas y su contenido termina esparcido por el suelo. Aparto la comida malgastada con la punta del pie y vuelvo a hacer la ensalada que he perdido. Solo me quedan tres pedazos de tarta de ciruelas damascenas y almendras. Me falta uno. En su lugar propongo una copa de *mousse* de praliné y frambuesa gratuita. El señor de la cazadora al que le explico la naturaleza del intercambio me dice: «Pues es todo un detalle por su parte». Para mí es un gesto comercial. Pienso en la fidelización de la clientela. También pienso que la prodigalidad sin ton ni son conduce a la ruina; es un proverbio que invento para la ocasión, pero cuyos presagios decido rechazar. Mi sistema tiene sus limitaciones, pero al menos tiene el mérito de ser coherente. Apuesto por la rentabilidad del obsequio. Dicho razonamiento se basa en numerosas pruebas recolectadas al azar en los cuentos que leí durante mi infancia. La muchacha que acepta dar de beber a la anciana de la fuente termina por escupir perlas, en tanto que la que se niega a hacerlo, solo vomitará insectos.

—¿Todavía se puede comer? —pregunta una mujer entreabriendo la puerta.

Miro la hora en el reloj, porque eso es lo que suelen hacer los restauradores. Son las tres menos cuarto, Mi Casa está aún medio llena, ya no me queda osobuco ni ensalada de champiñones.

—Pase —le digo un poco hosca, como si le estuviese haciendo un favor—. Pero ya no me queda plato del día. Solo tartas saladas y platos de verduras.

Eso era precisamente lo que les apetecía a ella y a su amiga. Las acomodo.

Los señores que rezongaban por la lentitud del servicio van por el tercer café. Se han aflojado el nudo de la corbata. Fuman. Charlan. Me piden la cuenta, y yo les contesto: «¡Marchando!».

A las cuatro y media cierro la puerta. Me dejo caer sobre el banco y lloro, sin lágrimas. Lloro de nervios y de angustia. Me siento como si me hubiese pisoteado una manada de elefantes. Calculo que tengo como mínimo dos horas de limpieza por delante y ando escasa de ingredientes para el segundo servicio. Decido inaugurar las cenas temáticas. Esta noche toca sopas variadas y *fondant* de chocolate, pues me quedan verduras y lo necesario para hacer un par de pasteles. Me tiembla la mano mientras escribo en la pizarra. En la parte superior añado un precio interesante (siete euros el menú compuesto por una sopa y un postre) y pongo en movimiento mis brazos secretos para llenar bolsas de basura y llevarlas hasta el contenedor, fregar el suelo y pelar una nueva tanda de verduras.

A las ocho se presentan dos señoras que podrían ser amigas de mi madre.

—¿Tiene velas? —me pregunta la más alta—. Hoy es el cumpleaños de mi hermana.

Me avergüenza no poder ofrecerles más que una sopa para una cena de cumpleaños, pero a las dos hermanas les parece por el contrario ideal, están tratando de perder algo de peso. Eso no les impide dejarme sin pan. Piden una botella de Côtes-de-Beaune. Cantamos *Cumpleaños feliz*. Estoy en un tris de regalarles el champán, pero un dolor lancinante en la espalda me recuerda que merezco ganarme la vida.

Son las únicas clientas de la noche. Cuando se disponen a marcharse, la más mayor me estrecha la mano y me dice: «Es usted muy valiente». No sé qué quiere decir, qué sabe de mí, qué ha comprendido de mi vida ni qué le permite suponer eso, pero me dejo invadir por la hiel y la miel al mismo tiempo. «Es usted muy valiente» es lo que se dice al soldado al que le han amputado ambos brazos, a la adolescente a la que le acaban de diagnosticar una enfermedad incurable y consuela a sus padres, lo que se dice a quien lo ha perdido todo o está a punto de perderlo. ¿Cómo lo ha sabido? ¿Qué es lo que ha visto? En cuanto sale, echo la persiana de hierro y corro a mirarme en el espejo. Quiero saber por dónde se ha escapado. ¿Por los ojos? ¿Por las canas quizás? Enciendo un foco para ver mejor, y el labio hinchado me tranquiliza. Ha debido de creer que era víctima de malos tratos. Respiro aliviada. Es

maravilloso. Sí, una mujer a la que le han atizado una bofetada en la nariz y un puñetazo en el labio, también una patada en los riñones y otra en el vientre, un capón en la cabeza y un rodillazo en el estómago. ¡Uf! Ahora me invade la miel, la miel de la admiración. «Es usted muy valiente» significa que me las estoy arreglando bien, que tengo ese algo de más, que estoy a la altura y debería sentirme orgullosa de mi éxito. Salvo los obstáculos, aguanto, venzo. La frasecita se me queda clavada como un tornillo. Con cada vuelta, siento otro dolor; con cada vuelta, otro motivo de satisfacción, de orgullo, cada vez más profundo. Termino de recoger la mesa, doblada en dos por el dolor de estómago, y decido irme a la cama sin leer, sin siquiera cavilar, para poder poner el despertador para las seis de la mañana y coger el toro por los cuernos.

Contamos con que el sueño sea reparador, pero a veces los designios del sueño son otros. Anhelaba una noche aterciopelada que me envolviese densa y suavemente, pero lo único que he obtenido han sido unos instantes precarios sobre la cama de clavos de un faquir. No se me ha relajado el cuerpo, este ha permanecido alerta, con el dolor atenazándome el estómago y las cuchillas abrasándome la espalda simultáneamente, activas. Solo la conciencia se ha disgregado, los cerrojos de la razón han saltado. No hay abajo, arriba, verdadero ni falso. Estoy en mi casa y entra una mujer. Al verla me digo: «¡Anda, la señora Cohen!», aunque en realidad no la he visto en mi vida. La señora Cohen tiene una opulenta cabellera pelirroja, labios gordezuelos que unas paletas imponentes y perfectas deforman levemente, pómulos altos y ojos color avellana hundidos bajo unos amplios arcos ciliares que recuerdan a los ojos asustadizos y astutos de una ardilla. Sus manos son pequeñísimas, de gestos gráciles y golosos. Dan ganas de besárselas, de estrechárselas. También tiene unos pies encantadores, con un tobillo anguloso y frágil, apenas mayor que una muñeca. Lleva el cuerpo ligeramente embutido en prendas demasiado estrechas, pero tiene la carne firme y una piel preciosa. Se aparta los rizos para hablar, y cada vez que el cabello le vuelve a caer sobre los hombros, un perfume ambarino se esparce por la estancia. Es tímida y teme molestarme. Ha venido por el Bar Mitzvá de su hijo Ezequiel, al que todo el mundo llama Zequi. Es su hijo mayor. «Es muy importante, ¿entiende?». Lo entiendo. Está buscando un local realmente original. Su hijo es muy original. «¿Entiende?». Lo entiendo. Basta de todas esas salas horteras, de esos hoteles, de toda esa parafernalia cada vez más recargada. Ella quiere algo sencillo. Eso no significa que no esté dispuesta a pagar lo que haga falta, que no me confunda. Nome confundo. Un lugar sencillo y divertido. Quiere echar un vistazo. Le digo que ya está, que ya lo ha hecho. No hay

nada más que ver, el comedor y la cocina, eso es todo. «¿Cuántos metros cuadrados hay?». «Unos sesenta», miento. Mi Casa tiene cincuenta y tres metros cuadrados. «¿De verdad que no hay nada más?», pregunta. «Un sótano, un anexo…». «No», digo, «lo siento». «¿No le parece pequeño para doscientas personas?», me pregunta. «Sí, pequeñísimo», contesto. Se retuerce un poco las manos y mueve la cabeza de un lado a otro; los rizos pelirrojos se agitan y desprenden su lánguido perfume. «¿Y esa puerta de ahí?», pregunta indicándome la pared del fondo de la cocina con su minúsculo índice de manicura perfecta. Me doy la vuelta y descubro, como si la señora Cohen acabara de dibujarla con el filo de la uña, una puerta imponente, una suerte de puerta cochera labrada, pintada con laca azul cielo. «Ah, sí», le digo algo incómoda, «había olvidado el trastero». Quiere que se lo enseñe. Insiste. Cree mucho en nuestro encuentro, le parece que nos entendemos bien. Atravesamos el comedor del restaurante, y giro el grueso picaporte de latón. La puerta se abre sin rechinar, pesada y bien engrasada. Mi clienta y yo fruncimos los párpados, deslumbradas por el sol que entra a raudales por la vidriera multicolor de la cúpula. El trastero mide unos doscientos metros cuadrados, pero es difícil calcularlo con exactitud, pues, en los rincones, tras unas cortinas de terciopelo azul, se esconden varias recámaras privadas. A ambos lados de la entrada, se alzan unas escaleras monumentales de madera de roble marrón tallada que conducen a un altillo con galerías decoradas con arañas de cristal de color malva en las que se difracta el resplandor de unas diez velas.

«¿Cómo es posible que alcancemos a apreciar tan bien la luz de las velas aunque el sol esté brillando?», pregunta la señora Cohen. Entiendo que no se trata de una pregunta, sino de un enigma. Si le doy la respuesta correcta, no hará ningún comentario descortés sobre lo poco generoso que resulta ocultar un trastero tan bonito a clientes necesitados. Reflexiono un momento. Miro con fijeza la luz de las velas y escruto la cúpula de vidrieras. Pienso en la muerte. En el surco que esta va cavando en la vida, en la manera aterradora que tiene ese surco de cerrarse sobre sí mismo, como aspirado por el paso de los días. La tierra que se ha abierto bajo nuestros pies, abierta de pena, de manera tan profunda que creíamos hundirnos en ella, ha quedado recubierta. Ni rastro. Los vivos siguen estando

entre los vivos. Los muertos nos han dejado, están con los muertos. Pero no es tan sencillo. A su manera, los muertos también están con nosotros. Nos hablan, nos chinchan cuando nos visitan en sueños, se nos aparecen, asoman bajo los rasgos, tan similares, de un desconocido con el que nos cruzamos en el autobús.

«Las velas brillan a pesar del sol», le digo a la señora Cohen, «acertamos a verlas, a distinguir su resplandor en el resplandor, más intenso, del día, porque usted y yo hemos decidido no expulsar a los muertos de nuestra vida». «Tampoco expulsamos a los desaparecidos», precisa. Le agradezco mucho que haya pronunciado esas palabras. Me siento apaciguada y le anuncio que estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para que su fiesta sea un éxito. Pongo mi trastero a su disposición. «Necesitaría», añade sin perder un ápice de timidez, «que me garantizara que la comida será únicamente kosher, ¿lo entiende?». Lo entiendo. Voy a hacer obras, a doblar la superficie de la cocina, a colocar dos encimeras pegadas simétricamente, una para los lácteos y otra para los productos cárnicos; no coceré el cordero en la leche de su madre, haré que reinen la divergencia y la separación. Dos batallones de bayetas, vajilla de cristal, dos cuberterías. Le encargo a mi amigo de la avenida de La République un frigorífico más, un horno, una placa de cocción y un lavavajillas. Divido mi espacio en dos. Durante un momento, aunque breve, yo misma me desdoblo: una Myriam láctea y una Myriam cárnica.

El día en el que quedamos para firmar el contrato, aplasto la palma de la mano derecha contra el cristal, y el sello «Beth-Din», que certifica que todo en mi casa es kosher, queda impreso en letras negras. La señora Cohen llega puntual a las dos. «Todo está listo», le digo, desplegando los brazos para que pueda admirar mis nuevas instalaciones. Me he gastado veinte mil euros, pero no me pesa. No se lo incluiré en el presupuesto. «Mejor que mejor», dice la señora Cohen, muy incómoda porque, «el caso es que… no sé cómo decírselo, pero tengo que cancelarlo todo. Me he peleado con mi marido, ¿lo entiende?». Lo entiendo. «Cuando mi marido me mira», me explica, «tengo la sensación de estar muerta. Estoy harta. Me voy». «¿Y Zequi?», le pregunto. «¿Cómo va a hacer su hijo Zequi? ¿Dónde va a encontrar un lugar original para convertirse en hombre?». La señora Cohen no me contesta. Desaparece. Me doy la

vuelta y contemplo mi cocina de estrábico, mi cocina de borracho, una cocina en la que todo se ve doble. Veinte mil euros. Corro hacia la puerta azul, la puerta del trastero. Trato de convencerme de que este asunto no es tan malo como pinta. Si no fuera por la señora Cohen, nunca habría descubierto que tenía un trastero con aires de palacio veneciano. Voy a poder alquilar la sala, ampliar el restaurante, organizar recepciones. Pero la puerta ha empequeñecido sorprendentemente. Giro el picaporte, los goznes chirrían y, mientras se abre, la puerta sigue menguando. Me agacho, prácticamente tengo que doblarme en dos para poder traspasar el umbral. Logro entrar arrastrándome. Las paredes se han acercado, la cúpula se ha oscurecido y las arañas con caireles de cristal se han disuelto. En la oscuridad titila una sola vela, cuya llama es tan débil que un soplido bastaría para apagarla. Contengo la respiración. Miro la minúscula llama que se consume en mi trastero, tan mermado que se ha vuelto penumbroso, casi inexistente, e implosiona desvaneciéndose en el cosmos silencioso, en la inmensidad interestelar, que ningún resplandor es capaz de aliviar. Pequeña llama. «Tampoco expulsamos a los desaparecidos, ¿entiende?». Lo entiendo.

Abro los ojos a las cinco con esa frase en la cabeza: «Tampoco expulsamos a los desaparecidos». Pienso en mi hijo Hugo.

Llevo seis años sin verlo, seis años sin oírlo. No sé dónde está ni lo que hace. Ignoro cuántos palmos me saca. ¿Le habrá salido barba? ¿Calzará un cuarenta y cinco? ¿Habrá aprobado la prueba de acceso a la universidad? ¿Se habrá matriculado en la universidad? ¿Tendrá novia? Nadie me habla de él, y yo no le hablo de él a nadie. Ese es el trato. Creo que sigue viendo a sus abuelos. Al principio pensé que no sería capaz de resistir la tortura; consideraba que era injusto y desmesurado castigarme de esa manera. El complot familiar me parecía inicuo, aun así no tenía ánimos para oponerme ni argumentos para reaccionar. Acepté el destierro como el que vende su alma al diablo y se aviene a arder en el infierno. A decir verdad, no es que se avenga, sino que no le queda más remedio. Mi infierno personal tuvo —es una suerte que he de reconocer— aspecto de purgatorio.

Al principio me dediqué a vagabundear: maleta liviana, hoteles con luces de neón, las esperas delante de la puerta cerrada de mis amigos, que no sabían que estaba allí acechando sus pasos en el pasillo; mis amigos, con cuya mirada temía cruzarme y de los cuales habría huido si hubiesen salido. La vergüenza que sentía por existir y haber hecho lo que había hecho me paralizaba. Estaba irreconocible, incluso para mí misma. No tenía sitio al que ir ni en el que dormir. Me sentía acorralada. Necesitaba encontrar un trabajo. Mi marido, que también había sido mi jefe, no quería volver a verme ni en pintura. Yo entraba en las tiendas esperando reunir el valor suficiente para preguntar si necesitaban una dependienta, pero la maleta, que llevaba conmigo a todas partes, suscitaba malentendidos; me confundían con una turista, se dirigían

a mí en inglés. No me atrevía a contradecirles. Me quedaba plantada frente a los escaparates de las agencias de trabajo temporal: secretaria bilingüe, podía serlo; fontanero, no podía; auditor, no podía; puericultora, eh… Me quedaba fuera. Temía tener que redactar un currículum. No era capaz de contestar a ninguna pregunta. No quería que me hablasen. No podía mirar a la gente a la cara. Ahora sé que había personas a las que podría haber acudido, personas que me habrían recibido sin juzgarme. Pero la infamia se interponía entre cualquiera que hubiera querido ayudarme y yo misma. Así que erraba. De la mañana a la noche, desgastando el tacón de los zapatos, ebria a fuerza de no comer, de no dormir. Los días se sucedían iguales. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que renuncié a buscar trabajo. Me conformaba con un largo y lento paseo sin rumbo. Evitaba mi antiguo barrio. Me dedicaba a mirar a los adolescentes. Su alegría me oprimía el corazón.

Una tarde en que el cielo amenazaba tormenta —espesas nubes de un gris violáceo, luz amarilla y perfume crepuscular— enfilé un callejón sinuoso que desplegaba su angosta serpentina de adoquines entre las fachadas. Los edificios se encontraban tan cerca unos de otros que hubiérase dicho que conversaban entre ellos. Al fondo del todo, como un claro, se abría un descampado en cuyo centro se alzaba una pequeña carpa circense decorada con una guirnalda de bombillas multicolores. Tenía frío y hambre y sentía curiosidad. No recuerdo haber pagado la entrada. En las desvencijadas gradas de madera solo había niños pequeños, también algunas abuelas. La función ya había comenzado y todas las miradas estaban puestas en la pista, por cuyo centro caminaba con las patas traseras un caniche mientras un gato recorría el cuerpo de un payaso sin poner una sola pata en el suelo, este trotaba sobre la cabeza del artista, por sus brazos, se le enganchaba a las perneras del pantalón, desafiando la gravedad, errando, al igual que yo, por un espacio muy reducido sin dar en ningún momento la impresión de tomar el mismo camino. El perro hacía reír a los niños porque estaba disfrazado, y se desplazaba con paso ligero, deteniéndose súbitamente frente a ellos con expresión airada para volver a marcharse de inmediato en dirección contraria. El número siguiente estaba protagonizado por dos chicas elásticas que caminaban con las manos y se daban la

vuelta con pasmosa facilidad, aboliendo la morfología de tal modo que, al cabo de un rato, ya no sabías si los brazos eran las piernas o si la cabeza se había desenroscado para acabar plantada en el abdomen. Las chicas sonreían sin parar a la vez que se contorsionaban, deslizándose una sobre la otra, levantándose con una sola mano, aplastándose contra el suelo para desaparecer y reaparecer de manera inesperada mediante un salto. Empecé a aplaudir y por primera vez en mucho tiempo me pareció sentir algo. No sabría decir qué exactamente. Tal vez asombro. Luego salió aquel que sería mi jefe, de pie, encima de un caballo, fumando en pipa y leyendo el periódico mientras el animal galopaba bajo sus pies. No sujetaba riendas ni fusta; se acostaba, se sentaba y se volvía a poner de pie sin perder el equilibro, y hacía tan bien como que dormía, que al final del número llegué a creer que se había quedado dormido de veras sobre la montura. Cuando despertó, la mirada se le cruzó con la mía. No sé cómo le pudo dar tiempo a verme ni qué vio de mí exactamente, puesto que estaba cabeza abajo y giraba que daba vértigo. Cada vez que pasaba a mi altura, me buscaba con la mirada, y cuando llegó el momento de despedirse de los espectadores, se quedó mirándome de hito en hito y me dio la impresión de que me estaba haciendo señas.

Cuando se acabó el espectáculo, no me sentía con fuerzas para levantarme. Quería quedarme allí, tendrían que echarme. Había visto a las chicas elásticas, al hombre caballo, al payaso con los gatos, a la equilibrista de las serpientes, a los trapecistas con plumas, al malabarista futbolista, al hombre araña. Yo, la mujer adúltera, la mujer perversa, la mujer manipuladora, la devoradora de niños, había sentido admiración por cada uno de ellos y formaba parte de la compañía.

La carpa se vació. Los artistas no tardaron en sustituir al público en las gradas para llevar a cabo la limpieza. Se trataba más bien de una inspección: recogían un guante huérfano por aquí, una bufanda abandonada por allá. Yo aguardaba mi turno. Ellos me sonreían, pero no era capaz de devolverles la sonrisa. Vi a una de las contorsionistas susurrándole algo al oído al jefe. Este vino derecho hacia mí y se sentó a mi lado, muy erguido, con las palmas de las manos en las rodillas y el torso abombado. Olía a excremento de caballo y a naranja. No me atrevía a volver la cabeza hacia él.

—¿Qué es lo tuyo? —me preguntó.

Yo no tenía la menor idea de lo que quería decir, no sabía qué contestar.

Se frotó la incipiente barba y reformuló la pregunta:

—¿Qué sabes hacer?

«Sé perderlo todo con extrema rapidez» fue lo primero que me vino a la mente.

—Nada —le dije, tan bajo que no alcanzó a oír.

—¿—Qué? —preguntó.

—Nada, no sé hacer nada.

Me enteré más tarde de que había contratado así a buena parte de la compañía. Al igual que yo, los artistas recalaban en las gradas de improviso, sin pagar la entrada, se quedaban hasta el final de los últimos aplausos y proponían su propio número. A todos, la maga, el malabarista, la domadora de gatos, el tragasables, la mujer de los lobos, los había arrastrado una ola y, como algas que se dejan llevar por el oleaje, aparentemente desprovistas de volición, se habían depositado en las gradas del Santo Salto silenciosos y opacos, ocultando sus talentos. Sin sospecharlo, había marcado el código, pronunciado el santo y seña, y ahora esperaban que realizase un milagro. Quién sabe lo que disimulaba bajo el impermeable. ¿—Conejos enanos que escupían fuego? ¿Aros de cristal que haría girar alrededor de mi cintura sin que se rompiesen? ¿Cuerdas y anillas gracias a las cuales me elevaría en el aire con la misma facilidad que se sube una escalera? Las arrugas y mi cara de cansancio no desmentían la hipótesis, antes al contrario. Más adelante tuve tiempo de sobra para observar a los artistas. A simple vista, a cualquier profano le hubiese resultado imposible intuir las asombrosas proezas que estos eran capaces de realizar. Los chicos eran por lo general bajitos, fornidos, a veces hasta tripudos; las chicas, en su mayoría escuálidas, tenían los dientes ennegrecidos. A algunas acróbatas se las veía estropeadas, con la frente surcada de arrugas. La funámbula tenía unas posaderas enormes que temía que se le hinchasen. No eran lo que se dice feos, algunos poseían incluso un atractivo arrollador, pero el físico se les había vuelto ordinario debido a esa colección de pequeños defectos que se van acumulando de manera natural a lo largo de la vida. Yo era como ellos. No había hecho ningún esfuerzo especial por contener el paso

del tiempo, tenía una barriguita prominente, callos en los pies y ojeras. Por tanto, no había razón por la que no pudiese esconder, tras aquella apariencia de lo más normal, un talento extraordinario, un don como el que todos ellos poseían.

El jefe esperó un momento y luego pasó a hacer una enumeración:

—¿Acrobacias aéreas con elásticos? ¿Cañón? ¿Barra? ¿Trapecio? ¿Cuerda? ¿Fieras? ¿Malabarismos?…

Parecían las cuentas de un collar grueso y pesado. No lo interrumpí. Permanecí callada, sin tratar de entender.

—Necesitamos a alguien que cocine —dijo por último, desorientado por mi falta de reacción—. ¿Sabes hacer de comer?

—¡Sí! —exclamé.

Si hubiese podido ponerme de rodillas, lo habría hecho, pero carecía de la fuerza y la osadía necesarias. También podría haberle besado las manos, haberme prosternado ante él. Tenía la clara sensación de que me estaba salvando la vida; no obstante, era necesario ocultar esa sensación, mantenerla en secreto a riesgo de estropearlo todo.

Apreté con fuerza el asa de la maleta y en ese momento sentí que habría podido, al igual que Nina o Volsie, las dos contorsionistas, mantenerme en equilibrio con un solo brazo, la cabeza hacia abajo y los pies apuntando hacia el cielo, formando, como ellas, aquella línea perfecta que a continuación hacían ondular lenta e imperceptiblemente para simular, gracias al traje naranja, dos llamas atizadas por el viento.

El jefe me hizo señas para que lo siguiera, y descubrí mis nuevos dominios: una caravana pequeñita, redondita, con cinco hornillos de gas y una mesa de madera.

—El agua se coge fuera —me dijo.

—Y ¿para fregar la loza?

—De eso se encargan los niños.

En el Santo Salto se era niño hasta cumplir doce años, ni un día más ni un día menos. En invierno veía a través del ojo de buey de mi cascarón a Georges y a Rodrigo, de cuatro y cinco años, pasar los platos por el chorro de agua helada y salpicarse con ella. Temía por su salud. Nunca se ponían enfermos. «¿Cómo crees que hacía la gente antes?», me respondían cuando me quedaba atónita ante los

métodos empleados. Y aquella pregunta, en lugar de sumirme en el estupor, me aligeraba el corazón. La gente de antes, la gente de ahora, la gente de después, era lo mismo. Lo que había sido podía volver a ser, lo que había existido no cesaría de existir nunca.

Tomo asiento en el banco, me paso la mano por el pelo y espero a que la pena desaparezca. Siempre acaba haciéndolo. Miro la pared del fondo de la cocina a fin de comprobar si la grandiosa puerta azul sigue estando ahí o no. Sé perfectamente que no dispongo de un trastero y menos aún de un cuartito suntuoso con aires de salón de baile. No sé qué es lo que espero. Quizá cruzarme con el espejismo de la señora Cohen, la aduanera de ese otro espacio, del mundo en el que los deseos tienen un poder actualizador. Que la puerta fuese y la puerta fue. El mundo de los sueños existe con igual intensidad que el mundo real. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro? De pronto ya no lo tengo claro. «En el mundo de los sueños no tenemos preocupaciones», me digo. Pero no es verdad, en las pesadillas no hay otra cosa. En el mundo real los actos tienen consecuencias, pero eso también sucede en el caso de los sueños. No, me estoy yendo por las ramas. Es algo más general, una cuestión de continuidad. En la vida todo se va enlazando, el error de ayer con la reparación de mañana, la falta cometida el mes pasado con el castigo del mes siguiente. En los sueños, en cambio, los distintos episodios de la vida son estancos. Todo vuelve a empezar de cero. El tiempo no existe. Nos libramos de lo irremediable y hasta a la propia muerte se la despacha. Me apabulla pensar que paso una parte de mi vida en un universo regido por leyes distintas de las que estructuran la realidad. De pronto, ya no sé cómo distinguirlos. ¿Por qué uno de los dos ha de predominar forzosamente sobre el otro? ¿Por qué siempre acaba ganando el mismo? «Vuelve, aduanera», imploro mirando de refilón. «Vuelve y libérame de este presente abrumador». Pero es imposible, quedo presa del tiempo.

A pesar de que el día de ayer fue bueno, no me gustó. Caigo en la cuenta de que no me agrada ser un perro entre los perros. No quiero que la gente entre en mi casa como si tal cosa. Quiero que sepan por qué vienen, que sientan que aquí todo es distinto. Deseo

cumplir mi sueño, llevar a término mi visión, y si el éxito amenaza con impedírmelo, entonces acabaré con él. Aunque no creo que éxito sea la palabra. Ayer, a pesar del aluvión de clientes, solo realicé la mitad del volumen de ventas necesario para pagar el préstamo. Solo la mitad y estoy que no puedo con mi alma, enferma, para el arrastre.

Me doy una ducha de agua fría en el fregadero. Grito de pie bajo el chorro, que me hiela y me endurece. Aprieto los dientes bajo la cascada de flechas, en medio de la oscuridad, y la piel se me eriza y se hincha, los músculos se defienden, se arquean y se contraen, mis redondeces se redondean y mis oquedades se ahuecan. Como es lógico, pienso en los bautizos, y me exaspera el hecho de que siempre tenga que volver a la infancia, de que nunca consiga librarme de ella, de que me aferre a ella como el pirata al mapa del tesoro. ¿Qué es lo que pretendo? ¿A qué viene ese empeño en convertir un restaurante en comedor escolar? ¿Por qué servir salchichas fritas cuando sé hacer una pierna de cordero asada durante siete horas? Quiero rememorar, volver a intentar, reparar. Todo esto me saca de quicio, pero no puedo hacer otra cosa. Ahora que se me han ocurrido las ideas geniales, tengo que ponerlas en práctica y, si para ello tengo que restringir la entrada e impedir el paso a los empleados del banco para abrírselo a los chavalines de primero de primaria, lo haré. «Lo siento, tengo una reserva para dieciocho raciones de zanahorias rayadas con un sándwich mixto, no voy a poder atenderle». Fantaseo con mi estúpida victoria: sustituir una comida a veinte euros por un pícnic que cuesta diez veces menos. Haced sitio, por favor, aquí llega la reina de los negocios. Os va a enseñar de nuevo lo que es el capitalismo, os va a dibujar de nuevo la curva de crecimiento económico. Si a alguien se le pudo ocurrir que el camino más corto entre dos puntos no era, tal y cómo se había creído durante mucho tiempo, la línea recta, entonces no hay razón alguna para que yo no pueda idear un sistema en el que la acumulación no sería la única garantía de beneficios. Me gustaría creer que en mi reducido sector también queda algo por inventar.

Saco las listas del cajón en el que las he guardado y estudio las propuestas, que relucen en el alba gris como frutos de la embriaguez nocturna. Cada palabra es como un farolillo de colores

del que brota una claridad bondadosa. Necesito hacer una serie de búsquedas en Internet sobre precios y restaurantes, pero me he quedado sin ordenador, lo he vendido en Cash Converters por cuatro perras gordas. Me visto y salgo rumbo al mercado cuando el día apenas despunta. El bulevar está desierto y los horticultores descargan la mercancía. Compro varios kilos de verduras, carne y pescado en el silencio clandestino que precede a la llegada de los clientes. No hago cálculos, no pienso en nada, me dejo guiar por mis instintos sin basarme en ningún menú provisional. Me desplazo de un puesto a otro como un espectro. Tengo el carrito y la mochila a rebosar. Doblada bajo el peso de la compra, contraigo los músculos como un halterófilo para volver a casa. En el preciso instante en que llego delante de la persiana de hierro, el sol asoma entre dos edificios y dibuja un triángulo dorado en la superficie de metal. Dejo caer al suelo la mochila, suelto el asa del carrito y tomo aire. Son las ocho y la compra está hecha. Llevo el trabajo adelantado, me dará tiempo a pasar por el cibercafé del barrio para resolver alguno de mis enigmas.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta una voz a mi espalda.

Me sobresalto.

—¿Puedo ayudarla? —vuelve a preguntar la voz.

Así es como aparecen los ángeles, caen del cielo sin un solo ruido para pronunciar esas palabras absurdas y tan esperadas. Suelto una carcajada, como hizo Sarai el día en que el ángel le anunció que, pese a sus noventa y nueve años, pronto daría a luz a un niño. Yo también me siento vieja y acabada. Me pregunto quién podría ayudarme y cómo.

Un muchacho se acerca y tiende una mano hacia mi mochila. Es alto, muy delgado y lleva pantalones acampanados de rayas azules y blancas. Es patizambo y anda con el cuerpo inclinado hacia un lado, como si tratase de pasar por una puerta demasiado baja para él. Tiene el busto mal encajado en las caderas y la cabeza torcida. Se me nubla la vista.

—¿No se encuentra bien? —me pregunta.

—No, no, estoy bien. Creo que todo esto pesaba demasiado.

—Si me abre —dice—, la puedo ayudar a llevar sus recados adentro.

Este chico habla como un señor mayor. La única persona a la

que le he oído decir «recados» en vez de «compras» es mi abuelo, que siempre vestía traje y sombrero y no salía sin su bolsa de la compra. Me pregunto si en mi vocabulario también cuento con palabras que delaten algo que no domino del todo bien, que desconozco, una verdad que se me escapa. No puedo saberlo a ciencia cierta, como nunca llegaré a saber qué aspecto tengo de perfil o de espaldas, esas partes de mí misma que le son tan familiares a los demás y a mí me resultan ajenas.

El muchacho que se expresa como un anciano se llama Ben. Simone y Hannah le han dicho que venga a verme.

—¿Simone y Hannah? —pregunto.

No sé de quién me habla.

—Simone y Hannah —repite—. Me han dicho que necesita a alguien.

—¿Está buscando trabajo?

Estamos sentados en mi casa y la luz del sol se vierte a cántaros sobre las mesas.

No contesta.

—No puedo permitirme contratar a alguien ahora mismo —le digo—, lo siento.

No reacciona. Se levanta y empieza a guardar la compra en el frigorífico. Se mueve con mucha delicadeza. Se pone de rodillas y se vuelve a levantar, se agacha y se dobla, levanta y coloca con gracia pese a su aspecto de marioneta mal montada.

—Déjelo —le digo—. Acabo de decirle que no tengo dinero. Sus amigas no lo han entendido. No lo saben. No tienen idea de cuál es mi situación.

—Me han dicho que necesitaba a alguien —repite.

Es cierto, no tengo nada que replicar a eso.

Lo observo mientras se desplaza por mi cocina como si la conociese de arriba abajo. Ordena los alimentos a la perfección, localiza las zonas más frías del frigorífico y reserva aquellas a una temperatura más suave a los alimentos delicados. Cuando termina, desliza el carrito bajo la barra, dobla la mochila y la mete dentro del carrito, luego coge una bayeta y limpia el escurridero.

—¿Es usted camarero? —le pregunto.

Sin decir palabra, saca cuatro platos de la alacena, se los pone en el antebrazo derecho, en la muñeca, en el pulpejo y en el resto

de la mano. A continuación, con la punta de los dedos de la mano izquierda, agarra dos fuentes alargadas —cuyo peso conozco, un peso problemático— y, deslizándolas, se las coloca en equilibrio entre el pliegue del codo y el dorso de la muñeca. Con la mano libre, coge dos copas. Balanceándose sobre sí mismo, circula de mesa en mesa haciendo girar la loza y pasándosela por encima de la cabeza para luego bajarla a la altura del pecho y ocultarla tras la espalda. Solo de imaginar la caída me crispo. Parece tan desmañado, endeble y contrahecho. Al final de dicha coreografía, deposita un plato en cada mesa y una fuente en cada extremo de la barra, lanza las copas al aire, las observa dibujar dos ruedas de fuego bajo el sol rojo de la mañana y las atrapa en el último momento. Luego desliza una en mi mano y brinda con la otra.

Hundo la cabeza entre los brazos cruzados. Trato de despacharlo mentalmente. Le he implorado demasiado a la aduanera. La señora Cohen me ha enviado un camarero de ensueño; ambos mundos han chocado. Soy víctima de una alucinación. Un retazo de sueño en forma de Pinocho gigante se ha colado en mi existencia diurna. «Es el cansancio», me digo. «Si me concentro, desaparecerá». Cierro los ojos con fuerza y los vuelvo a abrir.

Ben sigue ahí.

Me exaspera.

Su sonrisa me exaspera.

Su silencio me exaspera.

Pero no puedo permitirme prescindir de él. Si de verdad existe, va a trabajar para mí sin más tardar.

—Tengo que ir al cibercafé —le digo—. ¿Puedes pelar y rallar las zanahorias? El robot de cocina está en la alacena, abajo a la derecha. Si terminas antes de que vuelva, lava la lechuga, pon el gruyer a remojar en algo de leche y saca la mantequilla para que se ablande.

El tuteo sella nuestro contrato.

—Vuelvo tan pronto como pueda.

—Tómese el tiempo que necesite —me aconseja amablemente.

—¿Hasta qué hora puedes quedarte?

Se encoge de hombros.

«Genial», me digo mientras avanzo bajo el oro fresco de la mañana, «¡tengo un esclavo!». Una sonrisa de oreja a oreja me

divide el rostro en dos.

Por supuesto que no. Qué ilusa soy… Va a robarme en la caja registradora. Lo he dejado solo, tiene las llaves. Va a coger el talonario de cheques del restaurante. Va a arramblar con la compra. Paraíso de la infancia, paraíso de la juventud, paraísos corruptos. Los jóvenes son todos unos delincuentes. Unos canallas; no respetan nada. Esos condenados nos lo van a robar todo. Nos odian, nos la tienen tomada por habernos apoderado de los bienes y no cederles el puesto. Poseen el vigor del que carecemos y la osadía que tanto tememos. Es una venganza. Son una organización. Simone y Hannah vinieron de avanzadilla, me estuvieron observando, le pasaron la información a Ben. Este aprovecha que estoy fuera para saquear mi pobre y pequeño restaurante.

Ya está, he vuelto a la realidad. La realidad es ese mundo en el que las cosas salen muy mal y se concatenan perfectamente. En el de los sueños, en cambio, todo sale de maravilla, pero sin que haya relación entre una cosa y otra. Pese a todo, no pierdo la sonrisa. Me trae sin cuidado. Que coja lo que le plazca. No tengo nada en la caja registradora, solo cheques sin fondo. No creo en los ángeles, como tampoco le temo al demonio. Que me desvalije. No me importa ser víctima de esta confabulación.

El cibercafé apesta a tabaco y a cerveza. El café sabe a rayos, lo sirven en tazas gruesas y feas. El azúcar está mojado, y la cucharilla no me inspira confianza. Por suerte no soy tan puntillosa como algunos de mis nuevos conocidos. La corriente de aire que se cuela bajo la puerta me hiela los pies y al punto me pongo a tiritar. Pero nada podrá detenerme, ni el desabrido amargor del café ni el escaso confort del local. He venido a navegar y estoy decidida a dejarme llevar por la ola. Me demoro en la tentacular página web del ayuntamiento. Exploro las actividades deportivas y las clases nocturnas para adultos. Me invento una existencia en la que dedicaría mis tardes a aprender ruso, Chi kung y estampación. Apunto las tarifas de los comedores escolares y de paso me documento sobre las normas alimentarias. Los consejos de los dietistas me producen vértigo. Creo que el régimen alimenticio se ha convertido en nuestra única ideología. Es espantoso.

Para levantarme un poco el ánimo, me dejo arrastrar hacia los islotes virtuales de las empresas de catering. Me fascinan los precios y las denominaciones. Todo está concebido con sumo detalle, con todo lujo de detalle. Ya no estamos hablando de cocina, sino de alquimia. Lo que hace falta ya no es dinero, sino todo un presupuesto. Ante mis ojos veo desfilar rollitos con espuma de fresa, palitos de anguila ahumada, ramilletes de algas y setas, crocantes de especias, mieles de *botarga*. En las fotos aparecen pirámides, puentes de tres arcos, palacios de varias plantas con balcones, terrazas, obras de arte al servicio del paladar. Me quedo admirando un Golden Gate de crocante de almendras fileteadas, una torre Eiffel a base de bocaditos de nata y un Sacré-Coeur de merengue. Por cien euros por persona me proponen una comida completa compuesta de multitud de bocaditos, alineados sobre un mantel blanco. Todos me hacen pensar en los inverosímiles sombreros que poblaban las gradas de un hipódromo inglés a finales del siglo XIX. Dibujo mentalmente una diminuta figura de mujercita bajo cada tocado. «Su pamela de esturión y rábano de invierno es de lo más favorecedora, *lady* Winchester». «Me fascina el sombrero casquete de salmón y salicornia que lleva, querida». Los *petits fours* entablan conversación. Los escucho, retrasando hasta el último momento la siguiente etapa, la de las páginas amarillas, donde encontraré, o no, a Ali Slimane.

Tengo la sensación de que me va la vida en ello. Si doy con él, estoy salvada; si no aparece, estoy maldita.

Tras organizar la boda de un lord tocado de una chistera de trufa y champán y una *lady* con boina de pepino y áspic de salmonete, dejo Ascot por la región parisina; abandono las empinadas tribunas perfumadas con agua de cidra e inundadas de muselina para revolearme en los campos de rastrojo de las llanuras de Beauce y Brie. Slimane. Resultados similares: Ben Slimane. Ampliar la búsqueda a los departamentos limítrofes. Voy de L’Oise a L’Aisne, llego hasta L’Aube, me pierdo en Le Loiret y vuelvo a Seine-et-Marne. Busco por actividad, abandono la búsqueda por nombre. En L’Eure aparece por fin: Ali Slimane, Chemin du Vavasseur, 27600 Monsigny-en-Vexin. Lo veo, solo en la cima de una colina. Los párpados tristes le brillan sobre los ojos afligidos, llenos de pestañas como erizos de castaña. Con un cigarrillo en la

comisura de los labios, examina su obra otoñal: ya se ha recolectado el maíz que inflaba el pecho del campo hasta el cielo, la tierra vuelve a mostrarse desnuda, punteada de tubos secos de color beis, el cielo ya puede descender de nuevo y tenderse sobre ella, el edredón de espigas ha desaparecido. El señor Slimane vuelve tarde a su granja. No sabe que lo voy a llamar por teléfono. No se acuerda de mí. Nunca piensa en mí. ¿Qué le voy a decir? ¿Cómo me reconocerá? Soy la cocinera del circo. Con eso sabrá.

Cuando llego a casa todo está listo, Ben ha ejecutado las órdenes y finalizado las tareas. Está sentado en el banco de molesquín con la espalda erguida y la cabeza dislocada a la manera de un flamenco rosa. Me está esperando. No ha destrozado nada, no me ha saqueado ni pillado, me ha obedecido.

—¿Le ha ido bien? —pregunta.

—Sí, he encontrado lo que estaba buscando. Y a ti, ¿qué tal te ha ido?

No contesta. Ladea un poco más la cabeza. Tengo miedo de que se rompa el cuello. Le explico que vamos a fijar un menú doble. No entiende.

—Vamos a hacer de comer para los adultos y para los niños.

—¿Cómo en Hippopotamus?

En esta ocasión la que no entiende soy yo. Me lo explica.

—¿Quiere proponer un menú infantil? Se dice así, menú infantil, jamón y patatas fritas o filete de carne picada. A mí de pequeño no me gustaba. Quería comer lo mismo que mis padres.

—No, para nada, mi idea no es esa. Quiero hacer un tipo de comida que resulte apetecible para los niños pero que los mayores también puedan comer. Quiero que todo el mundo se sienta a gusto aquí, ¿entiendes?

—¿Entonces no lo vamos a llamar menú infantil?

—No.

—¿Cómo lo vamos a llamar?

—No tendrá nombre —digo.

Y de pronto lo veo claro: en mi casa nada tiene nombre.

—¿Te has fijado? No tengo rótulo. Encima de la puerta no pone «Restaurante».

—¿Tiene algo en contra de los nombres? —me pregunta con voz dubitativa.

—Sí.

—¿Pero cómo se va a enterar la gente?

Este chico plantea las preguntas adecuadas. Las preguntas para las que no existe respuesta. Me muerdo los labios. Se mueve nervioso, veo que está buscando una solución, quiere ayudarme.

—Lo iré diciendo por ahí —propone—. Saldré a repartir octavillas por la calle. Daré con la manera de hacerles comprender. Lo explicaré sin necesidad de nombrar nada.

Ben se entusiasma. Le digo que tampoco es necesario llegar a tales extremos. Estoy en contra de los nombres si los nombres encasillan dentro de categorías, pero no estoy en contra de las palabras.

Asiente enérgicamente con la cabeza.

—Hoy puedo quedarme hasta las cuatro —anuncia sin venir a cuento, contestando a una pregunta que le hice hace hora y media —. Luego tengo clases —precisa.

—¿Eres estudiante?

—Sí. Camarero y estudiante.

—¿De qué?

—De Ciencias Políticas.

—Eso es muy difícil, ¿no?

—Muchísimo —corrobora con la seriedad que procede.

Nos repartimos el trabajo. Él se ocupa de las tareas sencillas y yo de los platos complicados. Unta unas rebanadas de pan de molde con mantequilla y aliña las zanahorias mientras yo preparo el tayín de pescado, la minestrone y la terrina de queso de cabra con hierbas y aceitunas. Ben es de una docilidad ejemplar, casi preocupante. Es preciso y cuidadoso. No me habla de manera espontánea, pero contesta cuando le hago alguna pregunta.

Quiero saber cómo conoció a Hannah y a Simone. No se acuerda.

—Así —dice.

Lo considera una respuesta.

—¿Hace mucho que las conoces?

—Bastante.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé, desde que estábamos en la guardería.

Siempre ha vivido en el barrio. Conoce a todo el mundo. Le

parece que he hecho bien en abrir un restaurante. Hacía falta uno. Sobre todo un sitio «así». Mientras charlamos me percato de que ha cambiado sutilmente de registro, del léxico de abuelo, ha pasado a un lenguaje mucho más joven, vago e impreciso. Utiliza muchísimo las palabras «chisme», «cosa», «cachivache» y el adverbio «así». Creo que lo hace por consideración a mí, porque ha comprendido cuánto me hieren los nombres, los términos demasiado precisos, demasiado definitivos, los que designan y juzgan a la vez, los que nombran y clasifican. Le pregunto si vive aún en casa de sus padres. Me responde:

—Sí, pero sin ellos.

—¿Dónde están?

—En el cementerio.

—Cuánto lo siento.

—Yo no.

—¿Te dejaron una herencia?

—Sí.

—¿Eres muy rico?

—No.

—Tenemos que hablar de tu sueldo —le digo.

—Me ha dicho que no podía pagarme.

—Pero no debes aceptarlo, Ben. Es algo serio. No puedo pagarte, como tampoco puedo pagar las dos merluzas que he comprado en el mercado, el alquiler del mes que viene o la factura de la luz. No puedo pagar nada, pero lo pago todo. Así que, ya puestos, te voy a pagar a ti también.

—No es necesario —dice.

—Claro que sí, de lo contrario es sencillamente imposible. Si te niegas a que te pague, ya te estás yendo. No quiero volver a verte.

Ben parece apesadumbrado.

—¿A que los demás, tus antiguos jefes, te pagaban?

—Sí.

—¿Entonces por qué yo no? ¿Por qué no tendría derecho a pagarte? ¿Porque soy demasiado pobre? ¿Porque soy mujer?

Niega con la cabeza. Me mira alarmado. Se acerca las manos a la cara, como si temiese recibir un golpe. Me pregunto por qué cosas le han hecho pasar; cómo se ha ido fabricando ese cuerpo a base de piezas sueltas; a qué trato lo han sometido para que sea tan dócil, a

qué educación para que sea tan aprensivo.

—Quiero… —titubea un instante— quiero cambiar el mundo —confiesa al tiempo que se ruboriza—. Hannah y Simone me han hablado de sus… métodos. Me interesan. Tengo la impresión de que usted está tratando de hacer algo. Quiero formar parte de la experiencia.

«Pobrecillo mío», me digo a mí misma. «¿Qué podría aportarte la experiencia de la quiebra?».

—¿De qué estás hablando?

—Me contaron lo del precio que les ha hecho de por vida. También me dijeron que era un secreto. No lo comentaré con nadie. Se lo juro.

Le explico que no se trata de un método, sino más bien de una táctica de fidelización que no tiene nada de novedoso ni de noble, nada que se parezca ni remotamente a un ideal.

—No pienses que vas a hacer unas prácticas en mi casa. No me dedico a las ciencias ni a la política. No te seré de gran ayuda con los estudios. Vas a perder el tiempo. Cualquier trabajo merece una remuneración. ¿Lo habías oído alguna vez? Aun cuando el trabajo en cuestión sea interesante, procure placer o aporte conocimientos. Quieres cambiar el mundo, y me parece muy bien, pero yo lo único que quiero es que mi negocio funcione. Que todo quede claro entre nosotros, Ben, si trabajas para mí es para ganarte la vida.

No creo una sola palabra de lo que digo. Me sorprendo a mí misma a medida que las palabras brotan de mi boca: frases hechas, lugares comunes destinados a protegernos a ambos de nuestra megalomanía, de nuestro ridículo entusiasmo, de nuestra patética e injustificada fe en el progreso y en la capacidad para mejorar del ser humano.

—¿Y la comida para niños? —pregunta.

Realiza un esfuerzo conmovedor para plantarme cara.

—¿Qué pasa con la comida para niños? —contesto cortante.

—Pasa que es política —farfulla—. Usted no lo hace para ganar más dinero, de ser así lo llamaría menú infantil, lo hace para que haya más justicia, más igualdad.

Lo que dice Ben es cierto, pero la solemnidad con la que lo hace, lejos de alentar mis deseos de lucha, de avivar mi sublime ambición, marchita mis esperanzas y las hace parecer miserables.

¿Cómo hemos podido llegar hasta este extremo? ¿Cómo hemos podido crear un mundo en el que los conjurados se reúnen para hablar de recetas?

Semanas después, cuando vuelvo a ver a Simone y a Hannah, les pregunto si Ben es normal. Comprenden enseguida el sentido de la pregunta y contestan a la vez:

—Ah, no, no, para nada. Pero es un camarero extraordinario, ¿a que sí? ¿A qué está contenta, a qué el negocio funciona mejor desde que trabaja aquí?

—¿Y sus estudios? —les pregunto.

—Se ha saltado varios cursos. Eso que es un pelín retrasado, pero…

No saben, no entienden, se embarullan. No quieren de ninguna de las maneras que crea que no les gusta. Lo adoran. Piensan que es el mejor camarero del mundo. No me deberían haber dicho eso. Contra, ¿por qué lo han dicho? Lo lamentan. Temen que por su culpa lo ponga de patitas en la calle.

—Y, en vuestra opinión ¿por qué es el mejor camarero del mundo?

—Porque le gusta lo que hace —me contestan.

—¿Desde cuándo lo conocéis?

—Lo conocimos el año pasado, trabajaba en el Shamrock, el café que queda junto al instituto.

—¿No lo conocisteis en la guardería?

No entienden la pregunta. Me rindo. Ben lo que tiene es mucho cuento, pero a veces también dice la verdad. Es cierto que lleva viviendo toda la vida en el barrio y que conoce a todo el mundo. Lo compruebo desde el primer día. Estamos terminando de ordenar la cocina cuando Vincent irrumpe en ella con una rosa en la mano. No parece sorprendido de encontrarse a Ben en mi casa. Lo saluda, me regala la flor y toma asiento.

—¿Un café?

—Si quieres.

—He contratado a Ben como camarero —le digo.

—Buena idea —comenta distraídamente.

Tamborilea con los dedos sobre la mesa. Se repanchinga en la silla. Se pone derecho. Está nervioso. Entona una canción, la silba. Se levanta y se dirige a la biblioteca. Vuelve a sentarse.

Le sirvo el café y me acomodo frente a él. Me dedica una sonrisa con la boca cerrada, lo cual le da aire de rana.

—¿Sigues estando de un humor excelente?

Hace un gesto afirmativo con la cabeza sin aflojar la mandíbula.

—Sabes —termina por confesarme en voz queda—. Con respecto a lo que te dije el otro día, no lo pensaba realmente.

Una laguna del tamaño del lago Michigan se despliega en mi mente. ¿A qué se estará refiriendo?

—Bueno, sí que lo pensaba —dice—, pero eso no significa que… ¿entiendes? No quiere decir nada, es solo una reflexión como otra cualquiera, una constatación. No me gusta generalizar.

Ya me acuerdo, los judíos y el dinero. Pobre Vincent. Ahora se siente culpable.

—Me trae sin cuidado —le digo.

—¿Cómo dices?

Se ofende, es tremendo.

—Esas historias me traen sin cuidado. Es mucho más sencillo de lo que uno cree, o mucho más complicado.

Mientras hablamos, mientras trato de explicarle a Vincent que no creo que sea antisemita, mientras intenta hacerme decir que soy judía, mientras batallamos en territorios distintos, territorios que ni siquiera son contiguos, él preocupado por lo que piense de él y yo resuelta a pensar bien las cosas, sucede algo en el restaurante. Tardo en darme cuenta porque estoy demasiado absorta en nuestra discusión, pero, mientras nos enzarzamos, el local se llena. Hay clientes sentados a las mesas, algunos incluso acodados a la barra, dos tipos vestidos con un mono, una mujer con gafas y abrigo elegante y un hombrecillo calvo y bajito con un impermeable y una bufanda enroscada al cuello. Ben los atiende, pone unos cuantos cafés y una copita de blanco seco, y saca, no sé de dónde ni cómo, un zumo de pifia. He de rendirme ante la evidencia: Mi Casa se ha convertido en un bar. Se encienden cigarrillos, proliferan los ceniceros. Un hombre de unos cincuenta años con aire eficiente empuja la puerta y dice:

—Hola, Ben, un café, por favor.

—Marchando, doctor —contesta mi camarero.

Los obreros en mono pagan sus bebidas.

—Hasta luego, Ben —le dicen al marcharse.

—¿Qué rayos es todo esto? —le pregunto a Vincent.

Muevo la cabeza lentamente a uno y otro lado. Me quedo mirando a esos desconocidos que han entrado en mi casa sin que los haya invitado. Que yo sepa, fuera no pone «servicio continuo». No he abierto una *brasserie* ni un bar. Pero ya es demasiado tarde. La falta de identificación ha hecho que la situación dé un vuelco inesperado. No me atrevo a levantarme. Los demás han de tomarme sin duda por una clienta, ya que estoy sentada a una mesa con un amigo tomándome un café. No sé si me agrada la sensación de desposesión que me invade. No obstante, me echo a reír.

—Es un chico del barrio —comenta Vincent como si eso bastase para explicar la repentina popularidad de mi restaurante—. Todo el mundo lo conoce. Ha tenido una vida… ¿cómo explicarlo? Un tanto particular. Ha pasado mucho tiempo en la calle. Sus padres…

Se interrumpe, no porque le rechine desvelarme los secretos de familia de mi nuevo camarero, sino porque me levanto de un salto para preguntarle a Ben a cuánto está vendiendo el café. No nos ha dado tiempo de hablarlo, y la caja registradora ya ha sonado varias veces. ¿Cómo es posible que sea así de despreocupada?

Ben me explica por lo bajo que el café lo cobra a un euro cuando lo sirve en el comedor, y a setenta y cinco céntimos en la barra. Es barato, lo sabe, pero le ha parecido que ese precio encajaría con mi estilo. En el caso del blanco seco sucede lo contrario, lo ha contado a tres euros. Es carísimo, pero si no practicamos tarifas disuasorias para el alcohol, acabaremos con todos los borrachines de la zona. Se da perfecta cuenta de que no sabría apañármelas con ese tipo de clientela, así que más vale no empezar.

—¿Y el zumo de pifia?

—Dos euros veinte.

Me pregunto de dónde habrá sacado esos veinte céntimos. Salen de su imaginación y de su intuición comercial. Dos euros veinte suenan auténtico. Los clientes tienen la impresión de ahorrarse los treinta céntimos que faltan para llegar a una cifra redonda y, en consecuencia, los dejan de propina con la sensación de haber hecho un buen negocio.

Cuando llega el momento de irse, Vincent deja un euro encima de la mesa. Considero la moneda un momento. Esta brilla sobre la formica de color burdeos cual luna ascendente. Anuncia la nueva

era. Permanezco dubitativa, sin saber si cogerla. Alzo la vista hacia Vincent y este me sonríe.

—*Mazel tov* —me dice.

Hemos acordado que Ben trabajará a tiempo parcial. Vincent me ha ayudado con las cotizaciones a la Seguridad Social y todo el papeleo. Me he convertido en jefa. Colecciono gastos, órdenes de pago, requerimientos de pago. Es una suerte de herbario maléfico que se hincha y me amenaza. No archivo nada, apilo, corro a la catástrofe, pero la sensación me resulta tan familiar que me cuesta horrores luchar contra ello. Mi vida, que habría querido que fuese sencilla, no hace sino complicarse, y advierto que a la oposición, de por sí desasosegante, entre el mundo real y el mundo de los sueños se le suma otra. Ahora también tengo que distinguir entre un universo físico y un universo virtual. El físico lo conforma todo aquello que está presente a diario en mi restaurante: los clientes, las comandas, los alimentos que llegan y se van, la entrega de bebidas, el borboteo de los calderos, la monda de las verduras, la cuenta de cada cliente, los rollos de monedas, los billetes, los cheques, las reservas, los parroquianos, el bullicio, el grato bullicio de los niños y los adultos regocijados. El virtual es todo cuanto me llega por correo y se pierde al punto en mi laberinto de cajones: formularios y citaciones escritos en una lengua que se me antoja bárbara y a los cuales me niego a responder; cifras que siempre se acumulan en la misma columna, la columna de los débitos. Me siento como esas tierras sedientas cuyas capas freáticas, agotadas, ya no impiden que el mantillo cuarteado se disgregue, esas tierras yermas que las tormentas de verano lavan sin llegar a saciar. No me lo explico, pero el dinero que entra en la caja nunca logra alcanzar las oscuras y secas canalizaciones, ni siquiera una gota para saciar la sed del monstruo de papel.

Una mañana Ben me dice:

—No podemos seguir así. Es una huida hacia delante.

—Pero todo va viento en popa, ¿no es cierto? El restaurante está siempre hasta la bandera. Desde que llegaste la gente se atropella

en la entrada. Hacemos tres servicios a mediodía y tres servicios por la noche. El comedor infantil funciona. El servicio de comidas preparadas pronto estará en marcha.

Sin decir una sola palabra, empieza a abrir las gavetas del minúsculo escritorio encajonado entre el fregadero y la alacena, un mueble que rescaté junto a un contendedor de basura de la calle de la Folie-Méricourt y que uso alternativamente como secreter, tajo y mesilla de noche. A medida que los cajones salen deslizándose por las guías, vomitan unos fajos de papeles multicolores sobre las baldosas. La vergüenza me oprime el pecho. Agacho la vista y me pregunto si algún día me libraré de ese sentimiento. Me gustaría pedirle disculpas a Ben, pedirle perdón por obligarlo a asumir ese papel. Esto es el mundo al revés. Soy la adulta, debería protegerlo, enseñarle cosas, darle consejos. Ben no tiene ninguna experiencia, debería poder apoyarse en mí, confiar en mi criterio, escuchar mis edificantes aventuras y cosechar los frutos de mi sabiduría. Pero no, ocurre todo lo contrario. Percibe las trampas mucho mejor que yo, es sensato y maduro. Me pide diez euros para ir a Office Dépôt.

—¿Eso qué es? —pregunto aterrada, porque temo, debido a la palabra «office», que suena a religión, junto con esa otra palabra, «dépôt», que evoca algo así como un depósito de cadáveres al que irían a parar las empresas insolventes, al borde de la quiebra, temo que Ben me denuncie al fisco o a vaya usted a saber a qué otro organismo; que ponga mis carpetas en manos de la policía.

—Es una papelería —contesta.

—¿No te parece que ya tenemos suficientes papeles?

Ríe. Me tranquiliza. Me asegura que lo va a solucionar todo.

Sale a la calle, y su trémula figura en la niebla de principios de invierno me conmueve. ¿Adónde vas pollito? ¿Cómo cuentas salvar a esta vieja gallina atolondrada?

Mientras aguardo su regreso, preparo unas galletas. Tengo pensado servirlas con higos emborrachados en whisky y un sabayón de vainilla. Horneo las paletillas de cordero con ajo tras untarlas con harissa, blanqueo unos tallos de apio y de acelga y los escarcho con azúcar moreno. Corto varios granos de uva por la mitad. Admiro el interior del fruto, su carne verde, tersa y acuosa. Una lágrima cae en la superficie espejeante seguida de otra, la uva rebosa. «La marea está subiendo de nuevo», me digo. «¡Un dique!

¡Un dique! ¡Un dique!», implora mi corazón. Un dique entre yo y mí misma. ¿Cómo evitar que los recuerdos vuelvan a aflorar? ¿Cómo desligar mi conciencia del pasado? ¿Cómo hacer para que nada evoque, para que nada denote, para que nada me haga recordar? ¿Cómo abolir el eco? ¿Por qué la vida consiste en este inagotable rumiar de recuerdos? ¿Acaso nunca sanamos de nuestras amputaciones, de nuestras mutilaciones? Y ¿por qué siempre los mismos errores? Es como si amásemos nuestra propia necedad, nuestra incapacidad para hacer lo que es debido como es debido. Tengo la sensación de que cualquiera en mi lugar, con la suerte que he tenido (obtener un préstamo mediante garantías falsas, contar con el apoyo de los vecinos, contratar al mejor camarero de París) habría gestionado Mi Casa con claridad y eficiencia. Cualquiera, excepto yo, habría sabido convertir esta empresa en un modelo. Pero claro, mi falta de organización siempre tiene que meterse de por medio. Termino sistemáticamente —es una enfermedad, ay, cuánto sufro, cuánto me gustaría sanar— haciendo cualquier tontería. No soy de fiar. Soy como un drogadicta, inestable, furtiva, peligrosa. Veo que los episodios se reproducen, se corresponden unos con otros, como el punto y el contrapunto. Los personajes se asemejan: son jóvenes y me juzgan. El tribunal de Ben, tan bondadoso e indulgente, encarna el tribunal de Hugo, el juicio del hijo contra la madre. Ambos tenían razón, me equivoqué dos veces.

No obstante me esfuerzo, soy perfeccionista a mi manera. En un primer tiempo mi energía y mi inventiva hacen milagros.

¿Acaso no he sido una madre ejemplar?

Pruebo a pegar las dos mitades de la uva. Estas coinciden perfectamente. La sal de las lágrimas me abrasa las mejillas.

¿Acaso no he sido una madre perfecta?

No queda ni rastro de la marca del cuchillo en la piel del fruto, ni una sola cicatriz, la uva está intacta, la envoltura traslúcida la protege.

¿Acaso no he sido una madre intachable?

Las lágrimas arrecian. Me tiemblan las manos. Suelto el grano de uva, que se despanzurra al caer al suelo.

Los jerséis, siempre suavecitos. Nada de bufandas que piquen ni

de gorros ridículos. Los pantalones, jamás apretados en la cintura. Las camisetas, limpias, relimpias. El calzado, cómodo, agradable. Todas las noches una historia, un cuento, un relato mitológico. De comer, alimentos frescos y coloridos, platos como flores, como un mosaico de campos, un paisaje. En el techo de su cuarto pego todas las estrellas fosforescentes siguiendo el modelo. Estoy a punto de matarme con el escabel, pero aun así no me rindo. Por la noche, antes de irnos a dormir, leemos juntos el mapa del cielo. Nombro las constelaciones una a una. Cuando vamos al teatro o al cine nos llevamos un tentempié para el camino, una deliciosa merienda a base de almendras, mango seco y nubes de azúcar. A la vuelta hablamos. Hugo se expresa increíblemente bien. Lo entiende todo. Desde muy pequeño relaciona los espectáculos a los que asiste. Su inteligencia me fascina tanto como la ausencia de ruido en el cosmos. Me produce un frío asombro.

Permanezco alerta durante años, espero a que el gong vuelva a sonar, el gong del amor materno que haría vibrar mi corazón. A veces me olvido y no pienso en ello, es una tregua. Mis gestos y mis cuidados emulan tan bien ese amor inalcanzable que hasta yo misma me lo creo. Me digo que soy una madre como otra cualquiera, tal vez algo más concienzuda. El dolor se disipa. Respiro aliviada. Pero esa situación nunca dura, basta con que me cruce con otra madre y la oiga hablar de su hijo, la vea contemplar a su bebé o cantándole a su niño. Lo reconozco todo porque los tres días en los que quise a Hugo me han dejado una marca singular, como una quemadura a lo largo de la columna vertebral. Las observo y la herida vuelve a supurar. Me falta la endeble pasarela que bastaría para salvar el precipicio de dos mil metros de profundidad. No es casi nada. El abismo que me separa de mi hijo es estrechísimo. No habría más que lanzar una cuerda de un lado a otro, pues la falla no es ancha, es terriblemente profunda, pero si se arrojase una viga de través, una liana… De pronto el vacío me atrae. Siento deseos de saltar, de poner fin a mi vida, me invade la exasperación. A lo mejor en esos momentos mi mirada no es del todo benévola. Puede que mis ojos sean los de una asesina. Le guardo tanto rencor a ese pobre crío que no tiene culpa de nada.

Una noche sueño que hurgo en sus entrañas en busca de mi amor, que él mismo ha robado y ocultado en su interior. Me

despierto aterrada. Me tomo unas gotas a base de plantas, me digo que estoy loca, me convenzo de que todo va bien y retomo el ritual: cuidados perfectos, educación ejemplar. Tengo cita con las maestras y, más adelante, con los profesores del instituto. Les sorprende que vaya a verlos, están más acostumbrados a recibir a los padres de los alumnos con dificultades, que acuden a ellos debido a la hiperactividad, las frecuentes malas notas o los problemas de conducta de sus hijos. De hecho, casi siempre son los profesores quienes citan a los padres. En el caso de Hugo soy yo quien pide verlos, y cada año me encuentro con lo mismo: una avalancha de cumplidos. Es un niño despierto, generoso, brillante, es buen compañero, tiene un inmenso afán de justicia. Los hay incluso que mencionan su belleza y me explican que tener a un niño tan agraciado en el aula les ayuda a dar clases. Me quedo helada, todo eso ya lo sé. Me espero algo distinto. ¿Qué exactamente? Ilusa, espero que uno de esos profesionales de la infancia descubra el horror de nuestra situación. Imagino la escena: «Que no nací ayer, señora. Es sabido que los niños a los que en apariencia se trata mejor son los que más sufren. Todas esas buenas notas, esa cara de felicidad, esa luz que irradia su hijo resultan sospechosas, sumamente sospechosas. Ahí donde mis colegas enumeran las virtudes, yo en cambio hablaría de síntomas».

Me dedico a recorrer las consultas de los pediatras. Anticipo mi castigo. Nada. Me felicitan por su curva de crecimiento, por su maravillosa dentición, por sus amígdalas, que no será necesario extirpar. Las citas concluyen al cabo de cinco minutos. «¡Ojalá todos los pacientes fueran como ustedes!», me dicen.

¿Habré cometido el crimen perfecto?

Hugo y yo nunca nos damos besos. Hasta que cumple seis años, cruza la calle de mi mano. Noto su palma inerte y seca en la mía. A veces siento pavor; si se cae, si se hace daño, si llora, tendré que cogerlo en brazos para consolarlo. Soy incapaz de concebirlo. Pero Hugo nunca se cae, es ágil y cauteloso. No llora. Sabe a qué atenerse. Cuando era un recién nacido le daba el biberón a distancia, él en una almohada y yo sentada al lado, con el brazo extendido. Explicaba que era para evitar que me doliese la espalda. Todo el mundo me creía.

Aprendió a leer y a escribir muy pronto. Una de las pocas

ventajas que tiene el aburrimiento (porque te aburres como una ostra cuando te tiras días enteros con un niño al que no logras amar) es la de tener que inventar un chorro de actividades destinadas a enmascararlo. Con dos años, Hugo dominaba el manejo de la plastilina, con tres, el papel maché ya no tenía ningún misterio para él. Acuarela, pintura al óleo, alfarería. Antes de cumplir cuatro años le propuse que jugásemos con las letras. Había comprado un abecedario de madera compuesto por payasos vestidos de rojo con un sombrero negro, que imitaban, solos o al alimón, los palotes y demás trazos. La primera palabra que Hugo escribió fue ORO. Creo que la postura de los acróbatas tuvo mucho que ver en dicha elección: la O era él, un payaso flexible que se cerraba sobre sí mismo, obligado a ser autosuficiente; el palote de la R era su padre, cercano, erguido, estable; el resto de la letra era yo, un payaso con la cabeza hacia abajo en una ridícula postura de huida, con los pies pegados a la cabeza del payaso erguido, las rodillas flexionadas, las nalgas pegadas a la cadera del padre y el torso y los brazos estirados hacia fuera cayendo al vacío. No hice ningún comentario. Escribí HUGO, él escribió MYRIAM. Yo escribí MAMÁ, él escribió QTSUBYG.

Una noche, a Hugo le dio fiebre. Tenía una bronquitis. El médico dijo que no había de qué preocuparse. Lo mandé al colegio con un pañuelo alrededor del cuello como si la seda hubiera podido preservarlo de un acceso más grave. Cuando regresó a casa por la tarde, tenía los ojos brillantes. Le pregunté si se encontraba bien. Me contestó que sí y se encerró en su cuarto. Debió de quedarse dormido porque a la hora de cenar no apareció por el comedor. No nos preocupamos, se lo achacamos a la falta de sueño, al crecimiento. No lo oí quejarse a las tres de la madrugada. Lo que me puso sobre aviso fue la ausencia de mi marido en la cama. Lo llamé. No contestó. Me levanté. Lo busqué en la cocina y en el cuarto de baño. Ni por un momento imaginé que pudiera estar con Hugo, dado que el niño nunca nos había despertado en mitad de la noche. Desde que salimos de la maternidad, dormía del tirón. Pero mientras volvía a la cama, oí algo al otro lado de la puerta adornada con las cuatro letras de madera que deletreaban el nombre de nuestro hijo. Giré el picaporte y los vi. Madona con el Niño a la luz de la luna. Mi marido estaba sentado en el suelo con

Hugo en los brazos chorreando de sudor y lágrimas. Le acariciaba suavemente la cabeza ardiendo con su ancha mano. Cerré la puerta y volví a la cama con las rodillas temblorosas. Me metí la almohada en la boca y prorrumpí en sollozos, ahogando mis gritos en las plumas. Al día siguiente fui a ver a un médico y le dije que me sentía un poco deprimida. Me recetó unas pastillas. A partir de ese día mi existencia se tornó más sosegada. Vivía en una catedral sumergida bajo el agua; la pena empezaba a resultar inaudible a mis propios oídos, y yo sonreía tontamente.

Ben regresa triunfal. Saca de la bolsa cuatro carpetas de anillas grises que esgrime como si se tratase de un ramo de flores.

—Lo vamos a ordenar todo —me anuncia.

Deja las carpetas de anillas encima del escritorio. También ha comprado unos separadores de cartón de colores tornasolados.

—Aquí vamos a guardar las facturas por pagar. Aquí, las que ya se han liquidado; aquí, las que no pueden esperar, y aquí, las que pueden hacerlo. En la segunda carpeta vamos a meter los documentos administrativos. La tercera es para el banco.

Perfora, ensarta, despeja.

Cuando termina de hacerlo, extrae del bolsillo un almanaque gigante y lo cuelga en la pared.

—Este —me dice— es nuestro calendario de pagos.

Con ayuda de un rotulador de color rosa, marca las fechas con una cruz.

—¿Está contenta? —me pregunta.

No acierto a responder. Pienso en las marcas de sal en mis mejillas, en lo enrojecidos que he de tener los ojos. Ben merece algo mejor.

Indeciso, se saca un paquete rectangular del bolsillo de la chaqueta.

—Esto es para usted —me dice con voz insegura.

—¿Qué es?

—Un regalo.

Rasgo el envoltorio. Ben me ha regalado las *Cartas a un joven poeta* de Rainer Maria Rilke.

—¿Lo conoce? —me pregunta—. Es mi libro preferido.

—A mí también me gusta mucho —le digo.

—Pero no lo tiene —me hace notar, señalando la biblioteca.

—No, es cierto. Es muy amable por tu parte.

Hojeo el volumen. Me sé algunas frases de memoria: «Procure amar *las preguntas mismas*, como habitaciones cerradas y libros escritos en otro idioma». Me gustaría explicarle a Ben por qué este epistolario fetiche no figura en mi biblioteca nómada. Es demasiado pronto. Finjo que lo he perdido.

Esta mañana abrimos con retraso, pero los parroquianos no rezongan. Es imposible reprocharle nada a Ben. Parece rodearlo un campo magnético que logra tener a raya a los demás. Menos mal, porque siendo como es tan delgado y desarticulado, constituiría una presa fácil para insatisfechos de toda laya.

Es la hora que más me gusta, un momento utópico hecho realidad que se repite cada día. Ben sirve cafés, zumos de fruta, chocolates calientes. A veces nos piden pan con mantequilla. Servimos pan con mantequilla. Otras, apetece un huevo pasado por agua. «Por supuesto, el agua ya ha roto a hervir en el cazo». Al otro lado de la barra, protegida por esta, preparo el almuerzo y algunos elementos de la cena. Trabajo a toda pastilla. Mis manos van más rápido que mi mente. Eso exige una gran relajación y una inmensa concentración. Uno ha de renunciar a la idea de que es el cerebro quien dirige y apoyarse completamente en los nervios y la memoria. Es un estado preconsciente, algo así como un regreso al instinto puro. Nadie debe dirigirme la palabra en esos momentos. Soy incapaz, temo que se me vaya el santo al cielo. Los clientes lo saben, no lo intentan. Se limitan a observarme y a olisquear. Yo oigo sus conversaciones, capto algunos retazos. Comentan el menú, el tiempo que hace; en ocasiones se quejan de alguien que no está presente, alguien cuya identidad será siempre una incógnita para mí y al que ponen de vuelta y media. Como el invierno avanza y el frío invade las calles, cada tanto, oigo un clamor en el local; la puerta ha quedado mal cerrada. «Oye ¿tu padre es calefactor o qué?», pregunta no sé quién. Ya no me hace falta leer el periódico, aquí se abordan todos los temas de actualidad. Corrijo el aliño, un poco menos de sal en los sucesos, un poco más de picante en las relaciones internacionales, una pizca de pimienta en la economía. El mundo acude a mí. Estoy en el centro mismo de un ágora. Asisto a

la inevitable simplificación. La picadora de la conversación hace desaparecer las sutilezas más tiernas, destruye los matices. Me pregunto si es realmente indispensable intercambiar semejantes trivialidades. Mientras trato de condimentar los alimentos para que de ellos emanen los aromas mejor guardados sin que ninguno pueda imponerse a los demás, me pregunto por qué la gente termina indefectiblemente por repetir las mismas burradas. Aplanar, aplanar, siempre hay que aplanar. La apisonadora del consenso se desplaza de un continente a otro. Mis clientes hablan de sitios a los que nunca han ido, mencionan pueblos que nunca conocerán. Confunden y comparan. Les entra la fiebre de los paralelos. «Anda, como los nazis», suelen decir. Un comentario que pone a todo el mundo de acuerdo y encierra una suerte de poder a medio camino entre la fascinación y la renuncia intelectual. Me percato de que a los hombres les encantan las catástrofes, les gusta ante todo vaticinar lo peor. «¡Dentro de dos años estaremos todos muertos!», clama uno. Los demás asienten. «Será por culpa de una vaca loca o de una gallina con gripe». «El deshielo de los glaciares acabará sepultándonos a todos antes de que los terroristas nos arrojen una bomba atómica», ¿o es al revés? «No olvidemos el poder que tienen las armas químicas». Nadie se queda atrás. El tono sube, gana el que encuentre el final más terrible. Esa pasión por el desenlace me causa inquietud. ¿Cómo se las apañan para no perder la sangre fría? ¿Cómo es posible que ignoren el hecho demostrado de que las buenas noticias, a diferencia de las malas, que siempre vienen precedidas de un augurio, llegan por sorpresa, cuando uno ya no se las espera? Es cierto que uno se siente más seguro a la hora de hablar de la destrucción, ya que a menudo la construcción se nos antoja enigmática. Si Casandra hubiese sido un hombre, me digo, habría llevado una vida más apacible. No le habría temido a la pavorosa onda que atravesaba sus sueños y se habría valido de ella para impresionar a sus amigos: «Eh, ¿a qué no sabéis qué? Troya va a desaparecer. Diezmarán a nuestros héroes. Dentro de quince días esto será un campo de ruinas». Y sus amigos habrían pedido una ronda de cañas para celebrarlo.

Vincent se disculpa por no haber venido a verme estos dos últimos días. Tenía una boda espectacular.

—Hasta me han encargado palomas —exclama.

—¿Ha ido todo bien? ¿Los pájaros no han hecho caca en el bufé?

He terminado con los preparativos. Puedo sentarme al fin a tomar un café. Siento cada una de mis articulaciones, desde los dedos de los pies hasta las caderas. Tengo la impresión de que son de hierro. De hierro oxidado.

—He cogido esto para ti —me dice Vincent tendiéndome una orquídea blanca con el corazón escarlata—. Es inmarcesible —precisa.

Así que no todas las flores perecen.

—¡Qué bonita! ¡Anda, parece que tiene cara y todo!

Frunce el ceño. Le parece que me paso de graciosa. Me recuerda a mi marido.

—Es carísima —dice.

—¿El qué?

—Las orquídeas blancas como esta, que son carísimas.

Seguro que piensa que no muestro demasiada gratitud por un regalo tan espléndido.

Le tomo la mano procurando mirarlo fijamente a los ojos y le digo por lo bajo, con el rostro tan cerca de él que cualquiera diría que estamos a punto de intercambiar un beso:

—Es muy, pero que muy amable por tu parte. Es preciosa.

Advierto que el aliento le huele a anís. Siento deseos de felicitarlo, pero no sé cómo hacerlo sin ofenderlo. Su mano sigue dentro de la mía. Su piel es tersa y su carne blanda. Yo tengo la piel áspera y la palma de la mano surcada de músculos y cortes. Me gustaría disculparme por ello. Me pregunto cómo podré volver a enamorarme de alguien. ¿Quién podría enamorarse de mí? ¿Se puede hacer el amor con unas manos encallecidas como pies? ¿Se puede hacer el amor con una tremenda arruga que te recorre de arriba abajo un solo lado del rostro, como un tajo, desde la nariz hasta la barbilla? ¿Por qué la piel ha de deteriorarse de este modo?

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto a Vincent.

—Treinta y nueve —contesta.

—Soy más vieja que tú —digo fingiéndome orgullosa.

—No lo pareces.

Una sombra de duda se refleja en mi rostro.

—Las mujeres bajitas siempre aparentan menos —afirma.

Es lo último que faltaba para completar mi florilegio de

aforismos de barra de bar.

Sé que de espaldas doy el pego, como se suele decir. No soy alta, tengo el pelo negrísimo, las caderas estrechas y los tobillos finos. Un día, en la calle, mientras caminaba con Octave, un tipo que venía detrás de nosotros nos gritó: «¡Eh, chicos!» porque se nos había caído un guante. No veía diferencia alguna entre nosotros. Para él, tenía quince años. Como Octave. Octave recogió el guante, me tomó la barbilla entre el índice y el pulgar y me dijo: «Conque jovencita, ¿eh?». Me desvanecí por dentro. Permanecí de pie, pero en mi interior era como si todas las presas hubieran cedido. No me lo esperaba. ¿Cómo habría podido preverlo y de qué tipo de noticia se trataba? ¿Mala o buena, milagro o catástrofe? La propia Casandra se habría sentido desorientada.

Las amistades entre niños. Un universo silencioso a pesar de los gritos, a pesar de las peleas, a pesar de las voces que se solapan y compiten unas con otras. «Pues mi padre esto…», «pues mi perro lo otro…», «pues mi señorita tal cosa…». Desde el centro del mundo, que tiene la forma del taburete en el que están sentados, los niños se enfrentan unos con otros a la hora de la merienda. Después juegan tumbados boca abajo, con la moqueta raspándoles el ombligo donde se forma un espacio entre el pantalón y la camiseta. Empuñan unos muñequitos con el brazo extendido, como queriendo borrar su propio cuerpo, que debe cesar de existir, porque, ahora, su alma ha fijado domicilio en el pequeño personaje de plástico. Su nueva morada mide diez centímetros. Es pequeña, pero pueden hacer cantidad de cosas extraordinarias ahí dentro, como volar, caer por un acantilado y volver a levantarse inmediatamente después. Pueden machacar al otro haciendo ruidos extraños. Cuando están hartos, sus dedos aflojan la presión. Abandonan al muñequito, a veces este va a parar bajo la cómoda, donde se pierde para siempre. Les da igual. Quieren jugar al fútbol. Golpean el balón de goma-espuma, se lanzan hacia un lado para detener un disparo, se dan de plano con el larguero de la cama en la cabeza y sangran, pero les importa un bledo. Luego el pelo se les pone apelmazado y pegajoso, y les entra una sed espantosa.

La primera vez que Hugo me habló de Octave, tenía siete años; Octave, ocho.

—En mi clase hay un niño que tiene nombre musical —me dijo.

—Ludwig —traté de adivinar.

—No, más raro.

—¿Wolfgang?

—No, más raro aún.

Me rasqué la cabeza.

—¡Ya está, ya lo recuerdo! —exclamó de manera tan repentina

que me sobresalté—. ¡Octave! ¡Se llama Octave![1]

Me eché a reír.

—¿Y cómo es ese Octave? —le pregunté a mi hijo.

—Es bajito. Tiene la boca sonrosada.

No sabía qué más decir.

—¿Y qué más?

Hugo se puso de morros, no consideraba necesario añadir nada más.

—¿Cómo tiene el pelo?

—Lacio.

—¿De qué color?

—Beis.

—¿Cómo son sus ojos?

—Normales.

—¿De qué color?

Hugo frunció el ceño. No lo sabía. En esa ocasión me confió que nunca se había dado cuenta de que la gente pudiese tener los ojos de distinto color.

—A partir de ahora me fijaré más en ese detalle —me aseguró con su voz docta.

Volví la cabeza, como hacía cada vez que intentaba captar mi atención. Era un movimiento casi involuntario, más parecido a un reflejo que a una reacción. No tenía que reflexionar para hacerlo. Al igual que los polos positivos de un imán, que no pueden evitar repelerse, mis pupilas se desviaban al cruzarse con las suyas. Probablemente temía que él leyese en ellas lo que en vano trataba de ocultarle. «No te quiero» era el mensaje codificado en el iris, la flecha que mis pupilas se negaban a dispararle. Yo trataba de protegerlo. No porque fuese carne de mi carne o sangre de mi sangre, sino sencillamente por un imperativo más elevado que se podría resumir de la siguiente manera: a un adulto le resulta tan fácil hacerle daño a un niño que debe evitarlo a toda costa. Defendía a mi hijo de mí misma de una manera muy racional, con la misma dosis de afecto que me movía a curar un pájaro herido, dar de comer a un gato callejero o evitar acelerar en un paso de peatones.

—¿Puede venir a casa? —preguntó Hugo.

Era la primera vez que me pedía que invitásemos a algún amigo

suyo a casa.

—¿Quieres decirle a Octave que venga a casa? ¿A merendar?

—Sí, pero también me gustaría que se quedase a dormir.

—¿Sus padres están de acuerdo? Tendré que llamarlos. ¿Tienes su número de teléfono?

—A sus padres les parece bien. Octave siempre hace lo que quiere.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él.

—Bueno, de todas formas llamaré a la madre —le dije.

Nunca logré localizar a sus padres. Dejé varios mensajes. No me devolvieron la llamada. Les mandé un recado, pero no obtuve respuesta. Octave vino con una mochila en la que una muda de ropa cuidadosamente doblada y un neceser debidamente equipado demostraban que un adulto había supervisado su marcha. Llegó con Hugo un martes a las cinco de la tarde. Tenía el pelo lacio y beis y ojos de color incierto. Me saludó y me puso la cara para que le diera un beso. Me agaché y deposité un beso en su mejilla, dándole a la primera lo que siempre le había negado a Hugo. Me ruboricé, bendiciendo el horario de invierno, que desde media tarde sumía el vestíbulo en la penumbra. Les puse la merienda. Hugo se me adelantaba; abría las alacenas y sacaba el pan de molde y la crema para untar. Era eficiente y hábil. Octave, sentado en una silla, absolutamente inmóvil, esperaba a que le sirvieran. No se atrevía a hacer ningún movimiento, así que tuve que llenarle el vaso de leche y acercárselo, de lo contrario no se lo habría bebido.

—¿Te gustan las rebanadas de pan untadas con Nutella? —le pregunté, porque no había tocado nada, mientras que Hugo engullía sus rebanadas de pan una tras otra.

—Sí —contestó—. Mucho.

—¿Quieres que te las prepare yo? —le pregunté.

—Oh, sí, por favor. ¡Muchas gracias!

Siempre se deshacía en efusiones. De nuevo había hecho por él algo que nunca se me había ocurrido hacer por mi hijo. Hugo era un campeón de la autonomía, se las ingeniaba para no tener que recurrir a mí más de lo estrictamente necesario.

La tentación no se anda con disfraces. La serpiente presenta a Eva la manzana vestida con su traje de reptil. En mi relación con

Octave no hubo la más mínima sutileza, tampoco la más mínima ambigüedad. Me pedía metódicamente todo lo que a mi hijo nunca se le había ocurrido pedirme; Hugo intuía que chocaría con una incapacidad tan cruel que para él era impensable ponerla a prueba. ¿Acaso se le pide a un cojo que corra detrás de un autobús o a un manco que despeje la mesa? Octave tenía dificultades en todos los ámbitos en los que Hugo destacaba. No leía de corrido, balbuceaba como un principiante, no entendía la diferencia entre decenas y unidades, se equivocaba con los participios, yo había *ponido*, él había *vienido*. Siempre llevaba los calcetines retorcidos y los botones abrochados en un ojal que no correspondía. No sabía cortar su bistec, cuando se ponía el abrigo, a duras penas lograba dar con la manga, e ignoraba que había que mirar a un lado y a otro antes de cruzar la calle. Eran tantos los aspectos en los que tenía deficiencias que yo no podía por menos de acudir en su ayuda, tanto más cuanto que estaba dotado de un encanto incomprensible. Te daba las gracias como nadie y demostraba una gratitud conmovedora a la menor ocasión. También poseía un precoz sentido del ridículo y examinaba con mucho humor su inverosímil colección de defectos.

Vino a merendar. Se quedó a dormir. Nos fuimos con él de fin de semana. Hablamos de llevárnoslo de vacaciones.

Una noche, poco antes de quedarme dormida, me dije: «Me gusta mucho Octave». Era un sentimiento tan dulce y reconfortante que, por vez primera desde hacía mucho tiempo, tuve la sensación de dormirme suavemente, con total tranquilidad. Hacía siete años que había adquirido la siniestra costumbre de sumirme en el sueño a la fuerza, como si hubiese tenido que perforar un túnel en una montaña de granito. Para lograr abandonarme, tenía que inmovilizar mi alma de madre errante en el suelo, enterrarla en él, acallar su quejido llenándole la boca de guijarros. Me internaba en la noche como quien baja a la tumba, solo que en mi caso volvía a hacerlo un día tras otro.

Al día siguiente Hugo me informó de que su amistad con Octave se había acabado.

Me eché a reír al principio.

—¿Qué sucede? ¿Os habéis peleado?

—No.

—¿Entonces?

—No quiero volver a verlo nunca más. No quiero que venga a casa nunca más.

—No me parece bien que digas esas cosas —le dije a mi hijo, que de súbito me pareció un verdugo.

¿Por qué me lo arrebataba? ¿Por qué tenía que alejar a Octave de mí? ¿Cómo entendía el cariño que sentía por este? Nunca hacía alarde de él. No era como esas madres que le dan la tabarra a sus hijos con las proezas de sus compañeros de clase. Que por qué no haces como fulanito, que por qué no eres tan educado como menganito, que si mira lo mucho que zutanito ayuda a su madre. Era discreta, no hacía ningún comentario.

—A mí lo que no me parece bien es lo que él hace —replicó Hugo—. Es un embustero. Un asqueroso embustero.

Nunca había visto a Hugo enojado.

—Pero ¿qué dices?

Al hacerle la pregunta, sin tener cuidado, clavé mis ojos en los suyos. Se había disparado la flecha. Aquella mirada lo dejó petrificado. Vi cómo le temblaban los labios. Los iris le vibraban como si estuviesen buscando una manera de ponerse a cubierto. Farfulló algo, algo incomprensible acerca de una entidad, un planeta secreto; fantasías pueriles. Yo no entendía nada y tampoco tenía ganas de entender. Me tenía fascinada el vigor de mi propio odio. No había forma de bajar los párpados o apartar la mirada. Un reguero de lava se derramaba por las rendijas ardientes. La violencia de aquel torrente había pulverizado las ventanas de mi alma.

¿Cómo es posible que conserve el recuerdo de esa escena, que pueda rememorarla?

Abatido, Hugo terminó por encorvar el cuello y regresó a su cuarto muy despacio, como si tuviese todo el cuerpo dolorido a causa del impacto. Ignoraba qué frontera acababa de traspasar, pero tan pronto como mi hijo hubo desaparecido de mi vista, me inundó una oleada de vergüenza como nunca antes había sentido, parecida a la que me devastaría años después.

La carita enfurruñada de la orquídea de Vincent me observa llorar sobre mis cebollas. Olvidé trocearlas previamente. Suelo

empezar haciéndolo. Me enfundo las gafas de natación y me zambullo en las capas nacaradas. Pero la reprimenda de Ben me ha distraído. No me atrevo a ponerme las gafas de nadadora delante de los clientes y, por más que enjuago los bulbos con agua fresca, sigo teniendo los globos oculares a punto de estallar. Me siento como uno de esos perros de hocico chato cuyos ojos negros y suplicantes emergen del cráneo cual boliches. Vincent me ha besado la mano antes de marcharse. Noto la huella de sus labios en la base de los dedos. No estoy segura de que eso me guste. La extremada palidez de su boca y las comillas de saliva que la enmarcan me producen cierta repugnancia. Y, aun así, no puedo negar que un minúsculo lazo ha hecho que se me encoja el estómago con su nudo corredizo. Las pieles de cebolla, doradas, traslúcidas y ligeras, se arremolinan en el tajo, levantadas por la corriente de aire del cuchillo. Pienso en las sublimes cebollas blancas de Ali Slimane, dulces como frutas, similares a una bombilla, pues la luz, en lugar de reflejarse en ellas, parecía emanar de su interior. A la sazón, yo picaba sin gafas, pero sin una sola lágrima. «Nunca llorará por mi culpa», afirmó mi proveedor a la par que me tendía una guirnalda de esferas luminiscentes. «Son cebollas dulces. Son tan sabrosas como las demás, pero no pican». «Es usted muy amable», le dije. Con los párpados gachos, el señor Slimane metió los labios hacia dentro recatadamente. Sus labios, que, al contrario de los de Vincent, no eran desvaídos, sino morenos, casi morados, como la piel de un higo. La sorpresa de su inusual sonrisa, también como un higo al abrirse. Cuando me hablaba, siempre le miraba la boca porque sus ojos me resultaban excesivamente tristes. Me quedaba mirándole la boca y me la aprendía de memoria, como si tuviese planes de… ¿Qué plan requeriría que conociese una boca al dedillo? ¿Qué plan, con un hombre que nunca me hiciera llorar?

Simone y Hannah empujan la puerta y vienen directas a la cocina para darme un beso.

—¿Qué le ocurre? —me preguntan horrorizadas al ver mis lágrimas.

Antes de que pueda contestar, a ellas también les asaltan los efluvios de cebolla y se les arrasan los ojos en lágrimas. Se enjugan

la comisura de los ojos y me anuncian que les han marcado una redacción irrealizable para el día siguiente. ¿—Podría ayudarles luego? Tienen una hora de estudio después del almuerzo. Les gustaría que les explicase el tema.

—Soy negada para la Filosofía —les digo—. Siempre lo he sido.

—Sí, pero usted ha vivido —me contestan—. Tiene experiencia.

—¿De qué trata?

No sé cómo la experiencia me ayudaría a responder a preguntas que me aterrorizaban en el último año de instituto y que siguen dejándome pasmada: «¿Se puede comprender el pasado si se ignora el futuro?». «¿Hay que tratar de demostrarlo todo?». «¿Se puede cambiar el curso de la historia?». «¿—El hombre es racional por naturaleza?». Tras leer el tema siempre me entraban ganas de responder que no. Un «no» enérgico y categórico. Así, cuando me hubiese quitado la pregunta de encima, podría salir corriendo. Solo que tenía que permanecer sentada en el pupitre y no decir «no», ni «sí», ni dejar las preguntas sin contestar, sino redactar frases que, al igual que el itinerario de un paseo perfecto, me hacían recorrer un círculo, una suerte de elipse, en la cual el alejamiento permitía tomar impulso para regresar al punto de partida. Una concatenación de preguntas destinadas a reformular la primera de ellas. El ejercicio se me antojaba extenuante e hipócrita.

—«¿Es conveniente decir siempre la verdad?» —entonan a coro Simone y Hannah.

—¿Ese es vuestro tema?

Hacen un gesto afirmativo con la cabeza. Un gigantesco «¡No!» se alza en mi interior.

—No tengo ni idea, chicas —les digo encogiéndome de hombros al tiempo que las lágrimas arrecian.

Se echan a reír y me piden dos platos de sopa y un pedazo de queso.

Ben va clavando las comandas en el tablero conforme los clientes toman asiento y eligen. Percibo cierta armonía en los menús y felicito mentalmente a los clientes asiduos. Empiezan a comprender. Empiezan a aceptar todo el bien que puedo hacerles.

Me pongo a trinchar lonchas de paletilla asada con bayas de enebro, cuando de repente oigo una voz estruendosa gritando a mi espalda:

—¡Buenos días!

Planto las manos en la barra. No quiero darme la vuelta. Quiero rebobinar y que esta escena no se produzca.

—¿Quién es? —me pregunta Ben en voz queda llevándose dos platos del día.

—Es la tía Emilienne —le digo despavorida.

La tía Emilienne se ha equivocado de fecha. Se perdió la inauguración y ha venido, con dos meses de retraso, a celebrar la apertura de Mi Casa.

—Ya me hago cargo yo de ella —me dice Ben posando su mano en mi hombro.

No tiene ni idea. Atender a la tía Emilienne es un trabajo a tiempo completo. Es una de mis numerosas tías y también la más calamitosa. Está desfigurada por un labio leporino mal operado, es obesa, calva y lleva gafas de culo de botella. Está un poco trastornada, siempre lo ha estado, y grita en lugar de hablar por culpa de una sordera que se niega a tratarse. Es muy coqueta y caprichosa, una suerte de princesa del guisante que no encajaría en el papel. Siempre he sido atenta con ella, cosa que no puede decirse de la mayoría de mis familiares. La trato bien porque admiro su vitalidad, su entusiasmo y su energía. No entiendo cómo se las apaña para no dejarse abatir bajo ninguna circunstancia, cuando en realidad tiene todas las razones del mundo para lamentarse. Su perpetuo buen humor parece proclamar que tamaña falta de suerte, tamaña colección de taras, ha de festejarse.

Salgo de mi refugio tras la barra para recibirla.

—¡Has adelgazado! —vocea triunfante antes de darme un beso.

Me irrita el cachete con su peluda barbilla. No me atrevo a comprobar si los clientes se la han quedado mirando.

—La inauguración fue hace dos meses —le digo al oído para no tener que alzar la voz.

—¡¿La qué?! —pregunta.

—La inauguración. La fiesta que di cuando abrí el restaurante. Te mandé una tarjeta, ¿sabes?

No contesta. Se desploma en una de mis sillas cojas. A continuación abre la boca de par en par, bosteza sin tapársela con la mano y grita: «¡¿Qué tal te va?!», tan alto que todo el mundo da un respingo. Algunos, creyendo probablemente que la pregunta está

dirigida a ellos, cuando solo me concierne a mí, se ven en la obligación de responderle: «Muy bien, ¿y usted?». La tía Emilienne los mira con desdén. Cree que están locos y hace aspavientos con expresión altiva. No tiene ni la más remota idea del efecto que produce en la gente, lo cual considero una bendición.

—¿Te apetece comer algo?

—Esto es un restaurante, ¿sí o no? —me pregunta entre risas.

Ben interviene. Mientras estaba de espaldas a él, se ha disfrazado de camarero. El atuendo es sencillo y convincente; se ha enfundado la chaqueta de terciopelo negro que suele colgar en el perchero y ha doblado en tres un paño blanco limpio y se lo ha colocado en el antebrazo. Le alarga una carta que ha hecho a toda prisa con una hoja suelta en la que ha copiado el menú antes de introducirla en una carpetilla de cartulina.

—¿Desea que se lo lea? —le propone.

Ella asiente. Él se inclina con gracia hacia ella y recita los platos uno a uno. Regreso a la cocina aliviada, Ben se ha quedado con todo.

Instantes después, lo veo traer la jarra de agua que le había puesto en la mesa.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—A la tía Emilienne le parece que nuestra agua sabe raro —me contesta—. Quiere que se la cambie.

Le alargo una botella pequeña de Evian.

—No —dice—. No quiere agua mineral. Solo quiere otra jarra.

Vacía la que había llenado y le lleva otra. A lo largo de la comida, repite la operación tres veces, sin chistar, con una dulzura y una constancia angelicales. Nada más terminar el entrante, ella lo llama con voz estridente y autoritaria: «¡Camarero!». Ben acude veloz. Ella lo maltrata tanto como puede, exige que le cambien los cubiertos y se queja de que no haya ningún mantel bordado sobre la mesa. Saca del bolso un mantel individual mugriento y lo coloca debajo del plato. Ben la felicita, le dice que queda mucho mejor así.

—Lo siento —le digo sin atreverme a salir de mi escondite.

—Todo va bien —me asegura.

Observamos a mi tía mientras escupe los pedazos de carne que se le antojan demasiado correosos y los va depositando con sumo cuidado en el filo de la mesa. Unas bolitas grisáceas, debidamente

mordisqueadas, salpican la fórmica. La tía Emilienne tiene hebras de lechuga entre los dientes y un churrete de vinagreta en la barbilla y las mejillas.

—Es muy amable por su parte haber venido —me dice Ben para reconfortarme.

Tiene razón. Mi tía ha contestado a la invitación, es conmovedor. El que venga con dos meses de retraso me permite espaciar los placeres. Entonces caigo en la cuenta de que ninguno de mis primeros invitados ha vuelto para probar mi cocina desde la inauguración. No he sabido nada de mis padres. «Ha salido de apuros con su tugurio», se han dicho. «Ya no hace falta llamarla cada dos por tres para cerciorarnos de que sigue viva». De mis amigos tampoco. Tal vez el reencuentro fuese demasiado brusco. Heme aquí, tras seis años de ausencia. Les alivia saber que aún existo, han querido mostrarse indulgentes conmigo. «El tiempo ha realizado su cometido», se han dicho. Se le da carpetazo al asunto y se respira mucho mejor. Ya no será necesario preguntar, aprovechando un silencio que rompe la continuidad de la conversación: «Oye, por cierto, ¿qué es de Myriam?». Al echar la vista atrás, me pregunto cuántos conocían la naturaleza exacta del incidente. Ignoro hasta qué punto fue posible guardar el secreto. Sé que puedo contar con mi marido para que se calle. El emperador del silencio. Pero, y ¿con mi madre y mi padre?, ¿con Corinne y Lina, mis amigas de infancia? Durante las semanas posteriores a la revelación, entre nuestros conocidos circuló una hipótesis que giraba en torno a una violenta depresión. «¡Piérdete!», me había aconsejado mi marido, «no pienso pringarme con tu fango». Tales fueron sus palabras de despedida. Qué hombre tan previsible…

A mi marido le gustaba que las cosas estuviesen claras. Le gustaba el orden. La casa debía estar impecable, era su palabra preferida: «impecable». La pronunciaba haciendo chascar bien los labios. Le horrorizaban las mezclas, las paradojas, temía la dejadez. Era asombrosamente fiable. Su firmeza fue lo que me atrajo de inmediato. No sé muy bien por qué, pero la idea de vivir al lado de una roca me tranquilizaba. No sospechaba cuán opaca y dura era.

Mi marido siempre se duchaba inmediatamente después de hacer el amor, incluso en mitad de la noche. Brincaba fuera de la cama y salía corriendo hacia el cuarto baño. Me recordaba a Lady

Macbeth esforzándose por borrar las manchas de sangre de sus manos: «*Out damned spot, out I say*». ¿Acaso ya le parecía tan repugnante? Pero no. La pista de la pulcritud no es la correcta. Creo que lo que él pretendía encontrar bajo el grifo era algo distinto. Quería volver en sí. La pasión le desasosegaba. Se sentía poseído. Mi marido tenía una manera muy particular de hacer el amor. Como un carnero que derriba el portón de una fortaleza. A veces tenía la impresión de que quería atravesarme, follarse el colchón, el suelo, la pared. Me dolían los huesos de la cadera. «Un día me romperá», pensaba para mis adentros. Pero era más resistente de lo que creía. Y me gustaba su estilo. Me impresionaban la desesperación y la fogosidad que animaban su cuerpo. Aquella cólera, aquella maldad que desfogaba exclusivamente conmigo me producían vértigo. Es probable que haya confundido la saña con el deseo. Había abandonado el bosque noruego de los Beatles por otro tipo de paseo. Los seísmos podaban el nuevo paraje de mis amores. No nos amábamos revoleándonos cariñosamente por el musgo de los sotobosques, sino que avanzábamos con dificultad, a marchas forzadas, para alcanzar una cima aplastante. Me sentía halagada por tanta potencia. Por la noche le gustaba ponerme mala cara, no desapretaba los dientes durante la cena y solo se dirigía a Hugo. Se preparaba para la acometida, atizaba su odio. En la cama, el calor de mi cuerpo, el olor de este, desencadenaban su furia. Se abatía sobre mí, y a menudo me dije que estaba deseando matarme. Es lo que realmente le habría aliviado.

Que las *Cartas a un joven poeta* no figuren en mi estantería se debe a que mi marido se llamaba Rainer y no me apetece tener su nombre delante de las narices todo el día. Mi marido se llamaba Rainer y eso tuvo no poco que ver en nuestra historia. Fue Lina quien me habló de él. Nosotras íbamos a la Facultad de Letras; él, a la de Medicina. Lo había conocido en una fiesta.

—¿Rainer? —le había preguntado yo—. ¿En serio que se llama así?

—Sí —me contestó mi amiga.

—¿Es austriaco?

—No lo sé.

«Un austríaco», me dije. «Es exactamente lo que necesito. Un chico glacial y loco, un ser dividido entre el rigor alemán y el

desorden balcánico». Me lo había imaginado terriblemente obsesivo y no me había equivocado al respecto. «Fuego bajo el hielo», soñaba yo, pero me alejaba de la realidad sin saberlo. En Rainer, ni un ápice de fuego. Hielo, hasta donde alcanza la vista, por dentro, por fuera, una banquisa humana.

—Es porque estoy en reacción —me explicó un día.

—¿En reacción contra qué?

—Contra mis orígenes.

Íbamos por nuestra tercera cita, y sentí que era demasiado tarde para echarme atrás. Fuera lo que fuese lo que me estaba anunciando, nuestra elección común ya estaba hecha, y nuestros destinos, sellados. En contra de lo que creía, no se había criado en Viena, y sus abuelos no habían cantado el himno nazi a pleno pulmón. Había nacido en Ventimiglia, de un padre hijo de guerrilleros italianos y de una madre comunista sarda. Mis suegros, a los que apenas conocí, eran personas muy simpáticas y alegres, que amaban la vida y la vivían intensamente. Él tenía el pelo largo; ella, corto. Fumaban cannabis y se ganaban la vida comprando ruinas en Provenza para revenderlas por un dineral tras restaurarlas. Emilia me decía que tenía una buena red de antiguos trotskistas con recursos de sobra.

—¡Un filón inagotable! Y como le compran a una antigua rojeras, tienen la conciencia tranquila.

—¿Y usted? —le preguntaba yo.

—¿El qué, mi conciencia? ¡Bah!, ardió hace más de veinte años. ¡De buena me libré!

Mis suegros se estrellaron en el camino de tierra que conducía a su masía provenzal. Era llano y rectilíneo. Solo había un tejo en el lado derecho. Tuvieron buena puntería. Ocurrió una semana antes de nuestra boda.

—Creo que estaban en contra —le dije a Rainer camino del cementerio.

—Pero ¿qué dices? Te apreciaban mucho.

—Contra mí no, contra nuestro matrimonio. La institución les inspiraba rechazo.

—¿Crees que se puede morir por ese motivo? En tu opinión, ¿no es más que un suicidio político?

Asentí.

—¡Iban chutados! ¡Chutados por completo! —gritó Rainer—. ¡Hasta las cejas de chocolate!

Pensé en cancelarlo todo. En hacer cruz y raya con nuestro futuro en común. No me atreví. Al enfundarme el vestido de novia, pensé que el blanco sería en adelante el color del luto para mí.

A veces me da por pensar que las cosas habrían sido distintas si mis suegros hubiesen seguido con vida. Me acuerdo de ellos a menudo. Sigo añorándolos. Emilia y Francesco, los padres de mi marido, eran buena gente. En ocasiones vislumbré un brillo en Rainer que no podía provenir sino de ellos. Una mina de ternura. Solo Hugo sabía dar lustre a aquella pepita. A poco que se le arrimara y pronunciara una palabra, le tendiera la mano o se le sentara incluso en el regazo acurrucándose contra su pecho, a Rainer se le transfiguraba el rostro. Verlos juntos al padre y al hijo, al oso y su osezno, era para mí el espectáculo más insufrible. No es cierto que desapareciera. Mentiría si dijera que me rechazaron. Fui yo quien se alejó por su voluntad. Puse una bomba en mi propia familia. Prendí fuego a mi casa. Desde luego que no llevaba razón, pero no creo que hubiera otra elección. «¿Es conveniente decir siempre la verdad?». Lo meditaré otro día. Por el momento me demoro en el escabroso tema de la legítima defensa.

Me condené a mí misma a seis años de destierro. El valor que he mostrado al enviar las cincuenta invitaciones tras ese tiempo de silencio y de aislamiento me tiene estupefacta. Recuerdo la particular emoción que sentí al copiar en los sobres esas direcciones, antaño tan familiares. Me dije: «Haremos borrón y cuenta nueva y retomaremos la relación donde la hemos dejado». Mi libreta. Mi biblia. Todavía me sabía algunos números de teléfono de memoria. El nombre de cada calle, a medida que lo copiaba, iba despertando en mí el recuerdo de cenas y fiestas.

Recordaba los olores y el ambiente del hogar de mis amigos. Aquellos hogares en los que todo estaba ordenado, y también los demás, auténticas leoneras. Nos encantaba la palabra «leonera». En aquella época me parecía que todo París era un dibujo a base de puntitos que había que unir. Podía saltar de una casa a otra. Las fachadas, anónimas a ojos de mis conciudadanos, encerraban para mí acogedores rincones, mesas en las que tomarse un café, sillones en los que sentarse a charlar. Yo memorizaba los códigos de

entrada, aquella colección de números vana y secreta que me permitía desafiar las infranqueables fronteras de una ciudad moderna bien vigilada. Adoraba a mis amigos. Me gustaba sentirme esperada, acogida, como en mi propia casa allá adonde fuera. No me sorprendió que las alianzas se diesen la vuelta con tanta rapidez. A mis amigos les gustaba una Myriam determinada, pero me había transformado.

La tía Emilienne ha terminado de comer. Se ha empeñado en pedir galletas de higo y se ha puesto perdido de migas el vestido de punto. Me acerco y me siento un rato con ella.

—¿Qué tal está tu marido? —me pregunta.

—Muy bien —le digo sin pensármelo dos veces.

—¿Y el chaval?

Se me hace un nudo en la garganta, pero aun así logro contestarle:

—Estupendo. Ya está hecho un jovencito.

—¿Le va bien con los estudios?

Asiento enérgicamente con la cabeza. Me he quedado sin voz. Rezo por que mis predicciones sean correctas. Imagino a Hugo, con un bolso en bandolera sobre el pecho, caminando a grandes trancos, la barbilla y la cabeza bien altas, ofreciéndole el rostro a la gélida caricia del viento. Nada de lo que le digo a mi tía tiene importancia. No tratará de cotejar mis palabras con las de algún miembro de la familia. No se le ocurriría preguntarse por qué hace tanto tiempo que no ha visto a mi marido —cuyo nombre apenas si recuerda— y cuando llegue a su casa habrá olvidado la mitad de lo que le he dicho. Disfruto de la tranquilidad que se siente al conversar con alguien cuyo cerebro no conoce la perspicacia de la racionalidad.

—¡Camarero! —llama a Ben a voces cuando este pasa junto a ella—. La cuenta, por favor.

—Déjalo —le digo—, invito yo.

—Qué maja eres —me suelta para halagarme—. Estaba rico. He comido la mar de bien —dice al mismo tiempo que se frota el estómago y añade—: Me he quedado llena.

La ayudo a ponerse el abrigo y la acompaño a la puerta de Mi Casa. Me quedo unos instantes parada junto al ventanal y la

observo mientras cruza la calle. Camina como un ganso, tambaleándose de un lado a otro a cada paso y luciendo con orgullo su enorme barriga como si de una quilla se tratase. Cuando llega a la acera de enfrente, se da la vuelta para lanzarme un beso volado. Noto la mano de Ben en el hombro.

—Tengo varios pedidos para esta noche —me anuncia—. Vamos a salir de apuros.

—¿Tú crees?

No se molesta en contestarme y regresa a la cocina para hacerse cargo de los últimos postres.

Simone y Hannah me esperan en su mesa. Han dejado ocho euros en el platillo de baquelita.

—¿Y bien? —me pregunta Simone—. ¿Lo ha meditado?

—¿Es conveniente decir siempre la verdad? —me recuerda su amiga.

—¿Y qué opináis vosotras? —les pregunto.

Se encogen de hombros.

—Alguna idea tendréis, digo yo —insisto.

—Yo he hablado con un repetidor —me explica Hannah—. Me ha dicho que el esquema clásico, el que siempre funciona es «Sí. No. Pero». Creo que me hago una idea clara de cómo empezar: Sí, hay que decir la verdad porque mentir está mal, porque si exiges del otro un poco de honradez, tú mismo has de ser sincero y todo la pesca. Luego pasamos al «no», que se aplica en aquellos casos en los que la verdad ofende; podemos imaginar determinadas situaciones en las que la verdad hace más daño que bien. Por ejemplo, si a alguien que está muy enfermo le dices que se va a morir, se deprime y se muere… Bueno, de todos modos habría muerto, pero si le dices la verdad, no haces sino acelerar aún más las cosas.

Asiento, pugnando por no sonreír.

—Muy bien —digo—, ¿y qué más?

—A partir de ahí nos cuesta —admite Simone—. Lo hemos intentado, pero no encontramos ningún «pero». Sí, se debe decir toda la verdad. No, no se debe decir toda la verdad. Pero… ¿qué? Eso nos tiene totalmente bloqueadas. No tenemos ni pajolera idea de lo que podemos poner después del «Pero».

Agito la mano distraídamente para despedir a los clientes asiduos, que se marchan entonando mi nombre: «Adiós, Myriam».

«Hasta luego, Myriam». «Hasta mañana, Myriam». Saben cómo me llamo, sin embargo no se lo he dicho a nadie. Ha de ser otro de los tejemanejes de Ben, que deposita los platos en las mesas murmurando: «Esta receta la ha inventado Myriam, ya me diréis qué os parece». O bien: «De postre, Myriam os aconseja el arroz con leche. Es ideal para este frío, protege de las anginas». Les cuenta a los clientes lo primero que se le pasa por la cabeza para que les caiga bien.

Simone y Hannah se impacientan.

—¡No nos va a salir nunca! —dicen llevándose las manos a la cabeza.

—¿Por qué no empezáis por preguntaros qué es la verdad? —les digo.

Se miran boquiabiertas.

—Yo no tengo ni idea —añado al punto—. Lo más seguro es que el repetidor esté en lo cierto, pero yo siempre he recelado de esa palabra. La verdad. Es como la belleza, ¿no os parece? Depende por completo del que mira.

Las chicas suspiran. Se sienten decepcionadas.

De repente se me enciende la bombilla.

—¿Y por qué no le preguntamos a Ben?

Me dirijo hacia la cafetera y propongo a Ben sustituirlo con los cafés y los pagos.

—Tú a cambio las ayudas con los deberes.

Cuando le anuncio el tema de la redacción se le ilumina la cara. Ya lo ha tratado. Se acuerda muy bien del esquema. Cita a dos autores fundamentales cuyo nombre me hace pensar en antiguos fracasos personales y me estremece de solo oírlo.

Con las rodillas cruzadas bajo la mesa de las chicas y sus alargadas manos a la altura de la cabeza para resultar más convincente, Ben argumenta. Ellas toman nota. Se emborronan varias páginas. Se encienden cigarrillos que se consumen en el cenicero. Oigo las palabras «objeto», «fenómeno», «enunciación», «influencia», «subjetividad», «objetividad». Ben hace malabarismos, como hizo el primer día con mis platos y mis copas. «Su madre ha de estar muy orgullosa de él», me digo. «Solo que está muerta», recuerdo. Seco unos platillos canturreando. Una sensación placentera crece suavemente en lo más hondo de mi pecho. Es

cierto que tengo el mejor camarero de París.

Los pedidos para la cena son extraños. Ben me los ha pasado cuando las chicas han salido corriendo con retraso, desgreñadas y emocionadas.

—¿Cómo que extraños? —pregunta cuando le comunico mi sorpresa—. Usted dijo que ofrecíamos servicio de comidas preparadas, ¿no?

Su voz destila cierta inquietud.

—Sí, eso dije.

—¿Hay algún problema?

Vuelvo a leer la lista: menú exótico para cuatro, bufé de tapas para ocho, ensalada gigante para dieciséis. Estudio los apellidos de los clientes: Laferte-Girardin, N'guyen, Elkaroui.

—¿Quién es esa gente? —pregunto. No reconozco ningún apellido—. ¿Cómo se han enterado? Y estas comidas ¿de dónde salen? Menú exótico, ¿qué quieres que les ponga, un corazón de palmito y germinados de soja?

Ben se mira los pies.

—¿Esa gente existe de verdad, Ben?

Aquí hay gato encerrado, huele a engaño. La dulzura de este muchacho es sospechosa. Lo mismo que su docilidad, su abnegación. Me ha explicado que quiere cambiar el mundo. Reconozco que hay mucha tela que cortar, pero temo que este proyecto a gran escala tenga por objeto ocultar otro de menor calibre. Detrás del Ideal, con esa I mayúscula henchida de orgullo y arrogancia, se esconde la oscura manía de la reparación. Conozco bien ese vicio. Si fuera psiquiatra, lo denominaría el complejo del albañil. El paciente no soporta que quede el más mínimo hueco entre dos ladrillos, tiene que amasar el mortero, paleta en mano, taponar los intersticios, reforzar, restaurar. También podríamos referirnos a dicho comportamiento como demencia mágica: el individuo, ante una situación difícil o conflictiva, agita la varita a

diestro y siniestro a fin de resolver los problemas y curar las heridas. Ben ha cargado durante tanto tiempo con el peso del hijo que prueba cualquier cosa para arrancar una sonrisa a sus padres, para satisfacerlos y sorprenderlos, que ha generado peligrosas reservas de imaginación. Quiere levantarme el ánimo, hacerme olvidar los disgustos del banco y las cartas conminatorias, le gustaría aliviarme el dolor de espalda y, ya puestos, colmar la larga arruga que tengo en la comisura de la boca.

Sé exactamente lo que está tramando. Se ha inventado a esos clientes. No hay nada más sencillo. Él es quien recibe y entrega los pedidos. No tendrá más que endosar los platos a los sin techo del barrio (Ben no es de los que tiran la comida a la basura) y pagar la cuenta con su dinero. No es rico, eso me ha dicho, pero yo no me lo trago. Lleva ropa bonita, limpia y nueva. No he olvidado lo que cuesta la elegancia. Ben se está sacrificando por mí. Es una clase de malversación de fondos a la inversa, un uso indebido de bienes privados.

Aguardo su confesión, pero él continúa mirando al suelo fijamente.

—Ben —le digo—. No necesito ayuda. Me las apaño muy bien solita. Tal vez esto no vaya tan deprisa como quisieras, pero estoy progresando, te lo aseguro.

Lo formulo con voz muy suave para no herirlo. Cojo la lista de pedidos y la rasgo. Ben me mira horrorizado.

—Pero ¿yo qué le voy a decir a esa gente?

—¿Qué gente, Ben?

—Ellos —dice señalando los pedacitos de papel.

Me asalta la duda.

—¿Los conoces?

—No —contesta.

—Entonces ¿de dónde salen?

—De la página.

—¿Qué página?

—La página web de Mi Casa.

—¿Tenemos página web? —pregunto, como si ese tipo de cosas saliesen así, espontáneamente, del mismo modo que las verrugas en las yemas de los dedos o las zarzas en un jardín.

Ben asiente. Ha puesto en marcha un sistema de pedidos a

distancia. Me explica que tenemos mucha suerte porque el nombre no se había registrado todavía. En su opinión, la página es aún bastante rudimentaria. Las imágenes se reducen a unas fotos que ha sacado con el móvil. No tiene un diseño muy cuidado, pero funciona. La prueba: ya hemos recibido tres pedidos pese a llevar solo veinticuatro horas en línea. Pego los trozos de la lista para recomponer los apellidos de nuestros clientes virtuales.

—¿Está enfadada? —pregunta Ben.

—¿Tú qué crees?

Nos echamos a reír. Lo felicito por esa iniciativa que nos propulsa por el camino de la fortuna y la modernidad.

—¿Cómo has hecho para establecer los menús?

—He estudiado lo que ofrece la competencia. La mayor parte del tiempo es demasiado especializado y demasiado caro. Son algo así como guetos. Están los italianos, los asiáticos, los americanos, los japoneses. Las cartas aparentan ser variadas y los postres son deprimentes. O bien cuestan un riñón. También he tomado otra decisión, pero más arriesgada.

Titubea, lo animo a que continúe hablando.

—No tengo el carnet de conducir —dice—, ni bici, ni moto, así que lo tenemos crudo para realizar la entrega a domicilio. Sobre todo porque voy a tener que echarle una mano en la cocina. Vamos, si usted quiere… Así que he explicado en la página web que éramos una empresa de restauración local y que la gente tendría que venir a buscar el pedido. He aprovechado dicha limitación para sacar a relucir el ahorro y…

Vuelve a dudar. Una vez más, lo animo a que prosiga, quiero conocer el desenlace de nuestra historia.

—… he hecho hincapié en el placer de conocer a nuestra chef, Myriam. He escrito cosas sobre usted que…

—¿Que no son ciertas?

—No, que son ciertas, que dan ganas de conocerla.

No me atrevo a pedirle que me cuente la de trolas que se ha inventado sobre mi asombrosa persona.

—Bueno y ¿qué tal?

—Pues parece que funciona, ¿no? —dice indicando la lista pegada con cinta adhesiva que tengo entre las manos.

—¿Qué tenemos que preparar?

—Un menú exótico, una ensalada gigante y varias tapas.

Trato de entender el concepto, pues así es como grandilocuentemente llaman al estilo de un restaurante hoy en día. Ben me hace partícipe de otra de sus apuestas. Según él, a la gente ya no le gusta escoger. Les han pedido demasiadas veces su opinión. Un hastío preocupante, porque se han convertido en la presa fácil de una dictadura larvada. Como ya no quieren tomar decisiones, nosotros las tomamos por ellos, somos el tirano bondadoso de la restauración, el sabio dictador del paladar. Ben ha creado un abanico de propuestas deliberadamente vagas que habré de interpretar. Nuestra carta consta de cuatro menús: exótico, tapas, ensaladas gigantes y tradicional.

—¿Estás seguro del tradicional?

—Nadie nos lo pedirá. Es un señuelo. La palabra «tradicional» debe aparecer en la carta, pero no es más que una palabra. Una palabra que reconforta.

Lápiz en ristre, me siento a una de las mesas mientras Ben ordena el comedor. En mi mente establezco cruces entre valor gustativo, rapidez de preparación y rentabilidad. Confío una vez más en el automatismo de mis gestos. Tengo que buscar en lo más profundo de mí misma, no en la cocina que he aprendido, sino en la que me han inculcado, lo que supe hacer antes de aprender el abecedario, los platos que sabría preparar a oscuras, esos sabores lejanos, más valiosos que un ajuar de novia. Hago una lista con los platos de mi bagaje culinario: caviar de berenjenas, ensalada de pimientos, pescado picante, empanadillas de queso, ensalada de patatas con guindilla, taramasolata, alcachofas con naranja, habas con comino, saquitos de atún y alcaparras, triángulos de masa filo rellenos de carne, huevo y cilantro… Establezco cruces, desvíos, asociaciones, encuentros improbables. El exotismo se extenderá desde Oriente hasta Asia Menor. Mis batallones se organizan, infantería de verduras, caballería de alimentos crujientes. Paso revista a mis municiones entre los flancos de la estantería de las especias, la cúrcuma y el ras-al-hanut en posición de firmes, metidos en su cartucho de cristal. Orégano, salvia, semillas de adormidera, arañuela, bayas rojas, bayas negras. Me harán falta montañas de ajo, de piñones, de aceitunas, de limones en conserva…

De pronto interrumpo mi búsqueda, como si me hubiera tropezado con ese ingrediente que siempre falta.

—Tengo que llamar a Ali Slimane —digo levantándome de un brinco de la silla.

—No tenemos tiempo —objeta Ben, que ya está picando las hierbas necesarias para realizar las recetas.

Hago caso omiso. Me siento en el suelo por detrás de la barra, a resguardo de las miradas y del bullicio de la calle. Ben se pone nervioso, camina de un lado para otro, abre el frigorífico, lo vuelve a cerrar. ¿Qué sería capaz de hacer por sí solo? ¿Sabe montar un menú exótico para cuatro? ¿Tiene idea de lo que se utiliza en una ensalada gigante tras haber tomado la sensata decisión de renunciar al arroz, al atún y al maíz? No deja de mirarme, de interrogarme con la mirada, suplicándome que vuelva a mi puesto, que no eche a pique su grandioso proyecto de expansión tan pronto.

La señal suena en mi oído, un cable me conecta a Ali.

«Buenos días, soy Myriam.»

«Buenos días.»

«¿Se acuerda de mí?»

«Sí.»

«¿Qué tal está?»

«Bien.»

«¿Le molesto?»

«No.»

Tengo la impresión de dirigirme a la Esfinge. Sus respuestas son cóncavas, abren la puerta a los enigmas en lugar de cerrársela a la duda. Me alegra oír su voz. Lo imagino en su casa: la cima de la colina, un muro de piedras invadido de ruinas de Roma, cristales cubiertos de escarcha, terrones de barro en el limpiabarros de acero.

«He abierto un restaurante.»

«Eso está bien.»

«Necesito su ayuda.»

Se queda callado. Durante su silencio, enumero para mis adentros todo cuanto conozco de él: su boca oscura, la certeza de que nunca me hará llorar, los pantalones de tela beis claro, la

melancolía de su mirada, los delgados cigarrillos que liaba entre sus elegantes dedos.

«Iré a verla», me promete.

Le doy mi dirección. Le pregunto cuándo cree que podrá pasar, si necesita que le envíe una hoja de pedidos. ¿Tiene fax? No contesta a ninguna de mis preguntas. Me dice que se alegra de oírme, que le parece percibir algo distinto en mí.

Cuelgo. Dejo pasar unos segundos antes de levantarme. Me noto las piernas débiles, por lo que me veo obligada a asirme al borde de la barra para incorporarme. Me acerco al tajo tambaleándome. Siento deseos de acostarme, de dejarme caer, de esperar.

Ben tiene los dientes apretados, está exasperado a causa del tiempo que estoy perdiendo. Teme que su iniciativa se vea amenazada por la pereza que me ha entrado súbitamente. Me quedo mirando la verde pirámide de hierbas picadas y entremezcladas, un colchón más mullido que un edredón de plumas, una montañita de placeres sutiles, y doy suaves toquecitos en la cima.

—¿Y ahora qué? —pregunta Ben, cuchillo en mano.

No me resisto al placer de torturarlo.

—Ahora —le contesto—, nos fumamos un cigarrito como en los viejos tiempos.

—¿Como en los viejos tiempos? —repite consternado.

—Exacto —le digo apoyándome en el respaldo del banco, con los pies encima de un taburete—. Los viejos tiempos, cuando tenía veinte años y tú todavía no habías nacido.

Tal vez haya dicho una palabra de más. Helo ahí castigado, sentado bajo la repisa de los libros. Está de morros. A los jóvenes no les gusta que les echen en cara su juventud. A los viejos no les gusta que les recuerden su avanzada edad. A nadie le apetece verse como una mosca aplastada en la línea del tiempo. Me arrepiento de mis palabras, si bien pese a todo consigo paladear la embriaguez del cigarrillo prohibido. Nos miramos y, de repente, como si se tratase de una iluminación, comprendo que le gustan los hombres. No sabría decir exactamente qué efecto me produce. Me siento excluida. También intrigada. Pero no tenemos tiempo para hablar de ese descubrimiento. Debemos meternos en faena.

Me yergo bruscamente, aplasto el cigarrillo en el fregadero y me lavo las manos hasta los codos. Tengo la sensación de ser un

cirujano en el quirófano escoltado por su enfermera. El cirujano dice «pinzas», la enfermera anuncia «pinzas» y le alcanza el instrumento a su jefe. Es muy importante que esta repita la palabra que él acaba de pronunciar, ya que puede —cosa bastante inusual— incurrir en un error. Se equivoca de palabra. Dice «pinzas» cuando lo que necesita es el escalpelo. La enfermera dice «pinzas» tendiéndole las pinzas y, entonces, en lugar de cortar el abdomen del paciente con unas pinzas —lo cual ha de ser extremadamente arduo—, oye su error en voz de su ayudante y lo corrige a tiempo: «No, escalpelo». «Escalpelo», dice la enfermera pasándole el instrumento requerido. En la cocina, al igual que en la cirugía, no nos está permitido cometer ningún lapsus. Yo digo «sal» y Ben repite la palabra tendiéndome el objeto. Yo digo «mantequilla», él dice «mantequilla». Yo digo «pimientos», él dice «pimientos». Yo digo «seis huevos», él dice «seis huevos». Lo ha comprendido sin necesidad de explicárselo. Se ha percatado de la urgencia por mi voz y mis gestos. Lo anticipa todo, pasa la bayeta con frecuencia, tira las mondas a la basura conforme se van acumulando, enciende los fogones, precalienta el horno. Nuestros brazos se cruzan, nuestras voces se superponen, me coloca un mechón en su sitio, sabe cuánto me molesta tener el pelo delante de los ojos mientras trabajo. Resbalo con una piel de tomate, él me agarra. Le paso los cuchillos para que los enjuague. Me suministra las cucharas y las espátulas. Cambia los trapos húmedos por unos limpios, pasa la lechuga bajo el chorro del grifo. Le enseño a hacer dados de tomate y tiras de calabacín. Dice: «¡Guau, genial!», y me imita. Sus dotes culinarias equiparan sus dotes como camarero. Es hábil, paciente, minucioso, centrado y rápido. Comprende y percibe el equilibrio entre el limón y la sal, entre lo dulce y lo picante. Tiene mucha intuición para la cocina y, a medida que le transmito cuanto sé, noto cómo se me aligera el corazón. El peso del conocimiento me abandona, no pienso en nada. Gano en rapidez, lo cual me hace sonreír. Es casi un número de circo. Me encuentro con las manos en la harina sin haber pensado «viértela en la ensaladera, corta la mantequilla, mezcla, amasa». Al igual que San Dionisio, me muevo cabeza en mano, sin sufrir porque me hayan decapitado, alegrándome de ello.

Las tapas nos han quedado divinas: montaditos de pan de

especias con queso de cabra y pera asada, higadillos al oporto sobre una rodaja de patata y confitura de cebolla, y rollitos de achicoria roja con miel y abadejo ahumado. Ben ha ido a la pastelería a por unas cajas en las que guardar nuestros tesoros. El menú exótico se compone de taramasolata, rollito de atún con alcaparras, ensalada de pimientos al ajillo y caviar de berenjenas. No es muy exótico que digamos para un habitante de los Balcanes, pero sin duda lo es para un vietnamita o un bretón. La ensalada gigante es realmente gigante; es una comida completa, desde el primer plato hasta el postre, y sin embargo no contiene un solo grano de arroz o de maíz de lata, sino copos, toda suerte de copos, copos de verdura, de queso, de fruta, que se mezclan sin aplastarse y conviven sin perjudicarse. A las siete estamos listos, nuestros pedidos esperan en un lugar fresco o caliente, y el menú para la cena, que gira en torno a las setas silvestres, el pescado ahumado y los arándanos, está a punto. Tenemos las mejillas enrojecidas, las manos cansadas y una sonrisa de imbéciles satisfechos en los labios. Para celebrar nuestra primera noche de actividad mixta, abro una botella de champán que vaciamos alegremente en el transcurso de la velada. Nuestros clientes internautas son encantadores y sorprendentemente locuaces. Mientras guardo el pedido en unas bolsas, se sienten obligados a darme conversación. Es evidente que tratan de lucirse, de agradar. Me pregunto qué ha escrito Ben sobre mí en la página web. Mientras los acompaña hasta la salida, les explica que nos gustaría recibir sus comentarios, que vamos a organizar un foro de catadores y que publicaremos sus observaciones en la página web. Los comensales se inmiscuyen en la conversación, quieren saber quiénes son esos invasores que se marchan con los brazos cargados de cajas. Ben pasa entre ellos distribuyendo unos prospectos que no sé cómo ni cuándo ha hecho. Se trata de unos elegantes marcapáginas de cartulina de color malva en los que puede leerse el nombre del restaurante y la dirección de nuestra página web. Un subtítulo en letras más pequeñas reza «restauración escogida». Creo que es la frase más sibilina y explícita que he leído nunca.

Hago la caja mientras Ben termina de recoger. Son las once y cuarenta y cinco de la noche. Nos acostamos cada vez más tarde. Me pregunto cómo vamos a aguantar a este ritmo. Ben me sirve un coñac. Estoy piripi. El también. Brindamos mirándonos a los ojos,

enlazamos nuestros codos y bebemos por nuestra salud, nuestra prosperidad, nuestro éxito y nuestros futuros millones de dólares. Le pregunto cómo vamos a apañárnoslas con su absurda idea. Internet nos queda demasiado grande. Nunca podremos satisfacer la demanda. No era lo que tenía previsto. Yo había pensado en reciclar, reutilizar los restos y declararle la guerra al despilfarro. Lo trato de capitalista. Me trata de vieja *hippie*, le digo que se le nota que está haciendo Empresariales, él me dice que se nota que yo lo que hacía eran pellas. Después se defiende más en serio y me explica con paciencia que para dar hay que tener medios suficientes; que en primer lugar es conveniente expandirse para luego poder repartir, que el Edén es sinónimo de abundancia y no de ir trampeando. No entiendo cómo un chaval de la calle me puede dar lecciones sobre gestión y cómo vivir en sociedad, a mí, que me he educado en una familia acomodada; a mí, que he crecido para fundar asimismo una familia acomodada. ¿Quién es Ben? De pronto me resulta insoportable conocerlo tan poco. Tengo cientos de preguntas que hacerle, sobre su infancia, sobre sus padres, pero la pregunta que finalmente me brota de los labios no es la que yo preveía.

—¿Cómo es hacer el amor con un hombre? —le pregunto.

Ben me mira de hito en hito, con los ojos como platos.

—¿Cómo dice? —suelta.

Repito la pregunta, corro de todos modos el riesgo de parecer estúpida e indiscreta, así que más vale terminar lo que he empezado:

—¿Cómo es hacer el amor con un hombre?

—Eso habría que preguntárselo a usted —replica.

Me sirvo otro coñac. Siento que la conversación se me está yendo de las manos, que dejaría encantada que se me fuese de las manos. Me doy importancia. Me las doy de saberlo todo sobre él. Pero por lo visto mi hipótesis no es correcta. Lo miro. Las mejillas tersas, la boca minuciosamente perfilada, los orificios nasales, inteligentes, no estrechos, oscuros o repulsivos, las largas pestañas que se agitan lentamente por encima de los ojos, algo separados y ligeramente caídos. Me parece que está hecho para el amor. El cuerpo delgado y un poco rígido, rápido y circunspecto. Las manos de palma alargada y dedos cortos, manos cuya fuerza sorprende.

Ben me explica, sin que yo tenga que hacerle más preguntas o asumir la responsabilidad de la investigación, que sencillamente no tiene vida amorosa.

—¿Pero sexual sí? —le pregunto, con una voz que trasluce una esperanza tonta.

—No —contesta sin tristeza ni alegría.

—¿Como un cura entonces? ¿Como una monja?

—No precisamente —dice al cabo de un rato—. Para mí no se trata de una limitación ni de una obligación. No es un sacrificio.

Vacila unos instantes.

—Tampoco es por falta de gusto —añade—. Es así.

—¿Entonces es como una malformación?

He bebido demasiado. Digo lo primero que se me ocurre, procaz y agresiva. Pero él suelta una carcajada. Se desternilla doblado en dos. «Las suaves maneras de Ben», me digo, «son una forma de magia». Se calma y, muy pedagogo, retoma su charla.

—Soy normal. En mi vida no hay sexo, del mismo modo que en la de otros no hay literatura o música. Esa gente también vive, como nosotros, solo que aprecian otras cosas, tienen otros placeres. No echan en falta nada porque para ellos eso no existe.

Experimento un inmenso alivio, como el que se siente tras realizar un esfuerzo ininterrumpido a un tempo inhumano, y pienso: «La verdadera libertad consiste en no sentir deseo alguno en este mundo tan adverso y hostil. Se acabaron las expectativas, las traiciones, los corazones mancillados, los cuerpos culpables. Se terminaron el tormento y las horas malgastadas en inventar estrategias lamentables. Un mundo interior incoloro e indoloro. El yo como un cristal, nunca más como un espejo».

—Pero eso —prosigue Ben, interrumpiendo mis cavilaciones— no quiere decir que no sepa amar, profesar otro tipo de amor.

Entonces se levanta y se acerca a mí. Me levanto a mi vez. Me toma en sus brazos y me aprieta contra su cuerpo, que me saca un buen palmo por todos lados, plano, desplegado como un mapa del Estado Mayor.

—A usted por ejemplo, la quiero mucho. Mucho. Mucho —me dice en la nuca.

Su cuerpo permanece en silencio, mientras que el mío grita. Entre mis piernas se despliega un cartel que reza en letras

gigantescas y trémulas: Cómeme. Lo aparto y me disculpo.

—He bebido demasiado, en serio.

Me acaricia amablemente la cabeza, lo cual me hace pensar en el amor de los animales. El que siente el animal por su amo. El amo por su animal. ¿Cómo hago para refrenar mi cuerpo? Tengo que pensar: «Ben es mi gato, Ben es un antílope». ¿Por qué no consigo detener este manantial que brota en mí? Debería acariciar la cabeza de Ben como si fuese la de un labrador. No somos de la misma especie, eso es todo. Cuánto me gustaría pertenecer a la suya… Toda esa energía al servicio del trabajo y la imaginación. Ahora entiendo por qué los grandes místicos llevan una vida de abstinencia. Solo que Ben va más allá, él no se priva del deseo, sino que lo ignora. Es así como encuentra tiempo para cursar estudios, trabajar como camarero, crear una página web y ocuparse de una chalada como yo. Nada le estorba. Avanza veloz, sin un gramo de lastre. Sin desvíos, sin aflojar la marcha, directo hacia su objetivo. Pero ¿cuál es ese objetivo? ¿Cómo vivir sin la perspectiva de enamorarte algún día? ¿Cómo hacer para que la mirada no se aparte del horizonte? ¡Qué miedo le tendría a la muerte si me viese obligada a correr hacia el final sin distracción alguna, sin el tremendo obstáculo de la pasión! ¿A qué aferrarse? Pienso en el puente colgante tendido en medio del vacío, la desmesurada obra de arte que solo el amor puede construir y que nos conduce a la eternidad. ¿Cómo logra Ben salvar los ínfimos y vertiginosos abismos de la vida cotidiana?

—No te vas a quedar así siempre —le digo—. Ya cambiarás.

Me gustaría ponerle *Norwegian Wood*.

—No —dice cabeceando—. No lo creo. No voy a cambiar. Y no quiero cambiar. No soy el único. Hay otros como yo. Muchos jóvenes. Siempre los ha habido, solo que antes eso se veía menos. Antes no se hablaba de ello, pero es que antes no se hablaba de nada. La proporción de vírgenes en una población adulta es constante. ¿A qué lo atribuye usted? ¿A la timidez? Bueno, es cierto que entran en cuenta los minusválidos, los locos, los enfermos y también nosotros.

Cómo odio ese «nosotros». Hatajo de nihilistas.

—¿Y cómo iría el mundo si toda la gente fuera como vosotros? —pregunto.

—No le pedimos a nadie que sea como nosotros. Si, por el contrario —dice—, todo el mundo fuese como usted, el planeta estaría aún más superpoblado. Todos tendríamos cinco bebés en los brazos.

—El amor y los bebés no son lo mismo —replico.

—Son lo mismo —afirma Ben—. No pienso reproducirme.

La noche avanza y las sombras crecen, tornándose amenazantes debido al alcohol. Veo a todos esos jóvenes abatirse sobre nosotros en apretadas filas, codo con codo. Me atemoriza su unión, pues no existen celos ni deseo capaces de resquebrajarla. Dedican todo su tiempo a estudiar, toda su energía a conquistar el poder mientras nosotros, pobres viejos, bregamos agotados por nuestra lubricidad.

—Lárgate —le digo.

—Me largaré mañana —anuncia sonriendo—. Se me ha escapado el último metro, hace frío y no tengo dinero para coger un taxi.

Saco un billete de la caja registradora y se lo alargo.

—Toma, aquí tienes el dinero. De todos modos me lo vas a quitar todo.

—Sí, ya… —dice sin perder la sonrisa—. Acuéstese, Myriam. Voy a quedarme aquí. Ha sido una noche ajetreada y no quiero dejarla sola.

Extrae el saco de dormir de debajo del banco. Conoce todos mis secretos. Me acuesta, me arropa, me acaricia la mano con dulzura y me dice que todo va bien. Instantes antes de quedarme dormida lo veo, iluminado por una lámpara minúscula que proyecta sobre la pared una sombra de gorila; saca un ordenador portátil de su morral, lo enchufa e instala algo trasteando con los cables y las teclas. Sueño con que sueño que entro en los jardines de un palacio. Es un sueño circular; tan pronto como atravieso la rosaleda, despierto del sueño dentro de mi sueño y todo vuelve a empezar.

Abro los ojos en mitad de la noche. Me siento completamente lúcida. En la pantalla del ordenador, unos peces nadan indiferentes por aguas oscuras. Ben se ha quedado dormido con la cabeza apoyada en la mesa y los brazos cruzados delante de la frente. Estudio los ángulos, las líneas quebradas que lo perfilan y lo encajan bajo el tablero de madera, con las piernas de cualquier manera entre las patas de la silla. Solo el incesante ir y venir de los

peces de colores claros me permite distinguir su figura. El resto del tiempo, cuando el que se pasea es un tiburón gris, una barracuda azul añil o una morena marrón, lo único que aprecio a pocos pasos de mí es un bulto oscuro. Estoy preocupada. Rememoro nuestra conversación. A diferencia de Ben, no creo que los miembros de su tribu hayan existido siempre. Por el contrario, esos jóvenes me parecen el producto derivado más logrado de nuestra civilización. Pertenecen a la generación de la indignación. ¿Cómo convencerlos de que se han equivocado de camino? La emancipación resulta tentadora; ya no hay trampas ni ataduras, no es necesario preocuparse por la fidelidad, la lealtad o el territorio. No sé cómo indicarle la trampa, aún más peligrosa, en la que está cayendo. No somos tan vulnerables como cuando creemos rebelarnos. Rechazar el sistema nunca ha servido más que para engrasarlo. ¿Cómo explicárselo? Apenas acierto a pensarlo. Lo único que sé es que el deseo sigue siendo la única fuerza realmente subversiva. Cuando el opresor se pone la fría máscara de la lógica económica, es más importante que nunca proteger y mantener la cisterna del caos, el maravilloso depósito de la veleidad. Mientras Ben duerme, le recito los méritos de la insurrección de los cuerpos.

Me entran ganas de mandarlo todo a paseo, sus brillantes ideas de publicitario chiflado, sus métodos de príncipe del marketing, su plan de negocios de estudiante arribista. Si lo que le divierte es hacer negocio, que se vaya con la música a otra parte. En mi casa no se hace fortuna. En mi casa se come bien por un módico precio. Mis clientes se deleitan con la comida y cada vez que lo hacen me digo: «Ya está, he hecho feliz a alguien, sin dolor, sin riesgo de adicción, sin la infernal espiral del siempre más».

Pienso en el centro de la saciedad. Por lo visto algunas personas carecen de él. Pero son las que menos. Que yo sepa, no existe un centro equivalente para el apetito sexual. Nunca nos sentimos saciados. Es una hoguera que hay que alimentar de continuo. Adicción, adicción, adicción. Y, sin embargo, en un restaurante somos capaces de decir: «No gracias, no puedo más».

¿Acaso es posible pensar en algo sin pensar al instante en lo contrario? Los temas de filosofía de Simone y Hannah me espeluznan. No quiero ser como Ben, pero no quiero ser como soy. Una persona peligrosa y poco fiable. Escribo en mi mente una carta

de despido dirigida a Ben:

> Dadas las divergencias metodológicas y el desacuerdo ideológico, con el fin de protegerlo de usted mismo y de sus ilusiones, me veo obligada a poner fin a nuestra colaboración que, créame, me aporta mucho.

La releo. Me gusta la serenidad del estilo epistolar; la cólera, que ya no se yergue, sino que se recuesta; esa mezcla de delicadeza y perfidia que uno puede deslizar en él. Si una carta de ruptura de tres páginas en las que se entremezclan reproches, recriminaciones e incluso agravios, concluye diciendo algo como «pero, en lo más profundo de mí, sé que nunca querré a nadie como te he querido a ti», entonces sigue siendo una carta de amor. Me vuelven loca las cartas tímidas y sobrias que revelan los sentimientos de su autor gracias a una palabra que, él o ella, no ha podido reprimir y que echa a volar cual alocada mariposa para posarse —conoce el camino exacto— en la comisura de los labios del lector, en una temblorosa sonrisa que se estremece ante el presentimiento de un amor secreto y, sin embargo, confesado.

Ya me siento apaciguada. La última gota de coñac se ha disuelto en mi sangre. Estoy resentida con Ben por no desearme. Es humano, como suele decirse cuando uno no se atreve a decir «es estúpido». Hace seis años que un hombre no me estrecha en sus brazos. Pero ¿realmente se trataba de un hombre la última vez? Seis años vacíos.

Salvo una noche, tal vez. Pero no pasó nada. Un cielo negro, tachonado de estrellas. Demasiadas estrellas, pensé. Las había por todas partes, por encima de la carpa, grandes y diminutas, cúmulos estelares, estrellas fugaces. Hacía calor. Las hojas de los árboles se movían lentamente como párpados de bailadoras. La tierra y los muros exhalaban un olor a día disgustado, a día que ha pasado pero permanece, persiste en la noche. «No me matarán», dice el día. No hay forma de conciliar el sueño. Basta con inspirar ese aire grávido de añoranza por el sol para que decidamos pasar la noche en vela. No duermo. Ya no duermo. Esta noche estoy loca.

Éloi había salido porque había oído tirar de la cuerda a la cabra. Era el creador de un número que llevaba por título «La ruleta de la muerte», pero también solía ocuparse mucho de los animales. Temió

que el animal tratase de escapar. Una cabra en París. Una cabra subiendo por Montmartre. Yo estaba fuera, aspirando la mezcla de fragancias. Contemplamos juntos las pupilas rectangulares de Martina, la cabra, que imploraba una caricia. Nos entró la risa y permanecimos de pie uno al lado del otro, en medio de aquel aire demencial. Nuestras manos soñaron con tocarse cientos, miles de veces. Seguimos inmóviles, con los pulmones henchidos del mismo aroma tentador. El aroma de la noche estival, que envuelve los cuerpos desnudos con su sirope abrasador. Luego hay que lamerse hasta el amanecer. Yo nos imaginaba uno encima del otro, revoleándonos sobre los cardos y aplastando la cebolleta un poco más allá: amoríos con olor a cebolla. Mis caderas se morían de ganas por salir de mi cuerpo, la presión era increíble, una embestida… ¡Uff!, Eloi ya había desaparecido. Eloi, a quien su mujer —mucho más joven y bonita que yo— aguardaba en su caravana, había vuelto a casa.

No creo que pueda volver a quedarme dormida. Cojo un libro de la repisa. Un epistolario, otro más, y leo:

Así pues, compramos el toro, y a mi madre le dio por bautizarlo con el nombre de Banjo, ignoro el porqué. Siempre he pensado que si hubiese tenido un perro, lo habría llamado Azor, sin el menor atisbo de ironía. Yo también le habría puesto Azor a mi perro, pero con ironía. Me diréis que nadie habría visto diferencia alguna.

Releo este pasaje de una carta que Flannery O'Connor le escribió a su amiga «A» el 9 de agosto de 1957 y pienso en ese extraordinario regalo al alcance de mi mano, en el consuelo inmediato que procura la mente frente a cualquier pena.

Por debajo de la persiana de hierro se cuela el viento matinal.

«Buenos días», me digo a mí misma.

Cuando Vincent pasa a tomarse su café varios días después (ha tenido que ausentarse una semana para asistir a un salón de ornamentación floral que tenía lugar en Colonia), no puedo por menos de decirle:

—El chico durmió aquí la otra noche.

—¿Qué chico? —me pregunta como si no supiese.

—Ben. Ben se quedó a dormir.

De repente recuerdo que Vincent no sabe que Mi Casa es también mi casa, lo cual atenúa de manera considerable la impresión que le provoca la noticia. No obstante, no pienso desperdiciar esta oportunidad para presumir. Nuestros últimos éxitos financieros me dan alas. Los pedidos de comidas para llevar se multiplican, hacemos dos servicios por la noche y a veces hasta tres a mediodía. La diversidad funciona: los niños de educación infantil se comen las albóndigas y el puré sentados en el mismo banco que los empleados del banco, y los estudiantes universitarios comparten la panera con los pintores de la obra de al lado. Ben se burla de mí. Me llama «la exaltada». Yo asiento y aguzo el oído, al acecho de la amenaza, de la catástrofe que acabará sepultando nuestro anexo del paraíso. No oigo nada. No sé por dónde puede aparecer el enemigo. Los pronósticos de Ben —dispone de un programa de contabilidad muy eficaz— auguran que pronto saldremos a flote. «Todo lo que sube termina por bajar», me digo, «cuando el éxito nos sobrevenga tendremos que caer». Quizá sea a causa de la visita de un inspector de Sanidad. Este encontrará mis medias hechas un gurruño junto a los paños de cocina, el agua de colonia en la estantería de las especias. Indagará y me condenará a pagar una multa impagable. Pero todavía no hemos llegado a tal situación. Estamos a punto de revelarle algo a nuestro amigo Vincent.

—Yo también dormí aquí —le digo con expresión picara.

—¿Cómo?

La pregunta de Vincent refleja más exasperación que curiosidad.

—Vivo aquí, sabes —musito para no tener que compartir esa confidencia con los demás clientes.

—¿Pero qué dices?

—Vivo en mi restaurante. Al principio no te lo dije porque no nos conocíamos y no sabía cómo te lo tomarías…

—Pues me lo tomo fatal —me corta—. Me parece grotesco, degradante, infantil. Pero no es cierto —dice de repente sonriente, recobrando la compostura—. Te estás quedando conmigo. ¿Cómo podrías vivir en este…?

—Tengo todo lo que necesito —le digo—. Cama, aseo, cocina,

lavabo. Lo que no tengo es dinero suficiente para pagarme un alquiler.

—Y ¿lo que ganaste con la venta del salón de té de Les Invalides?

Me alegra comprobar que no ha olvidado nada de las sandeces que le he contado.

—Nunca he tenido ningún salón de té. Te mentí. Temía decepcionarte.

—Pues ahora sí que me decepcionas —contesta.

—Hablas como en una telenovela —le digo.

Se encierra en sí mismo. Lo he ofendido.

—No te enfades, Vincent. Fuiste el primero en ayudarme. Todo lo que he hecho aquí te lo debo a ti.

—Pero al que invitas a dormir es a Ben —masculla.

Se ha ganado su beso. Me abalanzo sobre la mesa y, lentamente, le doy un beso como se besa cuando no se ha besado a nadie en seis años, con delicia, curiosidad y paciencia.

Los clientes no han visto nada. El perchero nos tapaba.

Tiemblo.

Vincent también tiembla. Se saca del bolsillo un blíster de pastillas de anís y, con gran esfuerzo, extrae una del alveolo de aluminio correspondiente y la chupa nervioso.

«¿Qué voy a hacer contigo?», me pregunto al descubrirlo dudando del olor de su aliento.

Le estampo un beso en la frente y vuelvo a la cocina, despreocupada y valiente.

Estos últimos días me siento poseída por la embriaguez de la cúspide. Contemplo mi obra.

—Todo es posible —le digo a Ben, que está sentado de espaldas, frente al ordenador, apuntando los pedidos de comidas preparadas para esta noche—. Sí que podemos cambiar el mundo —añado con la esperanza de que preste atención a lo que le estoy diciendo.

Pero no. Está concentrado. Está conectado. No puede enderezar el cuello siquiera un poco ni volver la cabeza hacia mí. No me molesta. A estas alturas he alcanzado tal grado de satisfacción que soy inmune a las contrariedades. Siento esa mezcla de excitación y tristeza que produce un sueño al realizarse. Conozco el orgulloso cansancio del superhéroe. Mi Casa está siempre hasta los topes.

Estamos molidos, pero los clientes nos aprecian. Mi restaurante se ha convertido en un punto de encuentro, un remanso, el refugio vespertino de los enamorados, el restaurante secreto de los sibaritas nocturnos, la tribuna de los parlanchines matinales, el nido fugaz de los padres solteros. Hemos creado incluso un pequeño autoservicio para los párvulos, porque les encanta servirse solos. Les hemos reservado una zona del comedor. Ben ha recortado una ventana en la barra, a un metro del suelo, por la que les va pasando bandejas llenas de hortalizas crudas, un plato tibio que se come con los dedos y una compota. En un primer momento pensamos que no era una buena idea porque los niños de cuatro años querían llevar la comida hasta su sitio sin ayuda. Caminan tan despacio y les cuesta tanto mantenerse sobre sus piernecitas… Pero a fin de cuentas no ha habido ninguna dificultad. En mi casa nunca hay dificultades. Los adultos que los rodean cubren maquinalmente las amenazadoras esquinas de la mesa cuando las cabecitas frágiles y vulnerables se acercan, los brazos se tienden para evitar cualquier caída, y sobre todo, los pequeños progresan. Mi «zona infantil» está empezando a parecerse a una escuela de hostelería.

Al principio Ben temía que la cohabitación de las diferentes generaciones no cuajase. Le preocupaba que el humo de los cigarrillos hiciese toser a los renacuajos y que el griterío de estos molestase a los más mayores. Pero no es así. La ligera diferencia de horarios (los polluelos almuerzan a eso de las doce, y los mayores, una hora después) hace que sea posible compartir nuestro espacio común. «Además, ¿qué puede pasar?», le había dicho a Ben. «En el peor de los casos los que no estén contentos no volverán». Por el momento no hemos registrado ningún descontento. La gente regresa. Ya no tenemos ni día ni hora de cierre. Alrededor de las once de la noche, los clientes dejan de entrar por sí solos. Nos evitan las molestias. Piensan en el café de la mañana siguiente.

En un momento dado, creí que apartaba a Ben de sus estudios y me sentí culpable, pero terminó por confesarme que le habían concedido un período prolongado para realizar prácticas laborales. Firmé el convenio de prácticas.

—¿Qué vas a decir cuando vuelvas a la facultad? —le pregunté —. ¿Qué diantres vas a poner en el informe final de las prácticas?

Ben se quedó pensativo unos instantes.

—Escribiré que me lo he pasado muy bien.

—¿De verdad es lo que piensas?

—Es parte de lo que pienso. El resto ocupará unas trescientas cincuenta páginas que no le estará permitido leer.

No me indigna lo más mínimo tanto secretito. A Ben se lo acepto todo, porque él me lo acepta todo. Es una cuestión de tolerancia mutua.

Recuerdo que en clase de Historia, cuando tenía trece o catorce años, fantaseaba con los falansterios. Había varios tipos, aquellos en los que se llevaban prendas atadas a la espalda a fin de depender de la buena voluntad del prójimo; aquellos que estaban inspirados en los monasterios, y aquellos que ante todo pretendían alcanzar una mejor rentabilidad económica. Fuera cual fuese la fórmula, me parecían alegres y me habría gustado vivir en ellos. Nuestro profesor nos había repartido una ficha en la que se enumeraban las principales utopías sociales con el nombre del precursor, la fecha y el lugar en el que habían sido creadas e, invariablemente, al final del renglón, la palabra «fracaso» seguida de otra fecha. ¿Cómo es posible que hubiesen fracasado? Estaba desconsolada. Cuando se lo pregunté al señor Verdier, este no estimó necesario contestarme. «No nos vamos a eternizar con ese tema», declaró. «No es más que un avatar, un ejemplo del pensamiento innovador propio del siglo XIX».

«El pensamiento innovador propio del siglo XIX», me repetí tras la clase, de vuelta a casa, «pero ¿qué hemos hecho con él?». Busqué a Fourier en la enciclopedia y encontré una entrada sobre su obra y los debates que esta había suscitado. Con el entrecejo fruncido, recorrí las estrechas columnas, escritas en letras minúsculas que chocaban unas con otras ante mis desacostumbrados ojos, sin entender ni jota, decepcionada por la falta de agilidad de mi mente y consternada por mi escasa capacidad de concentración. Aun así, conservo la visión de la humanidad que se desarrollaba en ellas. Según aquel hijo de comerciante, nacido en Besamjon en 1772 y autor de la *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*, publicada en 1808 —entre los treinta y tres libros de mi repisa se encuentra, es un milagro y un secreto, la edición original de esa obra. Es la razón por la que hoy soy capaz de hacer alarde de un saber que mi memoria, incluso con algún tipo de apoyo o dopada

con fósforo, no hubiera podido rememorar—; según Charles Fourier, decíamos, nos encontrábamos en el quinto estadio de nuestra historia. Después de haber conocido el Edén, el Salvajismo, el Patriarcado y la Barbarie (esto es, principio del capitalismo), habíamos llegado a la época de la Civilización, que precedía muy de cerca a la de la aconsejable Armonía. Esta última etapa, que el auge de los falansterios propiciaría, debía durar treinta y cinco mil años. Los humanos vivirían ciento cuarenta y cuatro años y les saldría un quinto miembro que les permitiría soportar el clima, que, por lo demás, sería templado. Ese optimismo generalizado me enardecía. «¡Por fin!», me decía. «Por fin alguien que piensa como yo. Alguien que considera que nos encaminamos hacia algo mejor».

Ahora me pregunto qué era lo que me atraía tanto de ese sistema denigrado por muchos como un embrión del totalitarismo. Creo que lo que enseguida llamó mi atención fue la oportunidad sin precedentes que ofrecía para librarse de las ataduras familiares.

Pese a mi tierna edad, presentía que el sistema comportaba la ampliación de la opresiva unidad familiar, la tranquila destrucción de la intimidad sobresaturada en aras de un bien común levemente dosificado. Se trataba de emanciparse del cuerpo de uno, codificado por su fastidioso genoma, para disolverse en el cuerpo social, ese gigante bondadoso de sangre fluida y purificada, de sangre transparente y ligera, libre de humores y pasiones. En aquel mundo ideal, tal y como yo me lo imaginaba, no eras hijo de nadie, a semejanza de algunos héroes de cuento que me fascinaban porque, siendo como eran tan jóvenes, nunca mencionaban a sus padres; el narrador tampoco sentía la necesidad de precisar la ascendencia del protagonista. Un nombre bastaba para partir en busca de aventuras. No me gustaban las historias de reyes y reinas que tenían príncipes y princesas, aborrecía los relatos bíblicos en los que siempre se era hijo o hija de fulano o mengano, él mismo hijo de, y así sucesivamente, sin fin. Estaba a favor de la abolición de la genealogía.

El falansterio me convenía por su sugestiva horizontalidad. Sospechaba asimismo, aunque no contaba con medios para expresarlo, que el amor y el deseo transitaban por él de otro modo. No empleaba ninguna de esas palabras. Ni siquiera mentalmente. Pero me recuerdo sentada con la enciclopedia abierta sobre las

rodillas, leyendo una y otra vez la palabra mágica «falansterio» y cerrando de golpe el enorme volumen al oír que llegaba uno de mis padres, abochornada y sudorosa como si me hubiesen sorprendido en una postura indecente.

No me explico cómo, tras haber albergado semejantes aspiraciones en la adolescencia, pude precipitarme, como lo hice años después, por el estrecho embudo del matrimonio y el embudo, aún más estrecho, de la maternidad. Fue el pánico, sin duda. Renuncié a ser el corazón de una estrella, el ídolo de un séquito de admiradores, la compañera intercambiable y cambiante. Al enterrar mis sueños de una vida disoluta —es decir disuelta— acepté convertirme en uno de los vértices de un triángulo isósceles y aislado, y revolotear tristemente por un cielo apagado junto con triángulos similares, incapaces de encajar unos con otros sin causar estragos. Las familias y su austera geometría. Acaso fue el mundo, con su incomprensible inmensidad, lo que me asustó. Me dije: «Refugiémonos, pongámonos al abrigo de las estadísticas, pongamos término a los vertiginosos cálculos de probabilidades que amenazan con paralizarnos». Me habría gustado ser de todos y para todos. Tener que elegir me parecía de una estrechez de miras asombrosa. Pero no estuve a la altura de mis ambiciones. De tanto brincar como la liebre de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, perdí el hilo conductor de mis días. Una mañana me levanté cansada de aquella carrera. ¡Basta! Le ponemos el candado antirrobo a la rueda de la fortuna para que deje de girar. Me tocó el número premiado al fin. Encontré a Rainer y me pegué a él. Si alguien me hubiera dicho: «Renuncia a tus pulmones porque a partir ahora vas a respirar el aire que inhala tu marido», yo habría aceptado. Por entonces, ser yo misma me parecía un peso insoportable. Estaba a favor del intercambio y, dado que me había desviado de mi alegre proyecto comunitario, hallaba en la dependencia, la sumisión y la aquiescencia *a priori* y absoluta al otro un estupendo sucedáneo de puesta en común que me ayudaba a sobrellevar el horror egocéntrico. Rainer y yo no formábamos más que uno, pero como éramos dos, no pasaba nada. Me gustaba pensar como él, decirme que no tenía razón, ajustar mis reflexiones a sus ideas. Él era riguroso; yo, una cabeza de chorlito. Él era paciente y metódico, yo tenía el entusiasmo de un niño y antojos injustificables. Deseaba

deshacerme de mi antigua piel. Ahora bien, en mi vida todo gira en torno a la piel.

Cuando él me tocaba, salía de mí misma, abandonaba mi cuerpo. Recuerdo esa sensación, ni agradable ni desagradable, que se asemejaba a la que produce la anestesia. A la gente —a la mayoría de la gente, quiero decir— le da miedo que la duerman de manera artificial. A mí, en cambio, siempre me ha encantado. Tengo pasión por ese estado de abandono. En todo caso la tenía. Rainer me ponía una mano en la entrepierna y ¡zas!, caía rodando como un paquete postal, liviano y mate, hacia la nada, hacia la inexistencia. Era una droga. No me preguntaba a mí misma si aquello me gustaba o no. No imaginaba que pudiese ser de otro modo, su mano me había hecho olvidar todas las manos. El ¡zas! del paquete postal había sustituido a la música del bosque noruego. Además, muy pronto, después de que el niño naciera, dejé incluso de interrogarme acerca de mi falta de curiosidad por nuestras prácticas, porque tenía la mente en otra parte, es cierto que estaba al acecho, pero algo completamente distinto retenía mi atención. Aguardaba con minuciosidad y constancia el regreso del amor materno. Eso consumía todas mis energías. «Comportémonos con normalidad», me decía, «hagamos el amor con nuestro marido, organicemos cenas en casa, salidas, juguemos con el niño, supervisemos los deberes, vayamos de vacaciones, sí, todo, todo como si fuese normal, y tal vez si realizamos cada gesto con tranquilidad y convicción, el animalillo arisco, el cálido y agradable animal del amor de una madre por su hijo, el animal que escapó, al que una bofetada en la mejilla espantó —pobrecillo…— tal vez vuelva de noche, con paso suave, incluso cuando ya haya dejado de esperarlo». Porque cuántas veces habré confundido la sombra de un gato callejero con esa presencia tan ardientemente anhelada, cuántas veces me habré dicho durante la noche, al incorporarme de golpe en la cama, «aquí está, es él». Pero no, tenía que seguir esperando, merecerme su regreso, haber renunciado a él. Ana, hermana mía, ¿no ves venir nada?[2] Dejar de subir a la torre, no volver a proveerse de prismáticos, hacer como si, y ya vendrá, como la fe a quien se arrodilla con frecuencia y une las manos siguiendo los consejos de su director de conciencia. Solo que el amor no es la fe. ¿O acaso sí?

A veces, cuando vuelvo la vista atrás, me asombra lo constante que fui y me lo reprocho. «Tenías que haberlo dejado correr», me digo. «Estabas tan tensa, eras tan exigente, que el amor quizá volvió sin apenas darte cuenta. A fuerza de extrañarlo, habías olvidado en qué consistía; habías terminado por hacer una montaña de un grano de arena. A lo mejor hasta querías a tu hijo», me digo a mí misma. Pero sé que no. Lo sé por el sonido de desgarrón, como el de un pedazo de seda gastada entre dos manos feroces, que esa frase hace resonar dentro de mí.

A las doce y diez del mediodía Simone empuja la puerta y entra. Viene sola. El kohl se le ha corrido por las mejillas dejándole gruesos regueros. Parece una lechuza: cabello alborotado, pupilas titilantes, nariz fina, hombros alzados. Ben se le acerca para darle un beso, pero ella lo aparta y se sienta a la mesa que hay bajo la biblioteca, justo debajo del *Sistema periódico* de Primo Levi, *Las metamorfosis* de Ovidio y *Bajo el bosque lácteo* de Dylan Thomas. Me planteo invertir el orden de los volúmenes para hacerle otra suerte de corona: *Tío Elefante* de Arnold Lobel, *Shosha* de I.B. Singer y el poemario de E.E. Cummings. Un tocado benévolo. Un sombrero confortable. Veo que sufre una barbaridad. Advierto la ausencia, flagrante y obscena, de Hannah. «Aquí se viene a comer», me falta decirle. «No se llora. Es malo para el negocio». Pero me contengo. Me seco las manos con un paño, le pido a Ben que le eche un ojo a los higadillos que acabo de flambear y se están caramelizando en la sartén, y me siento frente a ella. Con ayuda de una servilleta, le doy toquecitos en las mejillas. No opone resistencia.

—La muy cerda —murmura Simone.

Y sé de quién está hablando. La cerda es su *alter ego*, su recién amputado brazo derecho.

—De todos modos siempre ha sido una hipócrita —añade.

Me gusta esa palabra, «hipócrita», que de golpe me conduce lejos, al pasado, como una alfombra voladora.

—Lo tenía todo planeado. Me dijo que no estaba enamorada de él, pero era por orgullo, nada más, porque él ni siquiera la miraba, solo que cuando empezamos a salir juntos, ella no pudo soportarlo…

Hannah le ha robado el novio a Simone. Es muy, pero que muy grave. Hay que imaginarse un campo de batalla y ríos de sangre, una aldea de bambú sepultada bajo una colada de lava. Solo pronuncia frases ordinarias, pobres y trilladas, pero tengo que acompañarla en su dolor, aceptar la magnitud de este, respetar su inmensidad. Recuerdo mi primer desengaño amoroso y lo mucho que hacía reír a los adultos, lo mucho que les enternecía. No tengo la menor idea de lo que debería decir para consolar de lo inconsolable. ¿Qué me habría gustado oír por entonces? Lo he olvidado. He olvidado incluso lo que se siente cuando dejan de quererte, te engañan, te humillan y te traicionan. Trato de persuadirme de que es mucho más grave que la situación contraria, mucho más doloroso que dejar de querer, engañar, humillar y traicionar. No obstante, me cuesta trabajo convencerme de ello. Me pregunto si Ben no habrá tomado la decisión adecuada, pero debo tener presente que no se trata de una decisión, su vida es así, en ella no hay amor. Si no hubiese amor en ningún sitio, ni deseo, ni sexo, Hannah estaría aquí, sentada junto a su mejor amiga. Nadie lloraría, y no eclosionarían las ansias de matar. Por un instante me asalta la visión de un mundo en paz, de un universo sencillo, libre de concupiscencia, tranquilo y funcional. Hombres y mujeres conviven y se ayudan unos a otros. Tenemos muchísimo tiempo para leer, ir al teatro, asistir a exposiciones, ir a conciertos. En lugar de correr a citas clandestinas con la respiración entrecortada y el vientre ardiendo, avanzamos tranquilamente entre el agradable barullo de la calle hacia la taquilla en la que venden las entradas de un hermosísimo espectáculo de danza que nos arrancará las lágrimas. Nuestras mentes se iluminan y nuestros cuerpos, que no han perdido un ápice de su energía, antes al contrario, se dan a la práctica de diversos deportes y artes marciales. La gente se masajea mutuamente en una sociedad sin ambigüedad, se baila pegado, a los gordos ya no les da vergüenza ir a la piscina ni a los flacos mostrar el cuerpo en la playa.

—¿Querías mucho a ese chico? —le pregunto a Simone.

Pronuncia un sí desgarrador y estalla en violentos sollozos. Étienne, un alumno de segundo ciclo de infantil al que le gustan sobre todo nuestros bocadillos de pavo, la mira preocupado. Se ha acercado a nosotras y posa su manita en el brazo de Simone, pero

ella no se da cuenta.

—Ya querrás a otros —le digo.

Eso es lo que me aseguró una amiga de mi madre cuando, a la edad de quince años y medio, fui a llorar a su casa. Recuerdo que pensé: «¡Qué vieja más gilipollas!».

Acompaño a Étienne hasta su mesa mientras lo tranquilizo como puedo.

—Dale un plato de sopa a la pobrecilla —le digo a Ben—. Ponle un poco de nata en un cuenquito aparte y guárdale una copa de *mousse* de castañas.

Observo cómo se doran mis higadillos. Los remuevo con la punta de la espátula. Tengo la impresión de tener ciento tres años.

Si el amor, el deseo o el sexo no existiesen, Vincent no vendría a reclamar su beso diario además de su café exprés.

¿Te pongo un café?

Si quieres.

¿Te doy un beso en la boca?

Si quieres.

¿Y qué más?

Lo que tú quieras.

Solo que no sé lo que quiero.

Ayer, después de cerrar, Vincent entró por la puerta que da al vestíbulo del edificio. Olía a crisantemo, y se le había enganchado en el pelo un pompón de manzanilla. Tardó en verme; yo estaba detrás de él, ajetreada ordenando los libros. Me dio tiempo a aspirar su olor, a acostumbrarme a su presencia. Era más de medianoche y me pregunté qué habría hecho entre la hora de cierre de su comercio y la del mío. No había vuelto a casa —de ser así no habría tenido aquella flor en el pelo—, no se había ido de bares ni a comer a un restaurante —de ser así habría olido a cigarrillo o a fritanga. Había debido de quedarse en su local cerrado, imitando a la vecina para ver qué sensación le producía.

Se había tendido boca arriba en el suelo húmedo cubierto de florecillas y, tras abrazarse a unos ramos de tallos vigorosos y hundir el rostro en el edredón de pétalos, había sumergido las manos en el agua fresca y perfumada de los cubos de hojalata.

Se dio la vuelta al oír mi respiración. Tenía ganas de preguntarle qué hacía allí. Pero conocía la respuesta. Yo había empezado. Lo había besado, ahora le pertenecía. Si quería poner fin a todo eso, tendríamos que pelearnos. Tendría que ser mala. Sin mediar palabra, me rodeó con los brazos. Tenía la boca distinta. «Le huele a pan de especias», pensé. «Me gusta».

Por las curvas aplicadas que efectuaba con la lengua, noté que se estaba aburriendo. No era suficiente. Siempre he pensado que la curiosidad intelectual desempeñaba un papel esencial en las cuestiones amorosas. Antes de besar al otro por primera vez, uno imagina que ese beso será un descubrimiento colosal, la oportunidad de visitar esa boca y tocar con la punta de la lengua unos dientes que no sean los nuestros. Y luego, pasado un tiempo, ya está, ya la conocemos, nos hemos acostumbrado, queremos saber más, queremos que nos enseñen los recovecos, los recodos, ver lo que nadie más ha visto antes —¡venga ya!, pero aun así lo creemos, y nos embarga la euforia del conquistador. Hay algo en nosotros que quiere entender, y las luces que titilan al final del camino prometen alivio a nuestro cuerpo inquisidor. Personalmente siempre he tratado de entender, pero tal vez sea la única. No, es imposible, todos buscamos lo mismo, nos guía la sed de saber, y los que la llaman sed de poder están equivocados. Vincent quiere entenderme y, a tal efecto, desliza la mano entre el terciopelo de mi pantalón y el de mi piel. Se mete debajo de mi ropa, conmigo, a mi lado, como si al cabo me hubiese salido el quinto miembro que prometiera Charles Fourier. Tiene la mano fría, le huele a crisantemo, me araña con sus uñas algo afiladas ahí donde soy blanda. Pero algo falla. Su gesto resulta improcedente, hace que se me suban los colores. Ya lo sé todo sobre Vincent, y él ya lo sabe todo sobre mí. No hay nada que entender. Apenas formada, nuestra pareja ya es vieja. Seremos capaces de realizar todos los gestos, pero no será necesario, no tenemos nada que ganar o que perder. Nos hemos extraviado. Pensábamos bogar hacia la India misteriosa y hemos quedado varados en la gris bahía de América.

¿Qué hago con su mano?

No me atreví a agarrarlo del brazo para apartarlo de mí como quien arranca un hierbajo en el huerto. Me decía a mí misma: «La mano terminará extraviándose, adormecida por el hastío, volverá a

subir a la superficie, se despegará de mí para unirse a él sin sacar nada en claro, una mano opaca en un cuerpo opaco». Pero no es así, sigue adelante con la exploración, y, para no decepcionarla, para que se sienta acogida, pues su obstinación me ha dejado tan estupefacta que no me veo con fuerzas para rechazarla, me pongo a pensar en otra cosa. Me pongo a pensar en otra persona, alguien en quien llevo años negándome a pensar, pero cuyo nombre sé que bastará para abrirme, como una llave cuyo peso en la palma tranquiliza a la mano que la va a girar en la cerradura. Una inmensa sonrisa ilumina mi incorregible rostro. Octave, en francés, el mayor intervalo de notas, el menos enigmático. Nadie se llama tercera, nadie se llama quinta, y mucho menos séptima, mientras que, mientras que… Pero Octave, sí, es un nombre. Es su nombre. Es el nombre del muchacho por el que arrojé mi vida por la borda. Y suya es la lengua que se desliza entre mis dientes. Pero no nos adelantemos.

Había salido de nuestra vida y ya no pensábamos en él. Hugo lo había expulsado porque Octave lo había traicionado, engañado, humillado. En fin. Yo lo lamentaba, pero ¿qué podía hacer? En su lugar vinieron los Karim, los Matthias, los Ulysse. Yo me prestaba al juego: me mostraba amable, proponía meriendas y paseos. Todos los amigos de mi hijo coincidían. Les caía fenomenal. Algunos decían que hacía de comer mejor que su propia madre. A otros les parecía bonita y le preguntaban a Hugo cómo era posible que fuese tan joven. Mi hombrecito me transmitía sus comentarios en un tono hastiado y suave. Yo lo escuchaba con indiferencia. Aquellos críos me agobiaban. Eran avispados y revoltosos, traviesos, sociables y equilibrados, patinaban, regateaban, le hacían entradas al contrincante y nunca estaban cansados. Yo fantaseaba nostálgica con la pereza de Octave, con su languidez, con su torpeza. ¿Para qué si había sido repudiado?

Una mañana, llevé a la práctica una nueva estrategia para recobrar el instinto maternal, le pedí a mi hijo que me hablara de sus amigos. Contestó con esa buena voluntad que le caracterizaba, elaborando listas, estableciendo categorías. Tenía trece años por entonces, y su rostro, al que tendrían que haberle empezado a salir

espinillas y a formársele una nueva e inmensa nariz, ese intruso espantoso entre las enflaquecidas mejillas de los adolescentes en pleno estirón, seguía siendo precioso. Un óvalo de elfo de piel transparente.

—¿Y Octave? —le pregunté.

—¿Octave?

—¿No te acuerdas? Era tu amigo en tercero o en cuarto, no estoy segura…

—Un auténtico gilipollas.

Alcé una ceja. No estaba acostumbrada a que Hugo empleara ese tipo de lenguaje.

—Era un inútil. No sabía hacer nada, pero se sentía inmensamente superior. Ni te imaginas la de tonterías que me contaba, y yo iba y me lo tragaba todo.

—¿Qué te contaba?

—Es tan estúpido.

—Dintelo, no importa.

Hizo un gesto negativo con la cabeza. No quería. Le daba vergüenza. Pero yo podría haberlo torturado para que confesase y él debía de olérselo, inteligente como era.

—Me hizo creer que venía de otro planeta —acabó diciéndome.

Seguramente pensaba que me echaría a reír, pero como ni siquiera sonreí, prosiguió:

—Un día me invitó a su casa. Su casa era rara.

—¿Estaban sus padres?

—No, nunca los vi. Ni siquiera tenía niñera. La casa era grande. Había multitud de cuadros abstractos en las paredes, unos chismes inmensos con vómitos encima, horrible. Y también esculturas. Un montón de esculturas asquerosas. Me contó que vivía solo y que lo había enviado su pueblo… Anda, ni siquiera recuerdo cómo se llamaba su pueblo de mierda. Se suponía que lo habían lanzado a la Tierra en paracaídas para que nos investigara. Y lo peor es que me lo creí. Tomé nota para sus averiguaciones, le hice fichas. Era un perfecto inútil. ¿Te acuerdas? No sabía atarse los cordones de los zapatos, comía como un cerdo y, claro, yo pensaba que era porque venía de otro lugar. Me hacía creer que había hecho varios cursos para ser como nosotros y me pedía que lo ayudase a progresar. Me decía que era un secreto y que si alguien aquí, en la Tierra, sabía

quién era, o si alguien de su planeta se enteraba de que se lo había dicho a un terrestre, lo destruirían —se interrumpió unos instantes —. En realidad creo que estaba chiflado.

No quería que Hugo se detuviese. No sabía qué hacer para que siguiese. Quería que me describiese el planeta, que me diese más detalles. El corazón se me estremecía dentro del pecho. Mi pequeño Octave. Recordaba la forma en que su liviana cabeza se abandonaba entre mis manos cuando le daba un beso.

Fue el fin de nuestro parloteo. Un fracaso más que anotar en el debe de nuestra renqueante relación.

Al recordar esa escena, me llama la atención mi estupidez, y, aun así, sé que no se debe juzgar la pasión ni la pena, porque, sean cuales sean las razones o las manifestaciones exteriores, solo percibimos la superficie; solo vemos lo más ínfimo, recordamos lo que sobresalía, y lo hemos olvidado todo cuando, una vez curados, examinamos la cicatriz indolora de la profunda turbación que la aventura nos produjo. Nos hemos repuesto. Hemos pasado nuestra convalecencia intentando minimizarlo todo, pisotear las afiladas esquirlas de cristal para reducirlas a añicos que, erosionados por la implacable suela de la razón, acaban quedándose romos. Lo barremos todo de un manotazo, polvo cristalino e iridiscente. Solo permanece la inaprensible chispa que, a ratos, cuando uno menos se lo espera, un rayo fortuito vuelve a avivar, pero que se apaga tan pronto como tratamos de reanimarla, de soplar encima para atizar ese fuego antiguo. Nunca sabré qué cable se me cruzó.

En las películas, en los libros o en el teatro, siempre me ha gustado cuando se produce el regreso de un espectro del pasado. Todos lo habían amado y desapareció. Todos lo daban por muerto y helo aquí con vida. Todos lo creían camino de la fama y ha vuelto como una persona corriente y moliente. *Platónov* ocupa un lugar estratégico en mi repisa, sea cual sea la manera en que la ordene. Se encuentra en uno u otro extremo, haciendo las veces de sujetalibros; solo que él mismo es un libro, y diría que más fino que los demás. No sé qué es lo que me conmueve de ese movimiento pendular, el regreso del héroe, mi tema favorito, el que encierra, a mi entender, el verdadero misterio de la existencia.

Vincent me ha desabrochado los botones de la blusa y los corchetes del sujetador y contempla mis senos. Pero ¡qué pachorra tiene! Me gustaría decirle que aligere. No tengo toda la noche por delante. Quiero aprovechar para dormir un par de horas antes de ir al mercado. Como tarda en posar las manos en mi pecho y se maravilla eternamente ante mi belleza, que ya no sabe con qué comparar, una belleza que lo turba, en serio, es increíble, ni siquiera una rosa de jardín, ¡oh!, hay que ver lo suave que soy…; como tarda y eso me desconcentra, no me queda otra que seguir imaginando y, en lugar de sus manos inmóviles, sueldo en su torso los brazos de mi último amante. Los dedos desmañados de Octave se aventuran por mis hombros. Una corriente eléctrica me recorre de los pies a la cabeza. Vincent no tiene ni idea de la pasión que me empuja hacia él. Lo tumbo en el suelo. Me lo voy a comer vivo.

Pero en esta ocasión soy yo la que peca por exceso de rapidez. Porque aún no hemos llegado a ese punto. Vamos por Myriam, sola, en su casa, una tarde de primavera. Llaman a la puerta, aunque Myriam no espera visita. Va a mirarse el rostro en el espejo del pasillo. En la penumbra del contraluz la tez se le azulea. Piensa en la banquisa y se dice: «Sí, eso es, estoy atrapada en el hielo». Se acerca despacio a la entrada y coloca la mano en el pomo de la puerta. El metal está helado, pero eso no es nada al lado de su mano. Abre y aparece él. Lleva dos años sin pronunciar su nombre. Aunque ha cambiado, lo reconoce al instante. Octave, con dieciséis años, es mucho más alto que ella. Está bien vestido, bien peinado. «Buenos días, señora», le dice. Ella se queda mirándolo largo rato, no da crédito. «Qué guapo está, qué mirada tan tierna y maliciosa». Él se inclina para darle un beso. Tan pronto como los labios de él le rozan la mejilla, a Myriam se le arrebola el rostro. Ella piensa en ese vestido tan horrendo que lleva, en el hecho de que no se ha perfumado y de que los dedos le huelen a ajo. Le gustaría que el día volviese a empezar para poder arreglarse. No está pensando en el amor, está pensando en su dignidad, nada más. En estar presentable. No es como cuando eran niños. «Qué amable que hayas pasado por aquí», le dice sin poder apartar la mirada de la suya, preguntándose si tiene novia y, si es el caso, cómo se llama, dónde se ven y qué hacen exactamente. Tiene que saberlo todo, le urge, pero ayyyy… ¿Cómo hacer? «No te quedes ahí plantado», le dice

ella echándose a reír con una afectación que aborrece en el acto, «Hugo no está en casa, pero…». El nombre de su hijo se le congela en la boca. No ha logrado pronunciarlo realmente, ha dicho «Huhgho». «Pasaba por aquí», comenta el chico, «y me dije que…». Si hubiera sido sincero, habría continuado así: «… me dije que iba a destrozarle la vida al que fuera amigo mío, de una vez por todas». Pero Octave no es sincero. Nunca lo ha sido, es así. Forma parte de su retorcido encanto. De su irresistible encanto de chalado completo. Entra y va directo a la cocina. Myriam le sirve un zumo de naranja. Piensa en las vitaminas que contiene la bebida, en lo bien que le van a sentar a ese corpachón desconocido y, sin embargo, familiar. Consulta la hora en el reloj de péndulo. Solo quedan cincuenta minutos antes de que se terminen las clases y Hugo regrese. «¿No estás en el instituto?». Octave no contesta. Sonríe. Tiene un plan. Myriam lo ignora. Octave sabe exactamente lo que debe hacer. Hablar poco. Mirarla. Esperar. Volver. Continuar mirándola. Lanzarle miradas cargadas de intenciones. Invitarla a salir. Colmar el vacío de su existencia con todas sus horas libres. Juntos, van al museo, al cine, a tomarse algo. Se divierten con todo y no piensan en nada. Todo ello ocurre durante las horas laborables. Rainer está en el trabajo, ha contratado a una nueva secretaria médica. «Es demasiado trabajo para ti», le ha dicho a Myriam. «Tienes que descansar». Confía en que el tiempo que pase en casa le devuelva los colores. Se siente satisfecho. Pocas semanas después de coger la baja, Myriam tiene las mejillas sonrosadas. Desde que él le dirige la palabra, ella se ruboriza. ¿Cómo es posible que no se le haya ocurrido antes? Se felicita a sí mismo por haberlo hecho.

Los miércoles y los fines de semana son días negros. Myriam se aburre. Siente deseos de matar a su marido, a su hijo: una auténtica razia. A los amigos que van a su casa para tomar el té, ¡pum! Una de napalm. A su madre, ¡zas! Fuera. A su hermano, ¡pías! A la basura. Escucha los *Nocturnos* de Chopin, el *Concierto para piano n.º 2* de Prokófiev, pide intervalos de notas cada vez mayores. «¡Una octava! Por favor, ¡una octava!», grita su corazón. Pero las octavas son apenas audibles, son el eco, el mismo. Myriam se concentra. Se hace con un tratado de armonía, no entiende ni jota. Se siente decepcionada, decepcionada por todo, se le queman las sartenes antiadherentes, ya no prueba bocado, no pega ojo. Piensa en la

próxima exposición a la que irá con Octave. ¡Qué extraordinaria es su nueva vida! ¿Cómo habría podido sospecharlo? Se siente más guapa, más inteligente. Se hincha. Ocupa todo el espacio. Elige mentalmente la bufanda que le va a regalar a su… ¿cómo ha de llamarlo? ¿Su amigo? «Mi amado amigo», se dice a sí misma, «el único ser que me entiende». Una bufanda de algodón blanco, muy sencilla, para resguardar la garganta de Octave de las brisas primaverales. Va de tiendas, se compra camisetas, vaqueros, faldas. El suelo de la habitación está sembrado de montones de ropa. Se pasa horas probándosela. No tiene la menor idea de lo que le ocurre. Ante un lienzo de Nicolás de Staël, Octave le pone la mano en el cuello. Ella está tratando de leer el título del cuadro en la cartela. Las letras se entremezclan. «Imposible», piensa, «nunca llegaré a saber cómo se llama esta obra». Y mientras entorna los ojos, algo increíble sucede entre la mano y la nuca, algo inesperado. Myriam regresa. Da un gran salto hacia atrás. En el pasado. Tiene que hacer un esfuerzo ímprobo para permanecer en pie, pues bajo su vientre ya no hay piernas, bajo sus piernas, ya no hay pies. Si se cae, la mano se le despegará de la piel. No debe moverse bajo ningún concepto. Lentamente, la banquisa se va fundiendo. Grandes bloques de hielo se desprenden con un estrépito de mandíbula gigantesca. Los icebergs flotan dispersos en el agua azul oscuro. ¡Qué calor da todo esto! Y ¡cómo reverbera!

Vincent está debajo de mí, en una de las mesas de mi restaurante.

Pero no es él, no somos nosotros los que estamos aquí.

Es Octave quien abraza a Myriam y la muerde a las once de la mañana en los servicios desiertos de un museo. Ella es blanca como la porcelana, ella, la india, blanca como una revelación. Él tiene la piel trigueña y le lame la nuca con delicadeza. «¿Qué es lo que estoy haciendo?», pregunta ella. Le gustaría que él se detuviese. Le gustaría que continuase. «¿Qué es lo que estoy haciendo?», grita en voz queda. «Eres buena», le dice él, «eres tan buena… No saben la suerte que tienen. Eres la mejor esposa y la mejor madre. Eres un regalo».

—¿Qué pasa? —pregunta Vincent—. Parece que estuvieras

muerta.

Eso fue anoche. Miro la mesa en la que nuestros cuerpos se desacoplaron. El material de que está hecha me recuerda al de un ataúd.

—No me siento muy bien —le respondí.

Él se incorporó mientras yo recogía mi ropa, que yacía desperdigada en el suelo, como barrida por una tormenta.

—Nunca había… —balbuceó—. Nunca había…

No sabía cómo continuar. Le dije que lo quería mucho, consciente de todo cuanto esa última palabra excluía.

Hoy no vendrá. Lo he traicionado, lo he engañado, lo he humillado. Pero, quién sabe, igual mañana sí.

De todos modos hoy estoy en las nubes. Demasiado, quizás. Debería ocuparme de Simone, tramar su venganza o ayudarla a recuperar la cordura. Debería cortar los higadillos antes de que se pongan oscuros por dentro, para que conserven un corazón rosado y palpitantemente tierno. Debería. Debería, pero fantaseo. Una mano nueva y ágil surge de mi espalda y retira la sartén del fuego. Ben coloca los menudillos sobre la tabla de cortar, los corta y los dispone sobre un lecho de espinacas y pomelo. Ha aprendido de mí, sin que le haya dicho nada, sin que le haya siquiera enseñado. Lo miro mientras mete los flanes de salvia y panceta en el horno. Me fumo un cigarrillo sentada en la barra. No doy palo al agua.

El único problema es que no consigo saber si lo que me embarga al tiempo que exhalo las volutas azuladas es tristeza o alegría.

Hemos terminado poco antes de medianoche. Los párpados se me desgarran al contacto con el iris. Sueño con una habitación. Una habitación sencilla, cuadrada, con solo una cama y dos mesillas de noche, sábanas, una manta y una colcha de ganchillo. Sueño con un cuarto de baño, con ducha o bañera, me es indiferente, alicatado hasta el techo, con un lavabo de porcelana. También tendría un pequeño armario ropero en el que guardar la ropa, que ahora mismo está hecha un rebujo dentro de una maleta oculta tras la barra. Mi ropa nunca huele a detergente. Incluso limpia huele a Mi Casa. Llevo seis años sin hogar. En el Santo Salto vivía de manera similar, en permanente precariedad. Cuando llegaba un chico o una chica de fuera, tenía que mudarme volando a la caravana de una amiga, dejarles el sitio. Solo se colgaba el vestuario, la ropa restante estaba embutida en fardos. Eso me hacía pensar en el éxodo. En el traqueteo de los carromatos sobre el asfalto, el mosaico de lonas, las grotescas pilas de sartenes, libros y orinales. Ignoro cuál de mis antepasados ha realizado ese tipo de periplo. Quizá ninguno. O tal vez uno de mis antepasados de la literatura y el cine. Ya no distingo entre los recuerdos reales y los que la ficción ha ido agregando.

En el Santo Salto tenía la impresión de revivir, no en el sentido de volver a saborear la existencia, sino más bien como si estuviese retomando una vida anterior. Todo me era familiar, los hornillos, los colchones y los cojines rellenos de ropa vieja, las cajas que usábamos alternativamente como mesa, silla, escalera, armario o incluso piscina, en verano, cuando las forrábamos con lona azul y gruesa. La vida al margen de la ley sorteando las barreras administrativas y los reglamentos inaplicables, la agilidad de la mente, que era dos veces superior a la del cuerpo.

Una mañana de primavera, tras haberme sentado en el suelo para pelar zanahorias, Rodrigo, que quería ser tragasables como su padre, me preguntó:

—¿Dónde está tu marido?

—No tengo marido.

—¿Y tus hijos?

No podía contestarle que no tenía hijos. No sabía qué decir.

—Se nota que tienes hijos —afirmó sin importarle mi silencio.

—¿En qué lo notas?

Se encogió de hombros.

—Se nota, eso es todo.

Estaba caminando con las manos, cabeza abajo, dando vueltas a mi alrededor.

—¿Es difícil?

—¿El qué?

—Caminar así, con las manos.

—Sí —respondió—. Igual de difícil que caminar con los pies —explicó al cabo de un rato.

Con las rodillas flexionadas, agitó las tibias a la altura de mi rostro.

—¿Te acuerdas? —preguntó.

—¿De qué?

—De cuando aprendiste a andar.

—No, en absoluto. ¿Y tú?

—Yo sí. Lo recuerdo todo. ¿Sabes cómo me llama mi madre? Me llama Mémorial. ¿Sabes lo que significa? Significa aquel que lo recuerda todo. Ese es mi mote. Recuerdo la primera vez que intenté andar con los pies, antes gateaba. Me acuerdo de la primera vez que dije una palabra…

—¿Cuál fue, mamá o papá?

—Fue clementina.

No me lo creía.

—¿Clementina? Me extraña, es una palabra dificilísima y larguísima para un bebé.

—No era un bebé. Tenía tres años. Me había entrenado mucho mentalmente. Había elegido esa palabra aposta.

—¿Y tu madre se sentía orgullosa?

—No, habría preferido que dijese «mamá».

—¿Me puedes enseñar a caminar con las manos? —le pedí a Mémorial.

Volvió a poner los pies en el suelo, me ordenó que me levantara

y me examinó. Me tocó las caderas, los muslos, se puso de puntillas para palparme los brazos, los hombros. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Toda tu fuerza está abajo. Tienes los brazos fofísimos y las piernas durísimas. La fuerza ha de estar repartida por todo el cuerpo. Tendrías que haber empezado antes. Se debe empezar temprano con todo.

—¿Podemos intentarlo aun así?

Gracias a las lecciones de Mémorial, a día de hoy puedo mantenerme sobre las manos, tan solo unos segundos. No puedo avanzar ni retroceder. Fue extraordinariamente paciente conmigo. Para agradecérselo le regalé un libro, *Tres aventuras del león canijo* de Wilhelma Shannon.

—No sé leer —me confesó algo disgustado.

—Bueno, pues te puedo enseñar.

—¿Es difícil?

—No —le contesté muy segura de mí misma.

Mémorial debe de estar rondando los trece o catorce años. No sé dónde está. En la cartera conservo un pedazo de papel doblado en cuatro en el que escribió su primera palabra, MEMORIAL, en letras mayúsculas, con una E vuelta hacia la izquierda y una A boca abajo. Nunca lo despliego. No quiero estropearlo, además, me resulta demasiado doloroso. A cada mayúscula le dibujo mentalmente un disfraz de payaso, y sus trazos de lápiz pesan como duendecillos de madera en el fondo de mi bolso. No tuvo dificultad alguna para aprender, pero a mí me costó lo indecible enseñarle, la garganta se me hacía un nudo, los ojos se me arrasaban en lágrimas. Qué manía la mía de revivirlo todo, esa incapacidad para encontrarme con algo nuevo. ¿Por qué he de ser tan lenta a la hora de entender? ¿Por qué siempre tengo que desandar lo andado en busca de cualquiera sabe qué aguja perdida en la paja a la orilla del camino?

Esta noche siento deseos de volver a dormir en una habitación. Cuento las grietas del techo, como las líneas de una mano gigante colocada encima de mi cabeza.

—Se lo aseguro —sigue en sus trece Ben—. No tiene otra elección. Es lo lógico.

Coge un bolígrafo, anota unos números, los rodea.

—Mire. No sé ni siquiera por qué le pido su opinión, ¡es tan obvio!

Dibuja cuadrados dentro de círculos, círculos dentro de cuadrados. Ya no sabe qué inventar para que me sume a su causa.

—Siempre he carecido de ambición —le explico—. Siento horror por el capitalismo. No quiero ampliar el restaurante. Prefiero seguir tal cual. Estamos bien así, ¿no?

—No.

Ben lo dice en serio. Está enojado.

—No hay sitio suficiente en la cocina —dice enfurecido—. Ayer perdimos dos pedidos para llevar…

—La gente no estaba enfadada —lo interrumpo.

—La gente nunca se enfada con usted, Myriam. Pero eso no es motivo. Si seguimos así, vamos a tener que pagar impuestos. Mire, aquí lo tiene (me muestra una cifra enorme subrayada tres veces). No tendremos con qué.

—Nos concederán un aplazamiento.

—¡Basta! —grita—. ¡Basta ya! Al fin y al cabo lo que le pido no es tan complicado, joder. Al menos hágalo por mí. No tiene más que alquilar la mercería de al lado. No estamos poniendo a nadie de patitas en la calle. No estamos perjudicando a nadie. El cartel de SE ALQUILA lleva dos meses ahí. Pagamos, descolgamos el cartel, hacemos obras y ampliamos.

—¿Con qué dinero?

—Se pide un préstamo.

—Ben tiene razón —conviene Vincent con voz apacible.

No puedo creer que haya vuelto.

¿Dónde está tu orgullo, hombre ofendido?

Me lo quedo mirando fijamente, con los ojos abiertos de par en par. Él me pasa la mano por el pelo.

—Escúchale —me aconseja sentándose a nuestra mesa.

Un estambre de azucena se le ha quedado prendido en el cuello del jersey, y sus movimientos provocan una imperceptible llovizna azafranada. No trata de evitar mi mirada. Estamos en paz. Vincent ha venido en calidad de vecino.

Aún no hemos recogido el comedor. El lavavajillas está en marcha pero todavía tenemos que limpiar y vaciar los cubos de

basura. Miro en torno. Me gustaría explicarles que no tengo fuerzas. Me siento de por sí tan cansada.

—También tendríamos que pensar en contratar personal —me dice Ben muy bajito.

—¡Qué espanto!

Pego un respingo. Cojo el cepillo. Escurro la fregona. Me precipito hacia los cubos de basura. Paso la bayeta.

—No quiero contratar a nadie, Ben, ¿me oyes? ¡A nadie! Solo tú y yo, nadie más. Si lo dejas, yo lo dejo. Si se te hace muy cuesta arriba, cierro. Me importa un pimiento tener que cerrar. Este restaurante, esta vida de mierda, no tienen ninguna importancia para mí, la dejo, sin ningún pesar, la dejo. No necesito personal. Mira.

Arrojo cubos de agua hirviendo sobre el suelo, lanzo chorros de lavavajillas sobre las cacerolas, paso un trapo por las sillas y le saco brillo al banco.

Mi banco, el banquito para señoras que compré en la tienda benéfica. Me tumbo en él y el molesquín frío acoge mi mejilla arrebolada por el esfuerzo. Me echo a llorar. No sé cómo explicarles que esa no era la idea que tenía. Solo quería… Solo quería… Busco la palabra. Se me escapa. Atrapo otra. Quería hacer algo bueno. No. No es eso. La que quiero pronunciar es la frase de al lado, pero no acierto a hacerlo. Ya no la encuentro.

—Perdón —digo sollozante—. Perdón.

Esa es la palabra que estaba buscando.

Ben y Vincent esperan hasta que me sosiego. No se acercan a mí. Me habría gustado ahorrarles ese espectáculo. No saben nada sobre mi vida y no entienden por qué lloro. Me preocupa que ambos se sientan responsables, cuando no lo son en absoluto. Al cabo de un rato, tras comprobar que los sollozos comienzan a espaciarse, Vincent toma la palabra:

—Además, sería bueno para el barrio —dice—. Yo como comerciante…

Qué neutro, qué profesional. A Vincent no le da miedo ser prosaico, es mi pragmático genio de la lámpara.

—Como comerciante me interesa que tu… que tu…

—Su restaurante —le apunta Ben.

—Sí, eso es, que tu restaurante adquiera importancia.

Estimularía todo a su alrededor.

A ello sigue una conversación entre Ben y él sobre el inevitable crecimiento. No tardan en olvidarse de que estoy triste, se les olvida incluso que sigo ahí. Intercambian sus puntos de vista sobre la empresa, el consumo razonado y la resistencia del pequeño comercio, que, para su gran deleite, concuerdan. Poco a poco me construyen un imperio. Contratan a camareros, un contable. La palabra «cocinero» me saca de mi ensimismamiento.

—¡Ah, no, eso sí que no! —digo con voz ronca—. No vais a poner a nadie a cocinar en mi lugar.

Se echan a reír. Les alegra ver que me defiendo. Pasan toda la noche hablando, e imagino que nuestras vidas son como copas. Copas que debemos llenar. En ellas vertemos amor, deseo y codicia. He estado a punto de ser el líquido de la copa de Vincent. Me escapé, se ha echado otra cosa. Me pregunto qué es lo que deseo encontrar en la mía en estos momentos.

Bébeme, rezaba la etiqueta del frasco de Alicia. La niña bebió y, como un telescopio que se repliega, notó que encogía. Cómeme, ponía en la galleta, Alicia comió y se estiró hasta alcanzar el tamaño de un abedul. Demasiado pequeña o demasiado grande, mi vida no guarda la proporción debida y nunca estoy a la altura de lo que decido hacer. Cuánto me gustaría recobrar mi tamaño original, el tamaño que me permitiría meterme en el guante del día y no sentir que me está grande ni estrecho.

Los dos tentadores achispados me ordenan que los acompañe en sus sueños de grandeza. Me resisto. No quiero que nada cambie, pero sus voces, que se superponen y se entremezclan, me comunican que mi deseo es inadmisible. Es la ley del mercado, me dicen, ampliar o morir, es la única salida.

—¿Cómo es posible que siempre deseemos más? ¿No os produce vértigo de solo pensarlo?

—Ha leído demasiados libros —dictamina Vincent.

—O no los suficientes —suaviza Ben—. No los adecuados.

He leído libros en los que la codicia se castiga y la modestia se premia. He leído otros en los que sucedía exactamente lo contrario, historias de oportunistas, *success stories*. He leído relatos en los que el amor se hace sin hablar de él, en los que se habla de él sin hacerlo. He recorrido las aventuras de un millonario que comenzó

su carrera con un clavo en el bolsillo, nada más, solo un clavo. He leído cuentos poblados de animales que hablan, de humanos que se convierten en animales, un sapo príncipe y un muchacho cucaracha. He leído novelas sobre asesinatos, sobre violaciones, novelas bélicas, novelas sobre el tedio. He perdido los títulos, olvidado el nombre de los autores, y hoy en día solo me queda Alicia. Alicia, que trata de despejar la difícil ecuación del tiempo y el espacio: debe menguar de estatura para pasar por la minúscula puerta, pero cuando encoge se percata de que ha olvidado la llave sobre el velador, cuatro veces mayor que ella, por lo que tiene que estirarse, crecer pegándole un mordisco a la galleta mágica con el fin de solventar dicho descuido. A mí me pasa lo mismo, nunca tengo la altura que corresponde.

Esa noche abolimos el sueño. A la mañana siguiente, me veo la cara gris en el espejo, como la carne de una nuez aún verde. Los mangos de los cuchillos me queman. Los paños húmedos me hielan. La luz del frigorífico me ciega. Me veo obligada a sentarme en un taburete para cortar los solomillos. Me cuesta horrores hacer cualquier movimiento. Una patata pesa lo que una jabalina; una brizna de perejil, lo que un castaño centenario. Los granos de pimienta que estallan bajo la hoja de mi cuchillo y las semillas de cilantro que se desmigajan en el molinillo rechinan y dan alaridos. Un cliente posa tan bruscamente su taza de café en el platillo que el estruendo de la porcelana me sobresalta. Digo: «¡Ah!», pero nadie me oye. La voz se me ha escondido en algún lugar en el fondo del vientre. Me levanto para coger unas ciruelas pasas en el tarro del estante de la cocina y me desplomo a medio camino. En el instante en que me golpeo la cabeza contra el suelo, me aseguro de que no se me haya clavado el cuchillo que tenía en la mano. No, está ahí, a escasos centímetros de mi cara. ¡Uf! No estoy muerta.

Despierto en una habitación. El sol se filtra a través de las cortinas corridas. Bajo mi cabeza, una almohada de plumas; sobre mi cuerpo, sábanas blancas. Estoy vestida de pies a cabeza en una cama ajena. La habitación es pequeña, de paredes desnudas. Me incorporo. Se me ha entumecido la mandíbula. Me levanto lentamente apoyándome en el colchón individual. Me cercioro de

que soy capaz de mantenerme en pie y, arrimándome a la pared por si perdiese el equilibrio, salgo de mi celda. El resto del piso está sumido en una penumbra estriada de sol: unos rayos manan con fuerza por los intersticios de las persianas bajadas. Huele a bolas de naftalina y a detergente. Los muebles, en su mayoría, están cubiertos de nailon transparente. Unos trozos de tela blanca protegen los bibelots. Levanto la falda de un reloj y descubro dos angelotes dorados, desnudos y sonrientes bajo un fanal. En las vitrinas hay juegos de té, de oporto, de postre. La biblioteca, escasa, solo cuenta con las obras completas del Marqués de Sade, tres ediciones en apariencia idénticas de un tratado de sexología y cinco tomos con tapas de piel consagrados a las enfermedades cutáneas. De camino hacia lo que supongo que es la cocina, oigo girar una llave en la cerradura a pocos metros de mí.

—Ah, ya estás despierta —dice Charles al verme de pie en el pasillo.

No entiendo qué pinta aquí mi hermano. A lo mejor estoy en su casa. A lo mejor se ha mudado. Me avergüenza su mísera biblioteca. Me avergüenzan las cubiertas de nailon. Imagino lo que han debido de costarle las alfombras y los espejos con marco dorado, castigados bajo su mortaja.

—He venido en cuanto he podido —se disculpa—. ¿Qué tal estás?

No contesto. Se acerca y me aparta un mechón de la cara. Se echa a reír.

—Menudo golpe te has dado —me felicita—. Pareces la mujer elefante.

Me palpo la cabeza. Un chichón enorme me deforma la frente, como si me estuviese saliendo un cuerno.

—¿Estoy fea?

—Horrorosa —me responde Charles.

Me mira y se ríe.

—Pero graciosa, por lo que se ve.

—Acabo de ver a los de tu harén —me explica—. Fueron ellos quienes me avisaron.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cómo se llamaban? He olvidado sus nombres. Los empleados del restaurante. Me llamaron al trabajo.

—No tengo empleados —le digo.

—Vale, vuelve a acostarte.

—Pero ¿has visto cómo me hablas?

—Como a una niña a la que voy a llevar a hacerse una radiografía en cuanto recupere el juicio. ¿Cuántos dedos tengo? —me pregunta escondiendo las manos detrás de la espalda.

—Tienes tantos dedos como yo, y no necesito hacerme ninguna radiografía. Me siento perfectamente. Llevaba varios días queriendo dormir una siestecita. Ya está hecho, así que ahora vuelvo al trabajo.

Voy a la habitación a por el abrigo.

—¡Qué grande es tu casa! —grito desde la otra punta del pasillo —. ¡Pero hay que ver lo fea que es!

Estamos en casa de Ben. O, más exactamente, en casa de los difuntos padres de Ben. Charles abre los postigos del salón y me muestra, justo al otro lado de la calle, mi restaurante sin rótulo, con los cristales desnudos. «Ben, el chico del barrio…», me digo. Entonces recuerdo la noche en que alegó que se le había escapado el último metro para quedarse a dormir en el restaurante. La mentira me conmueve más de lo que me habría conmovido una confesión. Entorno la vista intentando distinguir si, tras la cristalera, el local está lleno o vacío. No se aprecia ningún movimiento. Son las horas muertas de la tarde. Desde el segundo piso contemplo nuestra calle, corta y ancha, bajo el sol de finales de invierno. Edificios inclinados, cochambrosos, erizados de delgadas hierbas, persianas de hierro a medio bajar cual párpados fatigados, entradas gigantescas que dan a patios comprimidos entre un cerco de fachadas en las que el sol rebota deprisa, muy deprisa, como en un billar de luz. Algo más allá, a la derecha, aparcada junto a la acera, delante de la tienda de Vincent, me parece atisbar una camioneta azul, de un azul único, el azul fuerte y puro de nuestra infancia.

—¡Mierda! —digo—. ¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!, ¡mierda! y ¡mierda!

Charles me lanza una mirada inquisitiva sin poder reprimir una sonrisa. Es por el chichón. Le divierte.

—¿Ves esa camioneta de ahí? —le pregunto.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Verás… se trata de un vehículo muy importante para mí.

Soy consciente de que esa frase no hará más que preocuparlo en lo que a mi salud mental se refiere, pero no sé cómo explicarlo de otra manera. Me coloco frente a él, donde me da la luz, y me echo el pelo hacia atrás, quiero que me diga francamente cómo me ve. Revienta de risa.

—¿Es para tanto?

—Ve a mirarte al espejo —me aconseja—. Es genial. No, en serio. Además, se te está poniendo de unos colores preciosos, tirando a verde, a malva… también a amarillo.

No quiero saber nada de espejos. Me tapo la cara con todos los mechones que puedo.

—¿Y ahora? —le pregunto—, ¿qué tal se me ve?

—Pareces un perro —contesta sin titubear.

«Un perro», me digo, «perfecto. Así que es así, convertida en perro, como volveré a ver a mi amigo Ali Slimane».

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —me pregunta Charles.

«Qué triste parece», pienso. ¿Por qué ya no nos vemos nunca? No me ocupo de él. Soy una hermana mayor indigna. Es lo único que le faltaba a mi palmarés. ¿Qué sentido tiene crecer juntos, unidos como los dedos de una mano para luego alejarse como barcas a la deriva? Nadie me advirtió. De niños éramos una fortaleza. Cuando volvía del colegio, él estaba ahí, con sus Legos y sus coches. Yo le pegaba palizas. Él me mordía. Veíamos la tele acurrucados el uno contra el otro. Él rebuscaba entre mis cosas. Yo le pegaba mis otitis. Él se ponía mis pantalones, mis jerséis. Éramos la coartada del otro ante nuestros padres. En ocasiones nos traicionábamos. Nos odiábamos. Yo me burlaba de sus faltas de ortografía. El día de la madre comprábamos a escote un monedero; el del padre, una corbata. Estábamos en el mismo barco. ¿Cómo pude creer que eso duraría para siempre? ¿Cómo he podido permitir que las amarras se rompiesen?

—Me he comportado fatal —dice Charles.

—¿Cómo?

—Todos estos años. Me he comportado fatal.

—¿De qué estás hablando?

—De tus meteduras de pata y de las mías.

Me río.

—Ah —digo con tono filosófico—, mis meteduras de pata…

Siento deseos de preguntarle por Hugo. Tengo la pregunta en la punta de la lengua. Sé que lo ha visto. Durante las Navidades, los cumpleaños y los entierros. ¿Dónde está mi hijo? Solo eso. Quiero saber dónde vive. Mi hijo. Quiero verlo. Lo extraño.

—¿Cuál de los dos es tu amante? —pregunta Charles.

No entiendo.

—¿El joven o el cortado?

—No es asunto tuyo.

—Venga, dímelo.

Ha abierto la puerta del piso. Cuando salimos al rellano, la cierra con llave.

—¿Te ha dejado su llavero? —pregunto.

—Es muy educado. ¿Cómo se llama?

—Ben.

—Ben es muy educado —prosigue Charles—. Me contó que encontró mi número en tu libreta.

Ben vaciló antes de llamar a algún familiar, pero consideró que era lo correcto. Se sentía culpable porque decía que quizá deberían haberme llevado al hospital, pero no podía faltar a un turno, pensaba que si cerraba el restaurante me enfadaría con él.

—El otro, el cortado —dice Charles—, vino a echarle una mano.

—No es cortado —le digo—, es florista.

—No sé qué tiene que ver una cosa con la otra.

—Pues yo sí.

Nos despedimos delante del edificio.

—Hala, vuelve al trabajo —le digo a mi hermano.

—Tú también.

Me retoca el peinado de perro y se lo agradezco con un breve ladrido.

—A propósito —le digo cuando ya empieza a alejarse— ¿qué te parece mi casa?

Hago un ademán indicando el restaurante.

—Muy de tu estilo —me dice—. Pero es un poco pequeño, ¿no?

Esta conspiración masculina empieza a ponerme de los nervios.

—Ven a comer un día de estos.

No me contesta. Me sonríe y luego desaparece a lomos de su

enorme motocicleta, de una pulcritud irreprochable.

Cruzo la calle trastabillando. La camioneta azul me mira fijamente con sus faros separados en el morro de chatarra. Noto un sabor metálico en la boca, un sabor a sangre. Al llegar a la puerta, me saco un elástico del bolsillo y me hago una coleta. Adiós, perro. Adiós, belleza. Regreso a casa como un unicornio en ciernes. Me aguardan tres caballeros.

Mi regreso es un éxito. Sus expresiones, sus risas. Me invitan a sentarme a su mesa. Estrecho la mano de Ali sin que nuestras miradas se crucen. Nunca en toda mi vida me había sentido tan intimidada.

—El señor Slimane está de acuerdo con nosotros —me anuncia Vincent.

—Sí, bueno, ya vale —digo—. ¿En serio creéis que estoy en condiciones de salir a conquistar el mundo?

Me rozo la contusión con la yema de los dedos. El dolor hace que se me salten las lágrimas.

—Está visto que es usted muy cabeza dura —bromea Ben.

—¿Has tenido que cerrar la tienda? —le pregunto a Vincent.

—No, nos hemos organizado. Simone no tenía clases, así que le hemos dado la posibilidad de escoger entre el fregadero y los ramos. Se ha decidido por los ramos.

«¿Por qué me ayudáis?», tengo ganas de preguntarles. Pero ¿de dónde sale este nuevo mundo en el que se socorre al prójimo? ¿No estaremos creando el primer falansterio viable? Me asusta el misterio de la bondad. De pronto todo me parece insoportablemente solemne. No me lo merezco. No me siento cómoda en el papel de la reina del bondadoso reino de la dulzura y los buenos sentimientos. Soy una mujer peligrosa. Una mujer malvada. La mayor sinvergüenza que la Tierra haya visto jamás. Lo que merezco es la cárcel. Nadie me ha denunciado, pero eso no me excusa. Debería haberme entregado a la justicia, ir hasta la primera comisaría que encontrase y pedir que me esposaran por haberme acostado con un adolescente, por haberlo pervertido, por haberme abandonado a esa abyecta inclinación, por no haber sabido protegerlo de su locura. ¿Le hice daño? ¿De qué se vengaba? Porque se trataba de una

venganza premeditada, con grabaciones y fotos como prueba. Documentos que se aseguró de mandar a mi hijo y a mi marido.

No recuerdo haber visto a Hugo después de eso. Solo los decorados han quedado impresos en mi memoria, vacíos, sin actores. Todavía me parece estar viendo el piso devastado, mi ropa diseminada por todos los rincones de la casa, incluso en el retrete, las puertas destrozadas, las sillas patas arriba, espejos por el suelo, loza en el pasillo, libros rotos, pisoteados. Oigo la voz de Rainer, sus alaridos: «¡No tenías derecho! ¡No tenías derecho!». Me debería haber matado. Tenía la fuerza y las ganas para hacerlo. Sé lo que lo retuvo. No quería que Hugo tuviera por padres sendos criminales. Conservó una gota de sangre fría por él, por nuestro hijo. «Tu madre está loca», le dijo. «Tu pobre madre no sabe lo que hace». ¿Dónde estaba mi hijo en esos momentos? Encerrado en su cuarto, con la cabeza contra las rodillas, tratando de borrar de su mente los estertores, los jadeos, los muslos, los pechos de su madre. Por más que hago memoria no lo encuentro por ningún lado. Tengo muy buena y muy mala memoria. Recuerdo la inclinación exacta de una de mis faldas sobre la pantalla de la lámpara a la que había ido a parar, los pliegues de la seda, la luz de la bombilla filtrándose a través de los motivos; recuerdo la rosa central de un plato roto en cuatro pedazos bajo el mueble del cuarto de baño, había clavado la mirada en ella mientras me arrastraba pegando la cabeza a las baldosas en busca de un refugio; recuerdo el frasco de perfume esparcido por la moqueta de la habitación, el olor dulzón, el cerco anaranjado; recuerdo la sensación de alivio al ver que al fin mi vida era igual de caótica por dentro que por fuera, como si, durante todos esos años, el orden mantenido hubiera sido la mentira más insoportable. Al fin habíamos llegado a ese punto en el que no habría que seguir temiendo lo peor, pues ya había sucedido. Esas imágenes aparecen en mi mente con la misma nitidez que si hubiera pasado horas y horas concibiéndolas, organizándolas. El terror ponía fin al terror, se devoraba a sí mismo, y yo pensaba, muy despacio —cuando todo ocurría muy deprisa—, pensaba: «Gracias, gracias».

Rainer me arrastraba de una habitación a otra tirándome del pelo. «¡Mira!», me decía. «¡Mira lo que has hecho!». Yo retenía hasta los detalles más nimios. Cada prenda de ropa vuelta del revés, cada

mueble volcado, era una recompensa. Había hecho añicos la hermosa vida de tostadas con mantequilla y dobladillos, la agradable existencia de asados y ropa planchada. Seguramente, al principio tomé demasiada carrerilla para realizar la sencilla voltereta que convierte a una chica en mujer y en madre; aterricé de cabeza, inmensamente ridícula.

«¡Hugo! ¡Hugo!». En mis recuerdos lo llamo en vano. Nadie contesta.

Una escena de una época pasada cobra vida. Resplandor de velas, olor a heno y a animales, un hililllo de sangre fluye perezosamente por un barreño de hierro esmaltado. «¿La madre o el niño?», pregunta el médico al desconsolado padre. «¿A cuál de los dos debo mantener con vida? ¿Cuál de ellos lo hará más feliz, señor?». «La madre y el niño», contesta el padre insistiendo en la conjunción que da sentido a su vida. Pero el médico no ha entendido nada y, en lugar de salvarlos a ambos, los asesina. «Ya está, ahora estará contento. Ni madre, ni niño. Así nadie se pondrá celoso».

El día declina. Ali Slimane me muestra mi cocina. Cuando camina no se oye absolutamente nada; cuando habla, solo un murmullo.

—Aquí, las conservas.

Dos filas de tarros multicolores adornan el tajo.

—Aquí, las verduras.

Se agacha y yo hago otro tanto; me crujen las rodillas; a él no. Bajo la ventana ha practicado una abertura y construido una fresquera provista de rejillas de bambú. Coles exuberantes, puerros burlones, acelgas combadas, zanahorias terrosas, calabazas con piel de ocelote o gorro de duendecillo, cogollos con forma de calabaza, hermosos nabos.

—Las legumbres.

En unos cubos de madera, separados del suelo por ladrillos huecos, me miran con su ojo negro las judías carillas, duermen las lentejas rojas, se deslizan las judías de Soissons y se revuelcan los garbanzos.

—Los lácteos.

Encima de la nevera hay ahora un armario bodega. Se abre por medio de un ancho tirador de aluminio que ha de levantarse antes de girarlo. Es un precioso mueble de cocina antiguo en el que reina la fresca penumbra idónea para los quesos de cabra y de oveja, la nata cruda y los yogures con encella.

—En cuanto a la carne —me dice—, le he traído carne de cordero, de ave, también unas cuantas perdices. Abastezco cada dos días. Puedo tratar de apañármelas para traerle pescado, pero es más complicado.

—Olvide el pescado —le aseguro—. Todo esto está más que bien. ¿Me ha preparado la factura?

Me alarga un papel y se aparta en el acto. Silba entre dientes una melodía lenta. Sus tarifas son más bajas que las del mercado. He hecho un excelente negocio, pero él también. Estoy convencida.

—Me ha hecho un precio de amigo —le hago notar.

—De conocido —me corrige—. En verano será más caro con todos esos frutos pequeños y frágiles, tan difíciles de recolectar, las frambuesas, las grosellas.

—¿Será siempre usted quien haga el reparto?

—Siempre.

No me atrevo a preguntarle con qué tiempo va a ocuparse de su explotación si se pasa una cuarta parte de la semana en la carretera.

—Hay que curar eso —me dice sin apartar los ojos del chichón.

Mi mirada sale despedida, zigzagueando de un lado a otro de la cocina para esquivar la suya. Él me hace señas para que me siente bajo la lámpara. Fuera, en la acera, distingo a Vincent y a Ben fumándose un cigarrillo hablando de cualquiera sabe qué.

El señor Slimane me examina. Me toma la cara entre las manos y la mueve suavemente de derecha a izquierda, adelante y atrás.

—Me tendría que haber puesto hielo —le digo.

Niega con la cabeza.

—Échese.

Obedezco. Tendida en el banco, observo las grietas del techo y me pregunto cuál de ellas representará la línea de la suerte, la línea de la vida y la línea del dinero. Son todas larguísimas, lo cual no es de extrañar, porque de un tiempo a esta parte he tenido mucha suerte, he ganado demasiado dinero y me siento con el vigor necesario para galopar mucho después de los ciento veinte años.

Aguardo a que me administre su remedio mientras me dejo arrullar por los escasos sonidos que produce en la cocina. No me hace ninguna pregunta, capta dónde se encuentran los utensilios, sabe encender la cocina de gas y no confunde los cubiertos de ensalada con las espátulas de madera. Al cabo de unos minutos, me llega un olor desconocido, una mezcla de salvia, lirio, caramelo y alquitrán. Solo noto el limón pasados unos instantes. «Qué extraño», pienso, «el limón suele ser lo primero que se percibe». Ali se acerca a mí con una cacerola en la mano mientras mezcla el humeante contenido con una suavidad rayana en la pereza.

—¿Qué es?

—No te muevas. Te voy a extender la cataplasma por la frente, pero hay que evitar que te entre en los ojos o aquí —precisa señalando la parte superior de la herida, el lugar en el que la piel se ha abierto como una estrella, dibujando una arañita de sangre.

—¿Pica? —pregunto preocupada.

—Pica en los ojos, pica en las heridas, pero en la piel calienta y enfría al mismo tiempo.

Me deposita el fragante pez desde las cejas hasta la raíz del pelo, con cuidado de no apretar demasiado. La textura es granulosa, como unos huevos batidos con azúcar, es de color negro regaliz y el efecto se nota de inmediato. Calienta y enfría al mismo tiempo.

Se inclina sobre mí y me mira atentamente.

—¿Qué edad tienes? —me pregunta.

—¿Por qué quiere saber mi edad?

Se echa a reír. Me dice que solo los niños se hacen chichones de ese tipo; que es la primera vez que le aplica el preparado a un adulto.

—Tengo cuarenta y tres años —le digo.

—Está bien —comenta—. Está muy bien. Y ¿qué tal te va con el restaurante?

—No lo sé. Creo que funciona. No se me dan muy bien los números. De eso se ocupa Ben. Dice que tenemos que ampliarlo.

—Dice que hay que «reinvertir» —corrige.

No entiendo qué diferencia hay.

—Lleva razón —añade el señor Slimane.

Mientras me despega la película pegajosa de la frente, lo observo a hurtadillas. Veo su boca, sus labios planos y retraídos. Tiene los

dientes —que un rictus deja al descubierto cuando la melaza se le resiste— bastante torcidos, montados unos sobre otros, y, sin que sepa por qué, me conmueven, como un elemento arquitectónico inesperado. Va echando la pasta en el cazo a medida que la despega. Cuando termina, sonríe satisfecho.

—Está mucho mejor —dice.

Me palpo la frente tímidamente con la yema de los dedos. El chichón ha disminuido de manera considerable. Ali me alarga un espejo de bolsillo tras limpiarlo cuidadosamente. Es espectacular, los colores se han fundido los unos con los otros y se me ha bajado la hinchazón, solo queda la araña escarlata en la parte superior derecha.

—Esta receta me la dio mi vecina —me explica—. Cuando los niños eran pequeños, íbamos al médico cada dos por tres por cualquier motivo. Su madre era muy ansiosa. Pero un buen día, la señora Dubréme, que vive al otro lado de la carretera, me invitó a su casa y me enseñó a preparar ungüentos. No quería que se lo dijese a mi mujer. Decía: «La gente de la ciudad no entiende nada de brujería». Mi mujer venía de la ciudad. «Pero como usted es árabe, no le da miedo, ¿o me equivoco?». No se equivocaba, pero ignoro si era porque soy árabe o porque estaba harto de gastarme un dineral en médicos.

—¿Qué más le enseñó?

—A hacer cataplasmas con mostaza y ortigas, miel de tomillo para curar los esguinces y las cincuenta y tres virtudes del ruibarbo. Y a hacer pociones de amor, por supuesto.

—¿Existen de verdad?

—No, es broma, no existen. Si existieran, mi mujer no se habría ido con el alcalde del pueblucho de al lado.

Su mujer lo dejó. Qué idea tan buena tuvo. Cuánto me alegra que haya encontrado el amor con un político de pueblo. La noticia me causa un regocijo inquietante.

—¿Hace mucho de eso?

—¿De qué?

—De lo de su mujer.

—Cuatro años.

—Recuerdo su tristeza —le digo—. Había algo en su mirada.

—La quería.

—¿La sigue queriendo?

—Ella también me sigue queriendo —contesta saliendo por la tangente.

Empiezo a estar hasta la coronilla de hablar de su mujer. Esta conversación no me conviene en absoluto.

—El amor —continúa— nunca deja de existir. Se transforma, pero no deja de existir.

—¿En qué se transforma?

—En todo, en cualquier cosa. Muy a menudo en odio. En frialdad. En amistad…

—Me pierdo, no entiendo nada de nada.

Me incorporo. El chichón ha dejado de dolerme. Soluciono este problemilla de amor y sigo con mi jornada justo donde se detuvo.

—Es demasiado fácil decir que se transforma —le digo a Ali, que está ocupado fregando la cacerola—. Si se transforma en odio es porque ha dejado de existir. El odio lo ha sustituido. No queda nada de él.

—Hay algo del día en la noche —me responde.

—Su vecina tenía razón, menudo árabe está usted hecho.

Eso le hace reír.

—No me parece que sea de árabes decir que hay algo del día en la noche. Lo escribió uno de vuestros grandes poetas franceses —me informa—. Lo aprendí en el colegio.

—¿Y qué quiere decir?

—Quiere decir que la relación entre un hombre y una mujer es como un firmamento. Tan pronto azul como negro, en ocasiones, nuboso, incluso lluvioso, tanto da, siempre es el mismo firmamento. El odio que sentimos por una persona a la que hemos querido no tiene nada que ver con otros tipos de odio, se nutre de ese amor pasado.

—Pongamos que es así —le digo—. ¿Qué cambia eso?

—Cómo te gusta hablar, ¿eh? —me dice Ali.

Asiento con la cabeza, bajando la vista como si me hubiesen pillado in fraganti. Me gustan tanto las ideas, la manera que tienen de atropellarse, de perderse unas en otras, de darse la espalda, de borrar su rastro. Pero me avergüenzo de dicha afición porque enseguida me faltan las palabras, porque nunca he aprendido a reflexionar, porque poseo la elocuencia de una oca de granja.

—A mí también me gusta —dice él, palmeándose los muslos como si le estuviese indicando a sus piernas que ha llegado el momento de irse.

Se asegura de que todo esté en orden y me informa de su próxima visita.

—Tú también estabas triste —me dice en el umbral—. Podía leerlo en tus ojos.

Nuestras miradas se cruzan al fin. «Habrá noche en nuestro día», me digo al contemplar sus pupilas, oscuras como bayas de enebro.

Me horripilan las entrevistas de trabajo. Ben ha insistido: es fundamental que las haga yo misma. La gente debe saber quién es el jefe, me ha explicado.

Hemos puesto un anuncio y nos llueven las respuestas. Los *curriculum vitae* y las cartas de presentación se precipitan por la boca del buzón, ahogando las facturas con su jubiloso torrente. Recibo a los candidatos junto a un escritorio pequeño que, no sé cómo, hemos logrado colocar tras la barra. Vienen durante los escasos momentos muertos que tenemos, y la conversación está salpicada de las estridencias del taladro, las vibraciones del martillo neumático y los mazazos en los tabiques. La transformación de la antigua mercería ha dado comienzo. Unos hombres con casco naranja, amarillo y blanco vienen y van. Se alimentan exclusivamente de bocadillos de queso y manzanas. Forman un grupo singular, poco locuaz y bromista. Hablan entre ellos en una lengua que desconozco. Cuando se dirigen a mí se expresan en un francés lleno de erres que vibran y desprovisto de artículos definidos. Pero prefieren hablar con Ben. No les inspiro confianza.

Lo que más veo en las entrevistas son chicas jóvenes. Algunas son blandas como peladuras de pepino, otras huelen a tabaco a tres metros; las hay muy tontas que solo saben responder: «No séee»; las hay que son listas, aunque les cuesta muchísimo expresarse, se ponen coloradas, giran los ojos de un lado a otro y tartamudean de nervios. Un jueves por la tarde recibo a la señorita Rouleau Malory. Me he enamorado de su nombre. Rezo por que sea la candidata ideal. «Rouleau Malory, Malory Rouleau», entono como si se tratase de una canción infantil. La imagino vivaracha y sensual, exótica y tranquilizadora. No leo ningún currículum, no exijo ningún certificado, ningún título, ni la más mínima experiencia. Sé lo fácil que es falsificar esos documentos. Por tanto, lo ignoro todo acerca de Malory Rouleau.

Cuando entra en el restaurante, le encuentro parecido con un plátano y, aunque me guste esa fruta tan nutritiva e injustamente despreciada, me siento decepcionada enseguida. Se acomoda frente a mí, tiesa y blanda, lo mismo que su emblemática fruta. Tiene las mejillas largas y beis, tediosas como un día de invierno.

Me distraigo echándole un vistazo a la lista de entrevistas.

—Así que usted es… —le digo, como si no supiese a quién tengo delante.

—¿Rouleau Malory?

Pronuncia su propio nombre en tono interrogativo. ¿Acaso espera que le confirme su identidad?

—¿Y cuántos años tiene?

—¿Veinticinco?

Una vez más, pide que le den seguridad.

—¿Títulos? —digo escuetamente, confiando en que mi laconismo la incitará a explayarse.

—¿He ido a una escuela de hostelería?

«¿Y ahí es donde la enseñaron a hablar así?», me entran ganas de preguntarle. No lo hago. Continúo con el interrogatorio a la vez que pienso en las diferentes torturas que los padres infligen a sus hijos y los profesores a sus alumnos para que acaben de esta manera, abúlicos y amorfos. Más que en un plátano, Malory Rouleau me hace pensar en comida masticada.

Estas entrevistas me desmoralizan. Soy demasiado exigente. Ni que estuviera buscando a la mujer de mi vida… Al cabo de tres días de entrevistas, la caspa me da alergia, la más leve espinilla me repugna y las barrigas al aire me provocan escalofríos. Ben se burla de mí.

—No era así de remilgosa cuando me contrató —me hace notar.

—No tiene nada que ver —le digo—. Tú eras el único y eras perfecto.

Sonríe. El sufrimiento le divide el rostro en dos.

—¿No irás a ponerte a llorar? —le digo en tono marcial.

—Sí —contesta.

Cae una lágrima. Solitaria y perfecta.

—Sabes, Ben, dentro de poco voy a…

Me tapa la boca con la mano. ¿Cómo sabe que quiero hablarle de mi partida? ¿Cómo ha comprendido que deseaba mencionar mi

sucesión? Lo convertiré en mi heredero. Siento que el final está próximo. Está claro que no soy la única. No me ha quitado la mano de la boca. Es entonces cuando Barbara entra en mi casa.

Barbara es alta; más que alta, altísima. Tiene unos treinta años, la frente despejada y luminosa y el cabello espeso y rojizo recogido en un moño a la altura de la nuca. Camina a grandes pasos, no es tímida.

—¿Molesto? ¿Prefieren que vuelva más tarde? Vengo por lo del anuncio.

Ben retira la mano.

—Siéntese —le digo.

Coloca el bolso en una silla, se sienta frente a mí y mira a su alrededor. Menea la cabeza de un lado a otro, con expresión radiante. Me muero de ganas de saber qué opina. Tan solo lleva un minuto ahí sentada y ya me he acostumbrado tan bien a su presencia que puedo imaginar el desconsuelo que me producirá su partida. Huele a jabón. Parece avispada.

Barbara es catedrática de matemáticas y está muy poco cualificada. Me dice:

—Más vale que sea sincera con usted, no sé cocinar. No sé ni cocer un huevo.

—A mí me pasaba igual —le digo en tono algo maternal—. Pero eso se aprende.

—Yo no aprenderé —replica.

Me complace su autoridad. La contrato en el acto, estoy orgullosa de mi elección. Al cabo de tres días, ella es la jefa y yo la empleada, y bien está que así sea.

Resulta difícil explicar en qué consiste el trabajo de Barbara. Desde que está con nosotros, Vincent ha caído en la cuenta de que Mi Casa es un restaurante. Me dice cosas como: «Pasaré a verte al restaurante», o bien: «Toma, te he traído unos claveles blancos en oferta para el restaurante». Nada ha cambiado, pero todo sucede mucho más deprisa. Hasta las obras se aceleran. Ella es el aceite en los pistones, el viento en la vela. Ben la ha aceptado enseguida. No estoy celosa, me siento aliviada. Cuando le pregunto por qué, con todos los títulos que tiene en su haber, no busca un empleo mejor remunerado, más adecuado para ella; por qué no da clases, por ejemplo, me explica que lleva toda la vida en las aulas y que por el

momento no tiene pensado volver. Quiere ver gente. «Pues no se sentirá defraudada», le digo, «en el restaurante hay mucho movimiento». Desea saber cómo funciona un pequeño negocio y necesita ahorrar algo de dinero para dar la vuelta al mundo dentro de un par de años. Por un instante se me pasa por la cabeza que quizá su cátedra sea igual de ficticia que mis prácticas en las cocinas del Ritz, pero destierro esa duda. No necesito saber más. Barbara sabe hacer todo lo que yo no sé. Delega, organiza, selecciona. Canta mientras trabaja y saca partido maravillosamente a las flores de Vincent. Es un as de la limpieza y de la racionalización del espacio. Dejo que escoja los muebles nuevos para la mercería. El proveedor de la avenida de La République le hace incluso mejores precios que a mí.

Un mes después de su llegada inauguramos el comedor grande. Ben quiere dar una fiesta, y yo le digo: «Sí, por qué no, es buena idea». Y algo en el pecho, algo pesado y solemne como el péndulo de un reloj, se desplaza con amenazadora lentitud. El tiempo da la vuelta sobre sí mismo y tiene lugar la segunda inauguración, que recuerda a la primera, solo que esta vez todo es perfecto. Mis padres, mis amigos e incluso mi hermano, que por fin se ha dignado venir a verme, brindan por mi éxito. Hemos invitado a nuestros más fieles clientes. El barrio entero desfila por el restaurante. Simone y Hannah, que se han reconciliado, aunque ignoro cómo, abren el baile. La gente baila, come y bebe. «Esto es genial», me dicen. Es la mejor fiesta, la velada más hermosa de su vida. Contemplo las bocas sonrientes, las caderas ondulantes, las manos tendidas. Lo oigo todo, la música, las palabras, los tapones de champán al descorcharse, las risas, pero es como si me hallase dentro de una jaula de cristal. Nada de lo que trago me sacia, el alcohol no me emborracha. Tengo la sensación de asistir a mi propio entierro. Me fijo en detalles ínfimos. Una junta entre dos baldosines más gruesa que las demás o una corteza de pan atrapada entre el aro de zinc y la fórmica de una mesa redonda llaman poderosamente mi atención. La gente me besa, me abraza, me habla. Mi mirada huye hacia la gran puerta lacada en azul que he mandado pintar a modo de trampantojo en la pared del fondo. Me gustaría llamar a la señora Cohen y decirle que no hay ningún inconveniente para celebrar el Bar Mitzvá de su hijo, que todo está listo. Desearía

franquear esa puerta y perderme en el jardín que mi mente dibuja en la parte trasera. En él, la hierba es fresca y suave y los juncos se doblan a la orilla de un río. Siembro tilos, carpes, olmos llorones, prunus y liquidámbares. Planto rosales antiguos, junquillos, dalias de cabeza pesada y melancólica y parterres de nomeolvides. Entre las piedras de una rocalla, se abren paso unos murajes, armados del valor propio de las especies diminutas. Unas alcachofas victoriosas alzan sus asombradas flechas hacia el cielo. Los manzanos y las lilas florecen al mismo tiempo que los eléboros y las magnolias de invierno. Mi jardín no sabe de estaciones. En él hace calor y fresco. La escarcha convive con los ondulantes espejismos del calor. Las hojas caen y vuelven a salir. Crecen y vuelven a caer. La glicina trepa al asalto de lienzos de pared caídos, de porches antiguos que conducen a un sendero flanqueado de bojes de conmovedora fragancia. Los frutos embalsaman el aire. Melocotones descomunales, albaricoques mofletudos, cerezas como joyas, grosellas, frambuesas, tomates crujientes y cardos recubiertos de vello se atiborran de luz y de agua, porque, entre dos rayos de sol, llueven gotas con los colores del arco iris. Al fondo del todo, más allá de una cerca de madera pintada, arranca el camino del bosque, tapizado de hojarasca parda y resguardado del calor del cielo gracias a la amplia sombrilla de hojas que se agita con la brisa. No distinguimos el final del sendero. Andamos, seguimos andando, respiramos.

Ali me ha traído un regalo. Llega tarde. Creí que no vendría. «Demasiado tímido», me dije. En los brazos sostiene un paquete envuelto en papel de periódico. Sonrisa enigmática.

—¿Puedo abrirlo?

—Es frágil —me advierte.

Me alarga la cosa, voluminosa y liviana. ¿Qué es lo que no pesa nada, se estropea con los golpes y tiene aproximadamente la forma de un balón? Es una adivinanza. Me aconseja que tome asiento en un rincón apartado para abrirlo. Nos escondemos detrás del bar. En cuclillas, bajo la barra, intercambiamos guiños de conspirador. Unas voces me llaman: «Myriam, ¿dónde colocamos las botellas vacías?», «Myriam, ¿queda pan?», «Myriam, ¿dónde has metido el sacacorchos?». Estoy ilocalizable. Deshojo mi regalo sin prisa y en el corazón del envoltorio impreso descubro una enorme bola de

inquietante blancura y suave como la piel del vientre de un bebé. Indecisa, presiono la superficie con el índice. Esta es a la vez blanda y resistente. Huele a bosque. Examino con atención la enorme pelota esponjosa en busca de una arruga, una fisura. Pero es completamente lisa.

—¿Sirve para leer el futuro? —pregunto.

Ali revienta de risa.

—Es una seta, cómo se nota que eres de ciudad —me dice.

No me lo creo. Nunca he visto una seta redonda, enorme y de un blanco tan perfecto.

—Pero ¡si no tiene pie! —se rebela el micólogo que dormita en mí.

Ali le da la vuelta con cuidado y me muestra una zona ligeramente accidentada y oscura.

—Por ahí es por donde se adhiere —dice.

—¿Estás de broma?

—No. Se llama pedo de lobo gigante. Es comestible.

—¿Dónde la has encontrado?

—En mi jardín.

—¿Está buena?

—Es deliciosa. La fileteas como… como un lomo de vaca y luego la asas en la sartén con aceite de oliva.

—¿La has cogido en tu jardín?

Hace un gesto afirmativo con la cabeza. Le hizo pensar en mí, según me explica. Como un rostro sin ojos, boca, nariz u orejas, un rostro como un alma. Se acordó de mí y se dijo que me haría gracia y me daría ganas de viajar. Porque soy curiosa. Porque siempre estoy haciendo un montón de preguntas. Dice que sí, que a fin de cuentas es cierto, se puede leer el futuro en ella.

—No entiendo.

—El futuro es lo que desconocemos, aquello en lo que nos negamos a creer con demasiada facilidad.

Le pregunto si las hay más pequeñas.

—Las hay de todos los tamaños.

—¿Cómo es posible?

Se encoge de hombros. La naturaleza es así. Concibe sin límites y en todos los formatos.

—Pero ¿por qué?

—Para perdurar. Por precaución.

Me habla de las distintas variedades de grosella negra, de las pecas que motean la piel de las peras, del humor de las vacas y de la audacia de las liebres. Caminos, sombras, hoyos, arroyos subterráneos, hierba que corta, hierba que silba, vincapervincas y bocas de dragón. Lo describe todo hasta el más mínimo detalle, sin lirismo, como si tuviésemos que realizar un levantamiento topográfico de manera urgente.

Acaricio la bola blanca, asombrosamente suave, y dejó que su mensaje codificado me suba por los dedos. Ali posa su mano sobre la mía. Observo la maravillosa gradación de su piel morena sobre mi piel pálida y la superficie blanca. No me atrevo a alzar la vista. Me gustaría que el cristal opaco y mullido de la seta mágica nos llevara lejos de aquí, al lugar donde el sentido de la vida se reduce al grato deseo de vivirla.

—¿Vamos? —me pregunta.

—Venga, vamos.

Aviso a Barbara de que me voy.

—Volveré dentro de dos días.

Tendrá que despedirse de los invitados de mi parte, disculparse ante ellos, explicárselo a Ben. Balbuceo mientras me escucha con benevolencia y me tranquiliza.

—No pasa nada, de todos modos están borrachos como una cuba.

Salgo de Mi Casa por la puerta lateral, con una luna llena bajo el brazo. Ya en la calle, llevo a cabo un inventario mental: setenta sillas, dos bancos, veinte mesas, seis fogones, dos frigoríficos… Quiero saber lo que dejo atrás. Me apoyo en ese tranquilizador recuento, pues mi cuerpo apenas si logra avanzar. Todo late con demasiada fuerza ahí dentro. La sangre bulle. Todo tiembla. Todo se dispersa. Tengo tantísimo miedo. Miedo como nunca. Quiero perderlo todo. Despojarme de todo. Que no quede nada para que pueda dejar de temer que me desvalijen y me roben, porque de pronto todo se me antoja valioso. Cada uno de mis recuerdos gime quedamente en mi interior. «No me dejes», suplica el pasado. «No nos abandones», lloran las imágenes. El tiempo me habla, me amonesta. Contra el paso de este, redacto mi testamento. Tras la lista de objetos viene la lista de gente. Unos rostros caen rodando y

tintinean como monedas introducidas por la ranura de una máquina tragaperras, cascabeleo de mejillas contra cascabeleo de nariz y orejas. «¡No nos dejes!», gritan las bocas antes de caer en el olvido. «No os olvido», les digo. «No olvido nada. Os cuento y os junto, os ordeno para contemplaros mejor. Nada malo, solo un balance sin conclusiones. Una escalada. Para comprobar si, acumulándoos, colocándoos unas encima de otras como ladrillos, puedo escalar, construir la inmensa escalera que necesito para colgar esta luna de mi cielo». A las personas les digo que serán el armazón y a las cosas les explico que serán el material. Tengo que construirla inmediatamente. Debo estar a la altura. ¿Pero cómo conseguirlo? Vaciando todos los cubos de basura de mi existencia, mezclando los desperdicios con las adquisiciones más recientes, las más costosas, y siguiendo adelante con el ascenso, aunque no me queda en las venas ni una sola gota de sangre y bajo la piel ni una sola gota de sudor. Me he evaporado. No queda más que el péndulo amenazador, cuya inexpresiva cara de cobre viaja de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, ínfimo recorrido del segundo que me indica que ya es hora.

La camioneta azul corre en medio de la noche. Es una caída vertiginosa fuera de la ciudad, lejos de las luces, hasta la silente oscuridad del campo. Pero nuestros ojos y oídos no tardan en acostumbrarse. Apenas nuestros pies huellan la hierba y el rugido del motor y el halo despedido por los faros se extinguen, acertamos a ver y a oír. Se alza el telón sobre una escena nocturna y aparecen diminutas estrellas invernales y cintas de nubes que se estiran, grises, o tal vez azules, de constelación en constelación. El follaje de los árboles de hoja perenne se perfila contra el cielo. Diviso unos bosquecillos con aspecto de oso gigante. Las copas de los árboles de un bosque situado ligeramente a nuestra izquierda dibujan sobre la colina la silueta de un dinosaurio adormecido. Entre las ramas caídas se oye algo escarbando, pululando y después nada. A punto de desvanecerse, me llega un olor a musgo sofocado por el frío. Un pájaro llama. Nada. Un pájaro responde. Nada. Dos brazos me rodean los hombros, luego la cintura, las caderas, las rodillas. Sus manos alrededor de mis tobillos. Estas suben y se posan en mis muslos, en mi vientre, en mis senos, en mis ojos, en mis orejas. La boca que me sé de memoria —la del hombre que nunca me hará

llorar, el hombre que tengo a mi espalda y me agarra, me rodea— me muerde la carne del cuello. Ya está. El hombre que jamás me haría llorar, que me lo había prometido, hace que un río de lágrimas me corra por las mejillas, las axilas y las piernas. No le guardo rencor por esa mentira. La fuerza de este engaño es mejor que ninguna otra cosa. Deseo que me mienta, que se desdiga, que se contradiga. Cree saber y no sabe nada. Y de él lo desconozco todo y ardo en deseos de saberlo todo. La ropa tirada en el suelo a nuestro alrededor forma continentes surcados por cadenas montañosas que albergan ríos de rocío. Hacemos el amor en el bosque. Prendamos fuego a las camas, a las sábanas, a las almohadas. Que no quede colcha ni somier. Una pira inmensa, cuyas llamas lamen y consumen los muebles, el confort de los techos sobre las cabezas y la mullida suavidad de los edredones, estalla en la noche. La oigo crepitar mientras mi cuerpo se extiende de un valle a otro. Un codo en la colina, un dedo del pie junto al acantilado, la nuca en los peñascos que bordean la cascada, el omóplato rodando por la tierra del camino, el índice levantado contra el tronco de un roble, la zona lumbar restregándose contra un lecho de liquen, la rótula apoyada en la estribación de una meseta, la cabeza amoldándose al limo de la orilla de los charcos, los cabellos nadando en las olas, más salados que las algas. Grito. Nombro uno a uno los átomos de mi piel para que se reúnan y por último me encojo. Cuando el frío empieza a aguijonearnos, nos arrastramos hasta la casa, situada a pocos metros, y dejamos la ropa descansar al raso.

Cuando abro los ojos, el albor mortecino de la mañana me llena de tristeza. Me habría gustado que brillase el sol. Pero no, solo veo un cielo impreciso, apagado. Estoy sola en una cama desconocida. Arrugo la gruesa sábana de algodón y me la meto en la boca. Experimento la insondable soledad del niño que se despierta en casa ajena. Lo han llevado hasta ahí mientras dormía. No sabe de quién son los brazos que lo han dejado en esa cama durante la noche ni de quién será la sonrisa que lo recibirá al despertarse, desconoce las costumbres de la casa y no se atreve a levantarse por temor a despertar a los demás. Le preocupa que en ese nuevo hogar no sepan hacer chocolate caliente, que es lo único capaz de

tranquilizarlo.

Alzo la cabeza tímidamente y miro el jardín que se recorta en la ventana. La camioneta está aparcada a escasos metros, con el morro enfurruñado. Me yergo un poco más a fin de divisar el suelo, buscando la ropa que me quité anoche. Ha desaparecido. Ali ha debido de levantarse con el alba para recogerla y recolectar las pistas. ¿Qué habría dicho la señora Dubréme, la bruja de enfrente, si hubiera visto los jerséis, los calcetines, la ropa interior y los pantalones inmortalizados por el tenue glaseado de la escarcha?

Me pregunto qué conviene que haga. No quiero estar aquí. Temo las palabras del día siguiente y, quizás aún más, las miradas. Quiero volver a mi territorio, donde todos los objetos me resultan familiares, donde reina lo ordinario, donde no es preciso pensar. Trato de figurarme lo que va a suceder. Imagino un olor a café deslizándose por el resquicio inferior de la puerta, un desayuno en la cama (siempre me he negado a comer acostada, no es bueno para la digestión, además, luego te vuelves a quedar dormida sobre las migas). En otra versión, me levanto enrollándome en la toga de sábanas, como hacen en algunas películas, y voy a sentarme a la cocina, donde me aguarda un tazón de porcelana con motivos de color azul. No me atrevo a decir que prefiero las tazas. Reímos incómodos y pronunciamos palabras desafortunadas. Nos inundan la vergüenza y la decepción, y frente a ellas levantamos un penoso embalse de pan con mantequilla —cuando a mí solo me gusta comerme mis rebanadas con queso. Imagino a continuación un escueto mensaje sobre la mesa: «La estación está a tres kilómetros, puedes coger la bicicleta que hay en la parte trasera. Ha estado realmente bien. Hasta pronto».

Las distintas hipótesis me paralizan. No sé cómo he de vivir lo que va a suceder. Me gustaría simplificar el encuentro, poder tenderle un video de mi pasado y decir: «Aquí está, esto es lo que he vivido hasta ahora. Míralo y luego hablamos». Me siento demasiado vieja para hablar de mi infancia, de mis padres, de mi matrimonio y de todo lo demás. No creo en los nuevos comienzos. ¿Qué va a hacer conmigo? Estoy enfadada con Ali. Lo detesto por no haberme conocido antes. Estoy resentida con él porque me veo obligada a explicarlo todo. Me dejo embargar por la lasitud del maestro desmotivado ante el alumno idiota. No he de permitir bajo ningún

concepto que se haga ilusiones. Tengo que desaparecer cuanto antes. Iré a pie hasta la carretera principal y una vez allí haré autoestop. Le haré saber que no deseo volver a verlo. Se acabaron los repartos. Me ha engatusado con sus verduras ecológicas. Ya va siendo hora de que descubra Rungis. He cometido una estupidez, pero ya estoy acostumbrada, no es más que una minucia para una delincuente como yo. Salto fuera de la cama, resuelta a huir con la mayor rapidez posible.

En una silla, doblada como es debido, hallo mi ropa. La toga cinematográfica ya no será necesaria. Me lo pongo todo como una posesa. Llevo el jersey del revés, las mangas de la camiseta se retuercen a la altura del codo y me cortan la circulación, me pillo la piel de la barriga al subirme la cremallera del vaquero. Sollozo de rabia. Abro la puerta como una exhalación, igual que un huracán a punto de asolar la casa. «¿Dónde leches está la cocina? Esta casa es descomunal, hay habitaciones por todos lados. ¿Es un hotel o qué?». Camino con paso pesado, doy puntapiés en el marco de las puertas alertando a la población. Pero nadie responde. No hay nadie ahí dentro. El baño está alicatado con gresite plateado. «¡Esto no es un hotel, es un burdel turco! ¡Un puñetero burdel turco!», grito. Echo a correr pasillo adelante y un espejo me devuelve la imagen de una loca con el maquillaje corrido. El cabello le dibuja una aureola alrededor de la frente. Me detengo en seco, retrocedo varios pasos y examino mi reflejo. No me suena esa cara. Tengo las mejillas sonrosadas bajo los regueros de rímel. Ni una ojera. Estoy mona. Sigo averiguando con mayor tranquilidad y al cabo llego a una estancia pequeña en el piso de abajo. Está iluminada por tres ventanas y presidida por la tranquilizadora estufa. Alguien ha encendido el fuego. Hace calor. No hay ninguna taza, ningún tazón de humeante café sobre el hule azul. Un gato blanco y gris me examina amistosamente desde el poyete de la ventana. Tengo la impresión de que me está sonriendo.

Por la ventana distingo a Ali paseando de espaldas a mí por el jardín. Espero a que se dé la vuelta. Cuando me ve se pone a silbar. Me restriego los restos de maquillaje de forma mecánica. Me atuso el pelo. Ali da su visto bueno. Articula palabras inaudibles. Contesto sin que salga sonido alguno de mis labios. Él me hace señas para que me acerque a donde está. Yo le hago señas para que entre.

El gato blanco y gris tiene los ojos prácticamente cerrados bajo las caricias de mis dedos.

Ali se aleja con las manos metidas en los bolsillos y tras doblar la esquina de la casa desaparece a la derecha. Espero a que vuelva, con el corazón ardiendo en el pecho.

Las horas siguientes las paso entre sus brazos, sobre su espalda. Me lleva cogida. Le gusta mucho lanzarme de un hombro a otro como si fuera un fardo. Cuando empieza a oscurecer nos entra un hambre espantosa y decido preparar un plato que tarda tres horas en hacerse. Ali está de acuerdo. Mientras esperamos intentamos recordar todo lo que aprendimos en las clases de Educación Física del colegio; la demostración de la proeza es obligatoria y se hace inmediatamente después de anunciarla. «¿Voltereta hacia delante?». «Sé hacerla». Nos ponemos manos a la obra. Voltereta hacia atrás, aterrizaje, spagat. Más difícil. La plancha. Salto de longitud. Lanzamiento de peso. Triple salto. Mantener el equilibrio. «¡Caminar con las manos!», grito cediendo ante la puja. Ahora me toca hacerlo. Ya hace rato que ha caído la noche en el jardín que nos hace las veces de estadio para nuestras olimpiadas privadas. Inspiro profundamente y, casi sin impulso, pensando que solo se trata de caminar —lo mismo da que la cabeza esté arriba o abajo—, me doy la vuelta y avanzo igual de ágil que un insecto. La fuerza de mis brazos me deja asombrada. No resulta nada fatigoso. Es como andar con los pies.

De regreso al restaurante, no hago sino equivocarme. Alzo la mano para coger el café en el estante de arriba cuando se encuentra en el armario de abajo. Confundo el cajón de los utensilios con el de los cubiertos, busco el tirador del frigorífico a la derecha, cuando en realidad está a la izquierda. Mi cuerpo ha tomado en secreto la absurda decisión de asimilar perfectamente la geografía de la cocina de Ali. En dos días, durante los cuales no he hecho más de tres comidas, mis manos han grabado datos nuevos e inútiles y se han deshecho de los antiguos, tan necesarios. Mi eficiencia peligra. Soy lenta, soy torpe. Río tontamente. Barbara me hace notar que utilizo muchísimo la palabra «*ali*mento», insistiendo en las dos primeras sílabas.

Ben está de morros conmigo.

—Vino una chica —me dice con voz glacial.

—¿Y?

—Preguntó por usted.

—¿Por qué?

—No lo dijo.

—¿No le preguntaste?

—Me mostró una foto del periódico. Quería asegurarse de que era usted.

—¿Una foto?

Ben me alcanza un periódico gratuito de esos que reparten en la entrada del metro. Lo abre por la sección de restaurantes. En el apartado dedicado al distrito XV, el único establecimiento que se menciona es Mi Casa. Hay un artículo que no alcanzo a leer y una fotografía un poco borrosa. Examino la fotografía con mano convulsa.

—No se ve muy bien porque la han sacado a través de la cristalera —observa.

—Voy a denunciarlos.

Ben suelta una carcajada.

—¿Quién se cree que es, Britney Spears?

«Myriam os da la bienvenida a…», releo el principio de esa frase varias veces y siento vergüenza, «su alegre caos…». ¿Cómo que alegre? ¿Cómo que caos?

—Vamos a ver, ¿—a ti te parece que el local sea caótico? —pregunto indignada.

—Nos viene muy bien. Le viene muy bien —rectifica, señalando las tres estrellas con que el periodista nos ha obsequiado.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunto.

—No. No tengo relaciones en la prensa —contesta en un tono absolutamente neutro—. Pero si las tuviera, no me lo habría pensado dos veces. Es un artículo muy bueno. Incluso menciona el servicio de comidas para llevar y el comedor para niños. Todas nuestras creaciones…

Se muestra entusiasta. Quiere que lea el artículo.

—Estamos perdidos —digo—. Se acabó lo que se daba.

No miro a Ben, le hablo a mi foto, a la foto del periódico.

—Pero ¿qué está diciendo? —pregunta Ben.

—Tendremos que cerrar —digo—. Estoy perdida. Tendremos que cerrar.

—Deje de decir disparates —me corta—. ¿No le irá a dar un ataque de nervios por una simple foto en el periódico?

No se me ocurre nada que responder. No acierto a explicarlo, pero estoy sinceramente convencida de que tenemos que dejarlo todo. Reconozco el innegable signo de la decadencia. No quiero revivir la caída. No soportaría descender. Solo puedo subir.

—La chica era muy bonita —dice Ben.

—¿Qué chica?

—La que preguntó por usted.

—¿—Cuántos años tenía?

—Entre dieciocho y veinte.

—Todo el mundo es bonito a esa edad —comento—. Yo también lo era.

Ben no puede más.

—¿Es el amor lo que la vuelve tan coñazo? —me pregunta.

Sé que todo en esa frase le cuesta, la pegajosidad del sustantivo «amor» y la exageración y la grosería del calificativo «coñazo».

—Disculpa —le digo mordiéndome el labio—. Es que todo parece tan real, tan definitivo…

—Dijo que volvería a pasar —me espeta arrebatándome de las manos el periódico.

Lo mete en su bolso, no sea que me dé por usarlo para poner mondaduras de patata.

—¿Cuándo?

—No lo precisó. Le dije que usted volvería boy.

Un mal presentimiento se adueña de mí. El peligro nunca viene de donde uno se lo espera. Sospecho que pueda tratarse de una inspección sanitaria. Aquí nada cumple las normas. Temo ser interrogada, juzgada, castigada por una mujer más joven que yo. No se andará con contemplaciones. Me aterra la cuchilla de la inmadurez. Mirada avezada, nariz recelosa. No se le escapará el más mínimo fallo.

Y ¿luego qué? Redactará el acta. No podremos pagar la astronómica multa y quebraré. Después de todo no estaría mal. Cerramos. Detenemos todo. Lo bueno nunca viene de donde uno se lo espera. Acepto la condena de antemano. Estoy deseando que me acusen y me desposean para, a continuación, huir.

Cuando me acompañó a la estación, Ali me dijo: «Eres la persona más salvaje que conozco». Volví a pensar en la cama, que había hecho con esmero, en el salteado de ternera con salvia y limón, tan tierno y tan bien presentado en su fuente, en los escobazos precisos después de cada comida. Me había instalado en su casa como si fuera a vivir en ella de por vida. Había sido la esposa perfecta. Fruncí el ceño.

—No lo entiendo.

—Está muy bien —me dijo—. Una granjera montaraz es exactamente lo que necesito. Temía que fueses una chica de ciudad, pero en realidad no lo eres.

Se echó a reír y me abrazó. No me pidió que volviera. No me pidió que me quedara. Se limitó a acariciarme la cabeza tal y como acaricia la de los conejos, los gatos, las becerras y las gallinas cuando los va a matar, pero no solo por eso, también porque los quiere. Después exhaló un profundo suspiro y, entre risas, dijo algo

que no alcancé a oír porque el tren entró en la estación con un rechinar de raíles.

Lo aprendí en el colegio. Nosotros, los humanos, nos mantenemos al margen de la cadena alimenticia. No estamos metidos en el ajo. La mosca es devorada por la rana, que es devorada por la garza, y esta, a su vez, es devorada por… O bien: el pájaro, que engulle al gusano, muere a continuación degollado por el gato… También podemos empezar por el pez.

Por supuesto, existen grandes depredadores, animales que no se encuentran emparedados entre los animales que se comen y los que se los comen. Nadie se come a los grandes depredadores. Pero se los mata. Los humanos los matan, a veces.

También debemos mencionar a las pequeñas presas, que, al igual que los grandes depredadores, se libran de quedar aprisionadas en el sándwich y solo conocen la rebanada de pan con mantequilla: algo se las come, pero ellas no comen nada o, en cualquier caso, ningún ser animado, nada que sufra o sangre.

Nosotros, los humanos, estamos solos. Un escalón por encima de los grandes depredadores. Somos parias de este maravilloso sistema. Puede darse el caso de que una criatura devore a uno de los nuestros. No obstante, sabemos que es un incidente que se produce al margen de la cadena.

Me pregunto si ese aislamiento no será nuestra mayor desgracia. Es por ahí, a través de ese minúsculo desgarrón, por donde la existencia pierde su sentido, como un neumático pierde aire. Dado que no existe nada que nos desee ningún mal, nos corresponde a nosotros inventar nuestra propia adversidad.

Fantaseo con la idea de organizar una especie de concilio de los grandes depredadores (¿cuántos podríamos aspirar a participar en él?). El león, el cocodrilo, la orea, el tigre, el oso… No estoy muy puesta en cuanto a costumbres animales, por lo que es posible que cometa errores. Lo que me interesa es el principio. Nos reuniríamos todos los años para debatir en torno a cuestiones tan dispares como:

«La necesidad del peligro», «Los mecanismos del miedo», «¿Cómo gestionan las pasiones las especies que no están en peligro de extinción?». Como humanos, seríamos miembros honorarios de esa ilustre comisión. Un acercamiento a las elites de asesinos permitiría que nos sintiésemos menos aislados. También estaría presente su majestad el invencible paquidermo herbívoro, el profesor elefante, como moderador de los coloquios.

Se hablaría mucho de la melancolía de los dominantes, de la indefinida sensación de amenaza, jamás materializada, del insomnio ligado a la culpabilidad. Terminaríamos irremediablemente envidiando el destino de nuestras víctimas. Las presas. Nuestras tiernas presas, que se dedican a disfrutar de la vida hasta el día en que, sin previo aviso, las decapitan de una dentellada.

Procuro imaginarme las satisfacciones de un pardillo: «Umm… He encontrado un gusano blanco. ¡Uf! Me he salvado de las garras del gato. ¡Qué día tan estupendo!».

¿Acaso es posible que, en una situación de pobreza extrema, el hombre acabe en el pellejo del pardillo? Imaginemos una hambruna que se complica con la presencia de una guerrilla: «¡Ummm!», dice el hombre-pardillo, «he encontrado una lombriz». «¡Uf!», exclama a continuación, tras escapar por los pelos del machete o de una bala de fusil. «¡Qué día tan estupendo!». Pero no funciona. La felicidad del hombre no tiene nada que ver con su supervivencia. No radica en ello. Debido a la conciencia, a la esperanza, a la infinidad de posibilidades.

En determinadas épocas de mi vida fui una mujer-pardilla. Sobrevivía. Era un milagro despertarme con vida cada día de tan acuciante que resultaba la tentación de ponerle fin. En ocasiones, cuando veía la luz chillona del sol de marzo dorando las fachadas de piedra blanca en los muelles del Sena, trataba de hacer memoria: ¿Cómo se hacía? ¿Cómo se hace para que esto parezca hermoso? ¿Cómo disfrutar de ello? Recordaba ese lujo gratuito que era el placer de la contemplación *y veía* claramente que era necesario construirle una base, que la gozosa sensación dela belleza solo podía reinar sentada como un pachá sobre otras sensaciones, que nunca sería la primera. «¿Por qué pedir más?», me preguntaba indignada. «¿Acaso exigir la felicidad no es un insulto a la vida? Sé una buena pardilla y confórmate con existir».

He recobrado fuerzas. Heme aquí recuperada. Ya no me basta con mantenerme con vida. Mi avidez y mi apetito están al acecho, y, por tanto, el temor invade mi sobresaltado corazón. Antes me he equivocado. Se me ha pasado desapercibido un detalle importante. Es cierto que no participamos en la gran matanza circular, pero poseemos, dentro de nuestra propia casta, un sistema más que satisfactorio de depredación mutua. Pienso en la muchacha de la que me ha hablado Ben, la que es bonita, la que quiere mi pellejo y de un día a otro vendrá a matarme. Me cuesta imaginar que esa chica me pueda desear algo bueno. Es mi ángel exterminador, la he reconocido por su batir de alas. En la mano, mi sentencia de muerte. En los ojos, puñales. Me siento vieja. Vieja y ridícula con estas locuras bucólicas.

Con un delantal atado a la cadera, corto y pico sin brío. Me cuesta mucho montar los menús. La comida me aburre. Vuelvo a mis clásicos y nadie se da cuenta. Pero yo sé que he perdido la embriaguez de la creación. Ahora que he ganado la primera batalla, ya no me importa perder la guerra. He abierto un restaurante. Mi negocio es rentable. Aumento el sueldo de mis empleados, reparto primas, invierto en un nuevo robot de cocina. Desde que una sartén empieza a pegarse, se la regalo a alguna asociación benéfica y compro una nueva. Ali ya no hace los repartos. En su lugar, manda a un muchacho taciturno y serio, espantosamente puntual.

Pienso en el minúsculo firmamento que mi amante y yo hemos tallado en el espacio, en el dosel bajo el cual intercambiamos promesas silenciosas. Sé que existe en algún lugar, pero no puedo cobijarme en él.

No he contestado al teléfono. No he abierto las cartas. Me he comportado como una desconsiderada. Ignoro si llora, si me extraña, si me añora. Ya no sé lo que es el amor, en qué consiste. Lo único que me queda es el deseo. En cuanto pasa la estupefacción del cuerpo, nada perdura. Por la noche, me doy cabezazos contra las paredes, contraigo la mandíbula y me retuerzo las manos. Por la mañana, me despierto con la mente en blanco y repaso los gestos que habré de realizar durante el día, las frases que habré de pronunciar. Almaceno de antemano las sonrisas que tendré que

repartir. Me veo a mí misma como un piano mecánico en el que se introducen partituras perforadas. Emito maquinalmente las notas minuto tras minuto. Recito. Los días se alargan y su lentitud se me hace insoportable. Tan pronto como amanece, aguardo la noche y su descanso solitario, la verdad de las horas insomnes, durante las cuales, liberada de mi papel de dueña satisfecha, partiré a la deriva con los párpados gachos y las comisuras de los labios hacia abajo.

Una mañana, Ben llega una hora antes de lo normal. No me ha dado tiempo de ponerme la armadura. No he ensayado el guion del día.

—A usted le pasa algo —dice.

Guardo silencio. Miro al suelo.

—A usted le pasa algo —repite.

Me castañetean los dientes.

—¿Está enferma? —pregunta—. ¿Quiere que llame a un médico?

Me llevo las manos a las mejillas y me las aprieto. Me gustaría que mis dientes dejasen de montar un numerito. Ben se acerca. Me toca en el hombro tímidamente. Lo dejo hacer. Se acerca un poco más y me toma entre sus brazos.

—Ya está, no es nada —dice—. No es nada.

Me mece despacio, balanceándose sobre los pies como los bailarines inexpertos que se atreven por primera vez con un baile lento.

—Está cansada —me explica—. Es por eso. Es normal. No ha parado. Trabaja a destajo. Es el agotamiento. Eso es, está agotada. Pero todo marcha bien. Barbara y yo podemos apañárnoslas solitos. Debería descansar. Debería ir al campo.

Prorrumpo en sollozos.

—¿He dicho alguna estupidez? —pregunta.

No puedo contestar. Ben deja de balancearse y me abraza con más fuerza.

—Dígame qué puedo hacer. Puedo hacer cualquier cosa. He ido apuntando las recetas, he observado cómo las hacía. He practicado en casa.

«Es tan injusto», me digo. La bondad de este chico es tan injusta. Está dispuesto a hacer cualquier cosa por mí, que no me merezco nada. ¿Acaso no ve la marca en mi frente, el estigma de la mujer

con un corazón de piedra?

—Usted ha sido la primera persona que me ha dado ganas de hacer algo. La primera persona que me ha enseñado algo.

—Entonces ¿estás de acuerdo? —le digo con la voz cascada.

—¿De acuerdo con qué? —pregunta retrocediendo unos pocos pasos.

—Con tomar el testigo del restaurante. Quiero dártelo. Es tanto obra tuya como mía. No puedo seguir ocupándome de él. Me pondré al tanto de las normas y haremos las obras que hagan falta. No tendrás ningún problema. Vamos a sanear la situación por completo.

Me interrumpo. Vacilo antes de seguir.

—Quiero que sea un regalo, Ben. No quiero que sea una carga para ti.

Puedo ver la protesta en sus ojos. Retomo la palabra antes de que elabore su alegato.

—Llevas meses trabajando sin que te pague. No me debes nada. Yo soy quien te lo debe todo. Así que te doy lo que tengo. Iremos al notario para poner el contrato a tu nombre.

Niega con la cabeza.

—Eso no —dice—. Eso no.

—Acéptalo, por favor.

Lo piensa detenidamente.

—No me importa atender el negocio —dice—, pero no hace falta que me lo dé.

Hay tanta autoridad en su voz. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo es posible que sospeche que no tengo derecho a convertirlo en mi heredero? ¿A qué debo agradecer que me salve de esta postrera traición?

—Tienes razón —cedo—. Te nombro gerente de Mi Casa.

Lo armo con ayuda de un rodillo que le coloco solemnemente en el hombro derecho y luego en el izquierdo. Sonríe con mi gesto.

—¿Qué es lo que tiene pensado hacer? —me pregunta—. ¿Adónde piensa ir?

No me lo he planteado.

—Usted no tiene hogar —me recuerda.

—Es cierto.

—¿Tiene ahorros?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Pero no me hace falta nada para vivir —le digo—. Casi nada.

El lunes transcurre como un día de luto, como el regreso de un entierro. Ben y yo estamos tristes, pero saber que la pena del otro es idéntica a la nuestra nos reconforta. El aire es tibio, y el sol, cuyo calor empieza por fin a sentirse en nuestra calle corta y ancha, anuncia con modestia la ansiada llegada de la primavera. Barbara lleva un vestido cuajado de florecillas. Su gran cuerpo cimbreante es una pradera. Le comunico nuestros planes. Temo que se niegue a ser la empleada de Ben porque este es unos años menor que ella.

—Me parece perfecto —dice tranquilizándome—. Mi papel favorito es el de gobernanta, la subalterna que lo dirige todo desde la sombra. Tengo debilidad por la clandestinidad.

«Qué lista es», me digo, y disfruto al verla balancearse entre las mesas a la par que toma las comandas con esa letra suya, tan grande y legible. Se ríe con los clientes, se pone en cuclillas para hablar con los peques de menos de cuatro años, no se deja pisotear por los cascarrabias, los quisquillosos o los buscapleitos. Posee una formidable percepción del espacio y del tiempo. Con ella, el local parece estar dividido en cuadrículas, la más mínima información o petición tiene su abscisa y su ordenada.

Nada de atascos en cocina, de clientes haciendo cola ni de errores al atribuir los platos. Verla trabajar es todo un privilegio.

A las cinco, justo cuando Vincent viene a tomarse un té y a hablar con Barbara de los arbustos que le gustaría utilizar para delimitar la terraza, una silueta aparece a contraluz en el marco de la puerta. No la veo de inmediato porque estoy inclinada sobre una carpeta de anillas, buscando la medición que nos ha mandado el ayuntamiento con las dimensiones del espacio que nos está permitido ocupar en la acera. Nuestra terraza no debe exceder dos metros por seis en total. Le alargo el documento a Vincent, que ha traído una pila de catálogos de tiendas de jardinería. Noto que ha vuelto la cabeza hacia la entrada y sigo la dirección de su mirada.

En el umbral hay una chica alta de pómulos también altos. Lleva el cabello peinado en una corona de trenzas que al instante me hace pensar en el retrato de Vassilissa Primoudra, Vassilissa, la sapientísima heroína de los cuentos rusos de mi infancia. No es

posible distinguir sus ojos y es difícil descifrar su expresión a causa del sol cegador que brilla a su espalda. Está completamente inmóvil. Resulta inquietante. Todos guardamos silencio petrificados, a la espera de un movimiento.

—Es ella —murmura Ben.

Reúno los documentos desperdigados sobre la mesa y se los confío a Vincent.

—¿Podéis ir a tu tienda? —le pregunto.

Sin mediar palabra, Barbara, Vincent y Ben se levantan y se dirigen a la puerta. La chica se hace a un lado para dejarlos pasar, y, en ese preciso instante, un rayo de sol que su espalda obstruía se me mete en los ojos, más veloz que cualquier flecha, y me ciega. Cuando vuelvo a abrir los párpados, la chica ha desaparecido. Empiezo a creer que estoy sola cuando oigo un leve carraspeo detrás de mí. Se ha sentado a la mesa que ocupábamos hace unos instantes.

—¿Es usted Myriam? —me pregunta.

Me instalo frente a ella y le tiendo la mano. Me estrecha los dedos con su palma cálida y suave. Tiene los ojos negros y el cabello del color del trigo maduro. Sus labios son rosados, muy pálidos, y su cuello, largo y blanco. Viste una chaqueta de terciopelo negro y una blusa blanca de encaje. Parece salida de un cuadro del siglo XIX. Le encuentro un aire peculiar. No me imaginaba así a los inspectores de Sanidad.

—Me llamo Tania —dice.

Nos miramos. No tengo ni idea del protocolo que presuntamente debemos seguir. Ella baja los párpados y sonríe.

—Soy la novia de Hugo.

Le ruego al suelo que se abra en dos y me aspire hasta sus profundidades. Las manos me tiemblan encima de la mesa. Las escondo. Me las encajo bajo los muslos.

—Vimos su foto en el periódico —me explica.

Me llama la atención la claridad de su voz, su falta de afectación, de timidez.

—Estábamos en el metro, íbamos a clases…

«¿A qué clases?», siento deseos de preguntarle. «¿En qué facultad? ¿Dónde está mi hijo? ¿De dónde veníais? ¿Dónde había dormido?».

—… y yo había cogido el periódico gratuito porque me gusta leer las críticas de restaurantes. Es que soy muy golosa. Entonces le dije a Hugo: «¡Hala!, mira, un restaurante que se llama Mi Casa» y le enseñé el artículo. No contestó. Se acercó el periódico a los ojos y me dijo: «Es mi madre. La mujer esa de ahí es mi madre». La reconoció. Al principio, pensaba que estaba de guasa, porque se pasa la vida hablando de usted y sabe que eso me pone de los nervios.

«¿Qué dice de mí?», tengo ganas de preguntarle. «¿Me odia?». Pero me siento amordazada por la vergüenza. También por el alivio.

—Supe muy pronto que los habían… separado. Me lo contó todo. Desde que empezamos a salir. No pegaba ojo, así que le pregunté en qué pensaba todas esas horas mientras iba de un lado a otro de la habitación.

«¿Qué habitación? ¿Vivís juntos? ¿Cuánto tiempo hace que lo conoces? ¿Ya duerme mejor?».

Pero la mordaza no afloja.

—Estaba enfadado. Lloró cuando me lo dijo. Nunca había visto a un chico de mi edad llorar. Me pareció extrañísimo. Y muy conmovedor. Me dijo que solía cruzarse con el tipo, ¿cómo se llamaba? ¿Auguste? No, Octave. Me dijo que cuando lo veía, le entraban ganas de matarlo. Eso me dio miedo. Me pareció estúpido. Yo le dije: «Pero qué infantil eres…», y le dio rabia.

Le entra la risa.

—Estaba furioso. Me dijo que la estúpida era yo, que no podía entenderlo. Que se había quedado traumatizado. Y yo eso sí que no lo soporto, ¿entiende? No soporto a la gente traumatizada. Todo el mundo está traumatizado hoy en día, ¿no le parece? ¿Soy demasiado franca?

No soy capaz de contestar. Pienso que está en lo cierto. Me encantaría hablar con ella de los excesos de los traumas. También me gustaría darle las gracias, decirle lo guapa que me parece. Preguntarle que cómo es posible que sea tan madura para su edad. Preguntarle acerca de sus orígenes.

—Todo el mundo dice que soy demasiado franca. Es por mis orígenes.

Ese eco me sorprende. Al leer en mis ojos una curiosidad que no consigo disimular, me explica:

—No soy de aquí. Nací en Smolensk. Llegué a París con doce años. No hablaba francés —rompe a reír de nuevo—. Solo hay una palabra que aún no consigo pronunciar sin acento. En realidad no se trata de una palabra, sino del nombre de un comercio: Monoprix. ¿Lo oye? No pronuncio las oes como es debido.

Sonrío.

—Yo le dije a Hugo: «Una mujer es como un hombre. Las mujeres también tienen cuerpo». ¿Le escandaliza lo que digo? ¿Soy demasiado grosera? Pero es cierto, ¿no? En el fondo, los chicos son unos mojigatos. Fueron ellos quienes inventaron el concepto de madona. Les mola lo de la Virgen con el Niño. A mí me da asco. Aun así lo entiendo. Es verdad. Era pequeño y, además, cuando se trata de la madre de uno, no es lo mismo. A nadie le apetece conocer las historias íntimas de sus padres. Queremos que estén bajo llave. Es normal. Pero le dije que ya estaba bien. No me apetece vivir con un tío que me habla todo el santo día de su madre. Así de sencillo. No hace falta ningún psicólogo. Le dije: «Si la echas de menos, la vas a ver y punto, no es tan complicado. Tiene padres, una familia, no se ha evaporado, no se ha muerto». Pero me dijo que no sabía cómo hacerlo, que no tenía ganas de hablarlo con los demás, con Giséle y André, sus padres. Se sentía incómodo. Yo lo entiendo. Es verdad, es incómodo. Entonces le dije: «Bueno, ¿a qué estás esperando entonces? ¿Qué piensas hacer? Porque lo de los huérfanos traumatizados no va conmigo». Dijo que estaba esperando una señal. Cuando vio la foto, le di un codazo. «Ahí tienes la señal». No hemos hablado de ello, pero sé que cuenta conmigo. Ya sabe cómo son las cosas. Los hombres, lo único que piden es que tomemos decisiones por ellos. No hay más que asumir la responsabilidad. Yo la asumo. No me parece que haya nada malo en eso. Si nos equivocamos, nos equivocamos. Tampoco es para tanto.

—¿Myriam?

Alguien me llama. La voz procede del comedor grande. Pero no logro moverme.

—¿Myriam?

—Vaya —me dice Tania—. Atienda a sus clientes. Yo la espero aquí.

Me doy la vuelta muy despacito y me levanto vacilante.

Sentados a una mesa cerca de la cristalera, Denis y Colas, los dos estudiantes en prácticas del laboratorio de prótesis dentales de enfrente, esperan su café.

—¿Tienes algún pastel? —pregunta Colas.

—Me queda *fondant* de chocolate —digo como una autómata.

Sirvo a medio gas. No me siento con valor para cortar lo que queda de pastel y disponerlo en unos platitos: les llevo el molde directamente a la mesa.

—Rebañadlo, chicos —les digo—. Regalo de la casa.

Rasgo el ticket. No pienso dejar que me interrumpan por segunda vez. Temo no verme con fuerzas para coger el dinero y devolverles el cambio.

Vuelvo a sentarme frente a Tania. Ha dejado de hablar. Respira hondo y abre los ojos desmesuradamente. Una auténtica cara de payaso. Me pregunto qué es lo que le ocurre. ¿Por qué no habla? ¿Se le ha comido la lengua el gato? Pero ¿qué más le quedaría por decir? Me toca hablar a mí. No debo llorar. Tengo miedo de que me juzgue. De que se burle de mí, ella, con su rozagante salud; de que no tolere mi pena, mi terror, mi inquietud. En un intento por expresar algo para mis adentros, uno palabras, pero no me viene ninguna frase. Tengo un problema horrible con la sintaxis. Con la sintaxis y la pronunciación. Me da la impresión de que las palabras van a salir de mi boca deformadas por el espantoso vagido que estoy tratando de reprimir.

Una idea me salva. Tania es golosa. La voy a alimentar. Eso la mantendrá ocupada hasta que el lenguaje renazca en mí. Sin levantarme, alargo la mano hacia la encimera y le coloco delante una porción de pastel de zanahoria y nueces.

Se le ilumina la mirada.

—¿Me puede poner un té también? —pregunta.

Mi cafetera Hirschmüller centellea bajo la luz del sol poniente. Pongo a hervir una tetera y le agrego una cucharada de té «mezcla rusa». Una nube de vapor se eleva, y el ensordecedor pitido del pico escupiendo agua hirviendo me hace pensar en la chimenea de una locomotora antigua, el lamento de la partida y el gemido de las despedidas y los reencuentros.

La cucharilla se hunde en el suave glaseado de limón y rompe el bizcocho granuloso.

«Cómeme, hija. Cómeme y comprende».

Con los párpados cerrados, Tania saborea la delicada mezcla de canela y azúcar moreno.

—¡Qué rico está esto! —exclama.

Suspira y se queda mirando el plato.

—Sería un enorme desperdicio que nuestros hijos no llegaran a conocer este sabor —dice—. Todavía no tenemos ninguno, pero quiero varios. Tal vez dos o cuatro. Sería una verdadera lástima, ¿no?

Me encojo de hombros conteniendo las lágrimas con tal fuerza que me duele la frente.

Apura aplicadamente el plato, deteniéndose de cuando en cuando para mover la cabeza de un lado a otro de incredulidad. Se ha quedado atónita con esa textura, ese sabor, esa suavidad.

Va a por una segunda taza, la llena de té y me la pone delante.

—Brindemos —me propone.

Brindamos.

Solo me queda esperar; una actividad meticulosa que requiere toda mi atención. Es inhumano no saber cuánto va a durar todo esto, sobresaltarse con el menor chirrido de puerta, con el ruido de cada paso. Interrumpo lo que estoy haciendo una y otra vez. Mi vida ya no sabe lo que es la continuidad. No puedo evitar alzar la cabeza a cada instante, girar sobre mí misma para asegurarme y estar preparada.

Ben lleva dos días en la cocina. Dice que es la prueba que pone fin a su período de prácticas. La repostería se le da divinamente. Es un don. No es algo que se aprenda. Las tartas le quedan infinitamente mejor que a mí. Su brazo de gitano con semillas de amapola y mermelada de cerezas sabe a gloria. Aún no le ha cogido el tranquillo a la cocción de la carne, pero es una ciencia que no tiene ningún misterio. Basta respetar las reglas.

De los pedidos se encarga Barbara. Las provisiones y las listas son su especialidad.

Aunque el tiempo se estanca en el filo de cada hora, avanzamos a toda velocidad hacia mi desaparición.

Llamo a un experto del servicio de sanidad. Es odioso y no para de hacer muecas mientras toma nota y desplaza de su sitio las sillas y las mesas, dejándonos el local manga por hombro. Hace ademanes amplios y se pone rojo como un tomate cuando trata de echar un vistazo bajo el frigorífico. Me parece que apesta a sudor. «Me lo está dejando todo perdido de sudor», me apetece decirle. Me habla de gel antibacteriano, de la cadena de frío, de bayetas sintéticas. Rechaza todo cuanto le ofrezco: una porción de flan de espárragos, un plato de crema de calabaza, una *mousse* de arándanos con leche de almendras y un café para el camino. Me anuncia que me mandará el informe y se marcha sin estrecharme la mano. Dos días después recibimos un impreso que nos comunica un dictamen favorable con reservas, seguido de una serie de cambios menores,

recomendados, que no obligatorios.

Todo está listo, Ben ha sido nombrado gerente de manera oficial. Pone el broche de oro a sus prácticas con la creación de un postre extraordinario, a medio camino entre el milhojas y la selva negra. En mi opinión, un postre prácticamente imposible de hacer; en la suya, un juego de niños.

Puedo irme.

Pero no puedo.

Porque espero, procurando no mirar el reloj, las manecillas paralíticas, el almanaque maldito.

Tengo una pestaña en la mejilla.

—Pida un deseo —me dice Ben—. Dese un toquecito en una mejilla y pida un deseo.

Deseo que mi hijo llegue pronto.

Me golpeo la mejilla izquierda.

—Ha fallado, era la otra.

No sabría decir cuántos días han transcurrido desde la visita de Tania, la anunciadora, pero helo aquí, entrando en el restaurante tras haber dado unos golpecitos en el cristal. Hugo está aquí, en mi casa, altísimo. Tengo la respiración entrecortada. Pego la espalda a la pared de manera instintiva, como un fusilado. Pero viene sin más arma que su amplia sonrisa, desplegada como un gajo de naranja; sus cejas, que alza en lo alto de la frente lisa, y su mirada, la única que siempre he temido.

Parece divertido, le alegra ver la sorpresa que produce en mí. Reconozco su aspecto aniñado y astuto. Me atemoriza muchísimo la idea de defraudarlo. Trato de sonreír, pero los músculos no me responden. Tengo la sensación de que todo mi cuerpo cabe en la palma de una mano y de que esa mano me está triturando. Miro el rostro de mi hijo con curiosidad, como se observa el de un recién nacido para buscarle parecidos. ¿Sale más al padre o a la madre? Pero no, ni a uno ni a otro. Es un hombre. Un hombre joven muy apuesto, más bien elegante, vestido con un refinamiento que no debe más que a sí mismo.

Sufro. Tardo en darme cuenta debido a la marea que rompe en mi interior. ¿O soy yo quien rompe? Noto un dolor. Ay. Es horrible, me hace llorar, como un golpe en la nariz. Ay. También en el vientre y en la espalda. Tira. Se hace más hondo. ¿Qué tengo?

Hugo se acerca y me tiende la mano intrigado. Realiza cada uno de sus gestos con humor. No entiendo cómo es posible. ¿Cómo se las apaña mi hijo para ser gracioso?

Lo cojo de la mano y lo atraigo hacia mí. Me siento en el banco y le señalo mi regazo. Niega con la cabeza, pero no se opone. Se desternilla cuando se sienta en mi falda. Me aplasta completamente. Es demasiado grande, demasiado flaco, demasiado viejo.

—Cielo —le digo—. Hijo querido.

—¡Sigues igual de loca! —observa mientras me pellizca en la mejilla.

Aprieto la cabeza contra su pecho. Puedo oír su corazón.

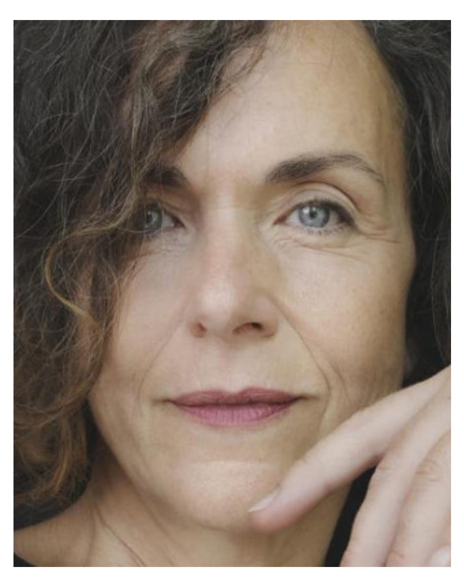
Poco tiempo después la camioneta azul asoma por la esquina de la calle.

La maleta no me pesa nada. Es la misma que cuando llegué. Desde la acera de enfrente, contemplo Mi Casa, el flamante escaparate, pintado de lila, los naranjos de México alrededor de la terraza. En el umbral, Ben y Barbara me hacen un gesto con la mano. Vincent se atarea en su tienda. Nos hemos tomado un café para despedirnos. Me ha prometido que cuidará de los chicos.

—¿Qué hacemos con sus libros? —me pregunta Ben.

Pienso en mi repisa de supervivencia, mi tesoro. Me alzo de hombros.

—Leedlos.



AGNÈS DESARTHE (París, 3 de mayo de 1966). Es hija del conocido pediatra y psicólogo infantil Aldo Naouri, casada con el cineasta Dante Desarthe (hijo del comediante Gérard Desarthe). Su hermano, el barítono Laurent Naouri está casado con la soprano Natalie Dessay.

Escritora y editora francesa de libros para niños y para adultos. Su novela *Cómeme* ha sido traducida a 20 idiomas. Obtuvo el Prix du Livre Inter por su novela *Un secret sans importance*. Escribió un ensayo sobre Virginia Woolf. Ha escrito teatro y canciones.

Notas

[1] Octave, en francés ‘octava’. *(N. de la T.)* <<

[2] La autora hace alusión a un pasaje del cuento de «Barba Azul» de Charles Perrault. *(N. de la T.)* < <